



RAFAEL AVENDAÑO - JUAN GALLARDO

**TOD LO QUE
NUNCA HICISTE
POR MÍ**

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Índice

Capítulo 1. Carla

Primera parte: Tras la máscara digital

Capítulo 2. Serguei Aksyonov

Capítulo 3. Carla

Capítulo 4. Carla

Capítulo 5. Serguei Aksyonov

Capítulo 6. Carla

Capítulo 7. Alicia

Capítulo 8. Carla

Capítulo 9. Alicia

Capítulo 10. Carla

Capítulo 11. Alicia

Capítulo 12. Carla

Capítulo 13. Francesca

Capítulo 14. Alicia

Capítulo 15. Carla

Capítulo 16. Max N. N.

Capítulo 17. Max N. N.

Capítulo 18. Carla

Capítulo 19. Alicia

Capítulo 20. Max

Capítulo 21. Alicia

Capítulo 22. Max

Capítulo 23. Carla

Capítulo 24. Max

Capítulo 25. Carla

Capítulo 26. Max

Segunda parte: El vacío de los sueños

Capítulo 27. Eva Luna

Capítulo 28. Carla

Capítulo 29. Alicia

Capítulo 30. Héctor Rojas

Capítulo 31. Carla

Capítulo 32. Andrés Martín

Capítulo 33. Alicia

Capítulo 34. Carla

Capítulo 35. Alicia

Capítulo 36. Max

Capítulo 37. Carla

Capítulo 38. Eva Luna

Capítulo 39. Carla

Capítulo 40. Alicia

Capítulo 41. Carla

Capítulo 42. Alicia

Capítulo 43. Carla

Capítulo 44. Alicia

Capítulo 45. Carla

Capítulo 46. Alicia

Capítulo 47. Héctor Rojas

Capítulo 48. Carla

Capítulo 49. Carla

Capítulo 50. Eva Luna

Capítulo 51. Max

Capítulo 52. Eva Luna

Tercera parte: El origen del mal

Capítulo 53. Carla

Capítulo 54. Alicia

Capítulo 55. Max

Capítulo 56. Carla

Capítulo 57. Eva Luna

Capítulo 58. Carla

Capítulo 59. Max

Capítulo 60. Alicia

Capítulo 61. Carla

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

1

CARLA

Carla esperaba, pero su hijo nunca saldría.

Muchas madres y algunos padres estaban apiñados cerca de la puerta de la escuela esperando a que sonara la campana de salida. Carla prefería mantener la distancia desde el otro lado de la calle.

Era una maravillosa tarde de otoño: el cielo blanquísimo —la refracción de la luz apenas permitía que se produjeran sombras—, la caída constante y cadenciosa de las hojas de los árboles que yacían desparramadas sobre la acera, bajo los coches, o se quedaban enganchadas en la verja de la escuela o en los parabrisas...

Aún faltaban cinco minutos.

Criar a su hijo Aarón ella sola no había sido tarea fácil. Cuando estás en la situación de Carla muchos se apresuran a compadecerte, o celebran tu coraje, hablan bondades de ti. Carla imaginaba a sus amigos y familiares hacer comentarios como: «Pobrecita Carla, se ha vuelto a quedar en paro, a ver cómo se las arregla ahora...».

Todo el mundo te admira, todos te animan, te sonríen al pasar..., pero cuando cae la noche no hay nadie para

ayudarte, solo estás tú y un bebé que no sabes cómo cuidar.

Sí. Aquel hubiera sido un momento perfecto, esperando a la puerta de la escuela. Era lo que más le repetía su psicoterapeuta: que había que disfrutar el presente, que no había que esperar a después para recordar el momento pasado y disfrutarlo. Mejor vivir el momento cuando estaba teniendo lugar.

No vivir en el pasado, no vivir en el futuro.

El pasado es inalterable, no puedes hacer nada para cambiar lo malo; y lo bueno, si es que lo hubo, es ya inalcanzable.

¿El futuro?

El futuro de Carla Barceló, una licenciada en tecnología de la información con media licenciatura de periodismo superada «en sus ratos libres», era realmente incierto. Carla tenía, en sus propias palabras, «más carreras que Ben-Hur», pero, como era la norma en España, eso no le aseguraba un trabajo decente. De hecho, volvía a estar en paro.

No sabía cuál iba a ser su próximo trabajo, si otra vez iba a tener que servir copas por la noche o si acabaría pidiendo auxilio a su hermano. Cuando Carla miraba al futuro no tenía respuesta al cómo ni al cuándo ni al dónde; por no saber, ni sabía el porqué.

Su hijo Aarón era lo mejor de su vida. Cariñoso y comprensivo, le daba una razón cada día para seguir siempre adelante.

Sí, había algo que sí sabía sobre su futuro después de todo, y era que amaría a su hijo Aarón por encima de todas

las cosas.

Estaba sumida en esos pensamientos cuando se topó con la mirada desconfiada de una de las otras madres. Fue como el típico corte humorístico en las películas: suena una bella melodía de violín y, de repente, se escucha el chasquido de un disco de vinilo que se detiene.

No era la primera vez que la miraban de aquella manera medio desconcertada, de hiriente curiosidad... ¿o se trataba de lástima? Era imposible saberlo y carecía de importancia.

La campana sonó por fin y pocos segundos después, como si explotara una olla de palomitas de maíz, empezaron a aflorar niños de la puerta de la escuela. Los niños corrían con sus carteras a la espalda, todos uniformados, felices.

Carla pudo reconocer a Julio, a Valentina y a otros muchos compañeros de Aarón. Los siguió con la mirada mientras corrían y abrazaban a sus madres, a sus padres.

¿Dónde se había metido su hijo?

Pasaron un par de minutos. El flujo de niños que salía por la puerta del colegio disminuía por momentos.

Y seguía sin ver a Aarón.

Podría llamarle al móvil. Aarón tenía móvil desde los nueve años. Ahora era más normal que un niño pequeño llevase móvil, pero, dos años antes, cuando Carla se lo compró a su hijo, no estaba tan bien visto.

Aarón era uno de esos pocos niños que lograba ser encantador sin volverse tiránico. Al cumplir los cuatro años era tan guapo que incluso los desconocidos se paraban por la calle para dedicarle algún piropo. «¡Qué niño tan rico!». Los

amigos de Carla decían que tendría que presentarlo a un casting de televisión; seguro que lo seleccionaban para anuncios o para una serie. Un psicólogo infantil del colegio comentó una vez que Aarón, a los cinco años, ya daba muestras de una gran inteligencia además de una clara empatía hacia los demás, que se reflejaba en su compasión y el respeto que sentía por los otros niños, por los que eran como él y, aun más, por los que eran diferentes.

A pesar de esas virtudes, Aarón no era lo que se dice perfecto. A los seis años llenó de dibujos las paredes del salón con el juego de pinturas que su madre le acababa de regalar; a los ocho rompió su hucha para darle el dinero a un pobre que solía pedir en la esquina del colegio y, no contento con eso, vació el joyero de Carla y le entregó al mendigo todos sus pendientes, anillos y pulseras de oro.

Por supuesto, al mendigo no se le volvió a ver por allí.

Carla le compró el móvil después del accidente en la fatídica excursión del colegio. Llevaron a todos los niños de su clase al campo para que conociesen cómo era una granja de animales. Llegada la hora de irse, Aarón, igual que ahora, no aparecía por ningún lado. Los profesores lo buscaron por todas partes y acabaron llamando a la policía. Cinco horas después encontraron a Aarón atrapado en una tubería de un colector de aguas de una acequia cercana. Cuando lo rescataron, el niño explicó que había escuchado los maullidos de un gatito atrapado y se había metido en la tubería para salvarlo. La tubería iba descendiendo según se adentraba en la tierra y cuando se dio cuenta se había quedado atrapado en

el fondo. En el momento en que lograron sacarlo se había hecho de noche y el pobre niño estaba muerto de frío y empapado hasta los huesos.

Llamaron a Carla cuando todavía estaba en el trabajo. Salió a toda prisa y condujo saltándose todos los semáforos durante treinta kilómetros hasta la granja de las afueras. Aarón sufría hipotermia, tenía los labios morados y no paraba de temblar. No había querido soltar el gatito ni cuando lo metieron en la ambulancia. Lo sujetaba con fuerza contra su pecho, queriendo darle el poco calor que le quedaba. Aunque casi no podía hablar, al ver a su madre tuvo fuerzas para sonreír y decir:

—Mira, mamá, ¡lo he salvado! Lo voy a llamar *Simba*...

De vuelta al presente, a la puerta de aquella escuela, mientras los primeros padres comenzaban a caminar en dirección a sus casas o a sus coches, Carla se decidió a cruzar la calle y acercarse a la verja del colegio.

Vio entonces salir a Mayela, la primera noviecita de su hijo, que pasó a menos de dos metros, pero no se atrevió a preguntarle por Aarón.

Otras madres la miraban de soslayo.

«Qué se ha creído», alcanzó a escuchar... Seguramente no hablaban de ella, ¿o sí?

Un par de críos la golpearon accidentalmente mientras corrían y se le cayó al suelo la carpeta en la que llevaba los currículum. Uno de ellos fue a parar a un charco. Por un instante pensó en dejarlo ahí, pero acabó cogiendo aquel papel chorreante, doblemente inútil, y lo arrojó dentro de una

papelera que le quedaba justo al lado.

Ya no salían niños de la escuela. Y Aarón no aparecía.

A Carla Barceló, que tenía ambas manos atenazadas a los barrotes de la verja, le invadió la angustia.

Por supuesto que su hijo no saldría. ¡Qué idiota había sido!

Se llevó la mano a la boca intentando ocultar una mueca de horror.

Algunas de las pocas madres que quedaban frente a la escuela, abrazadas a sus hijos, la estaban mirando fijamente.

Miró el reloj, aunque ya sabía qué hora era.

Soltó la verja y cruzó la calle despacio, reprimiendo los espasmos de llanto que le sacudían el cuerpo. Cuando llegó al otro lado de la calle se sentó en un banco sin perder de vista la puerta de la escuela.

Los espasmos cesaron, pero las lágrimas seguían surcando sus mejillas.

Pasaron unos minutos y el eco de los gritos alegres de los niños se desvaneció entre los bloques de apartamentos.

Ya no quedaba nadie.

Seguían cayendo hojas, pero caían más tristes, más lentas. Carla imaginó su propio cadáver en mitad del bosque, sobre el que las hojas se iban depositando despacio hasta que lo empezaban a cubrir y ocultar del mundo.

Las hojas cubrieron sus piernas, su vientre, sus manos, y empezaban a cubrir su cara.

En un momento dado solo quedaba un pedazo de la cara al descubierto, su ojo izquierdo.

Una hoja dorada y seca descendió entonces desde las alturas. Era la última hoja que le quedaba a ese árbol. Una hoja que desnudaba y desvelaba los secretos del bosque, pero que traía a Carla la oscuridad y el olvido.

Solo cuando morimos entendemos el mundo, pensó.

Vio entonces que empezaban a salir los profesores del colegio. Había pasado al menos una hora sentada en la soledad de aquel banco húmedo.

Reconoció entre ellos a la maestra de Aarón. Era una chica de su edad, una chica mona, sin hijos y con el futuro asegurado de por vida.

Carla pasó otras tres horas sentada en aquel banco esperando a su hijo Aarón. Tres horas en las que recordó los detalles más hermosos de su vida junto a él.

Su venida al mundo.

La primera vez que le dio el pecho y sintió que su hijo se alimentaba de ella misma, que con su cuerpo le daba la vida, que no podía haber nada más íntimo ni más hermoso que amamantar a su hijo.

Su primer diente.

Sus primeros pasos.

Su primer día de colegio.

Quisiera poder adelantarme a cada uno de tus deseos y ponértelo en las manos, ser capaz de sanar cada una de tus heridas y protegerte de cada amenaza que el mundo te cruce, cubrir tu pecho de la brisa, que ni una hoja pudiera tocarte, que no hubiera mal que se te acercase.

Cuando comenzaba a oscurecer, sacó un pañuelo de su

bolso y se limpió la cara, aunque todas las lágrimas se habían secado hacía horas.

Era hora de irse a casa.

PRIMERA PARTE

TRAS LA MÁSCARA DIGITAL

2

SERGUEI AKSYONOV

A pesar de ser un duro hombre de negocios temido y respetado, el millonario ruso afincado en España Serguei Aksyonov estaba a punto de sentirse extremadamente vulnerable, una debilidad que trataría de ocultar a todos.

Sobre todo a sí mismo.

El mensaje sorprendió a Serguei en el lujoso despacho privado de su mansión marbellí. Desvió la mirada hacia la pantalla de su iPhone cuando este emitió un suave zumbido de aviso. Se quedó paralizado al leer el texto que decía así: «Me llevaré a tu hija esta noche, cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas».

Serguei leyó otra vez el mensaje, despacio, palabra por palabra, para asegurarse de que había leído bien.

Cada sílaba aumentaba el ritmo de su corazón e incendiaba su rabia con mayor intensidad.

Sus dientes estaban apretados como los de un lobo que atenaza con ellos a su presa.

Lo sorprendente no era tanto la amenaza, sino el hecho de

que el mensaje hubiese llegado a su cuenta de correo electrónico privada, una dirección de email que solo conocían un puñado de personas en todo el mundo. Personas de su máxima confianza.

Cogió el teléfono entre sus manos y leyó aquel mensaje por tercera vez.

«Me llevaré a tu hija esta noche...»

Al principio pensó que se trataba de una broma. Uno de esos correos basura que había logrado pasar el filtro anti-spam de su correo electrónico. Pero mencionaba el reloj Bangalore de su escritorio. Aquel reloj era una pieza de museo que su prometida, lady Brandson, le había regalado por su cumpleaños solo unos días antes. La carcasa, en madera de nogal y cerezo, reproducía con todo detalle la intrincada arquitectura de un templo indio. Pocos conocían la existencia de aquel reloj sobre el escritorio de su despacho.

Serguei cerró los ojos mientras trataba de recordar quién había pasado por su despacho de Marbella en los últimos días. No habían sido muchos y todos eran personas de su máxima confianza. Ninguno se atrevería a amenazarle de modo alguno y mucho menos se atreverían a amenazar a su hija.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas.»

¿Doctor Telmo Vargas? ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Quién podía ser tan idiota de amenazar al

mismísimo Serguei Aksyonov?

Con el teléfono en la mano fuertemente apretado, se volvió con inquietud hacia los ventanales a su espalda. Una débil niebla marina comenzaba a cubrir el paisaje del atardecer. Su mirada recorrió la extensión de césped y árboles en el terreno de su mansión y se detuvo en el muro de hormigón que la rodeaba. Aguzó la vista intentando imaginar a alguien encaramado al muro, escudriñando el interior de su despacho con unos prismáticos. La idea le pareció ridícula, además de imposible. Había cámaras de seguridad. Cualquiera que osara trepar el muro sería detectado en el acto.

Entonces ¿quién diablos había enviado aquello?

No le cabía duda de que la mención al reloj de su escritorio había sido intencionada. Fuera quien fuese quería dejar claro que conocía el interior de la casa y que, además, lo conocía porque había estado allí recientemente.

Serguei apretó un puño. Los músculos de su mandíbula se tensaron. Se quitó la chaqueta y se sentó en el sillón tras su escritorio. Vestía un traje negro de Armani y camisa de seda con gemelos de oro. Abrió el primer cajón y sacó una pistola que depositó sobre la mesa. Encendió un habano. Mientras chupaba y exhalaba el humo pulsó un botón del teléfono de su escritorio para comunicarse con el responsable de la seguridad de su residencia.

La mansión marbellí de Serguei Aksyonov se asentaba sobre un terreno de nueve mil metros cuadrados. La casa contaba con más de veinte habitaciones, así como de una

pista de hielo, un museo privado de relojes, cine, piscinas y cabañas, e incluso su propio complejo deportivo.

La seguridad estaba a cargo de media docena de guardias que vigilaban noche y día. Los terrenos que circundaban la casa estaban rodeados de un muro de hormigón de tres metros de alto. En el muro, a lo largo de todo el perímetro, había cámaras de vigilancia. Todas las puertas de acceso a la casa eran blindadas y estaban equipadas con cerraduras electrónicas que solo se abrían con la huella dactilar del propio Serguei Aksyonov y de su hija Irena.

Irena Aksyonov tenía dieciséis años y siempre iba acompañada a todas partes por su propio guardaespaldas personal.

Serguei se sentía bastante protegido. Aun así, no quería correr riesgos.

—Esto te va a parecer increíble —dijo cuando el responsable de la seguridad respondió al otro lado del teléfono. Serguei leyó en voz alta el contenido del mensaje que amenazaba con secuestrar a su hija.

—No tienes de qué preocuparte —respondió el jefe de seguridad—. Nadie puede poner un pie aquí dentro sin que lo sepamos. Será alguien que ha dado con tu dirección de email por casualidad. Te habrá enviado el mensaje solo para joder. Hay mentes retorcidas que se divierten así —dijo—. Esta casa es una fortaleza y tu hija está vigilada las veinticuatro horas del día.

—Sea quien sea, me conoce —dijo Serguei negando con la cabeza. Tenía los puños fuertemente cerrados—. No bajas

la guardia. Si es necesario, trae más hombres.

—Está bien. Pondré en alerta a los chicos. Puedes estar tranquilo.

Serguei pensó que quien le había amenazado ya había ganado una batalla consiguiendo simplemente que le prestara atención.

Ahora había conseguido, además, que alertara a su gente de seguridad. Ya eran dos bofetadas.

Fuese quien fuese iba a pagar muy cara su osadía.

Después de colgar el teléfono, Serguei se dirigió hacia el piso superior, donde se encontraban las habitaciones de su hija Irena.

Cada uno de sus pasos sobre la moqueta de las escaleras emitía un suave sonido esponjoso que, por alguna razón, no había advertido con anterioridad, y eso le irritó dolorosamente.

Sabía que su hija estaba segura en el interior de la casa, pero eso no evitaba que se sintiera inquieto.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas.»

Las palabras del mensaje resonaban en su cabeza. ¿Por qué a las nueve? ¿Cuántas personas conocían la existencia de aquel reloj?

¿Quién era aquel doctor Telmo Vargas que se atrevía a amenazarle *a él*? El nombre le resultaba vagamente familiar. Tenía la impresión de que lo había escuchado antes, en

alguna ocasión, pero no lograba recordar cuándo.

Podría ser alguien muy cercano, se dijo a sí mismo valorando las posibilidades, o alguien muy cercano le estaba traicionando pasando información a otro. Existía una tercera posibilidad: que aquel hombre se hubiese colado ya en su casa anteriormente. Pero eso era, sencillamente, imposible.

Abrió la puerta del dormitorio de su hija Irena. La joven estaba tumbada en la cama mirando hacia la ventana con unos auriculares puestos y su teléfono móvil entre las manos. Sus dedos se movían con rapidez escribiendo en el teléfono. Irena no advirtió que su padre la observaba desde el umbral.

Serguei y su esposa habían disfrutado de la vida aun antes del nacimiento de su hija, pero Irena había llevado las cosas a la perfección. Serguei solía pensar con nostalgia que los primeros años de vida de Irena habían sido los más felices de su vida. Recordaba cómo de noche, cuando la niña dormía, solía entrar de puntillas en la habitación para mirar al bebé. A menudo se encontraba allí con su joven esposa y ambos contemplaban, cogidos del brazo, el milagro de una recién nacida durmiendo de bruces, el trasero al aire, la cabeza hundida en la cuna acolchada.

Aquella felicidad se había esfumado como por arte de magia. Su esposa había muerto en un desafortunado accidente de tráfico. El bebé había crecido hasta convertirse en una guapa adolescente y, simultáneamente, en una perfecta desconocida para él. De pronto, el sencillo mundo de la niña que escuchaba un cuento infantil sobre sus rodillas y abrazaba su muñeca se había complicado enormemente. Su

hija era una criatura extraña ante sus ojos. Serguei sintió una punzada de culpabilidad. Se habían distanciado por su culpa, por no haber dedicado el tiempo suficiente a su hija.

Quizá, pensó, podría ponerle remedio a eso a partir de ahora.

—¿Pasa algo, papá? —preguntó Irena, que por fin reparó en la presencia de su padre observándola desde el umbral—. No me gusta que entres sin llamar —frunció los labios con disgusto.

Irena era la viva imagen de su madre. Era muy alta y delgada; a sus dieciséis años ya tenía cuerpo de modelo. Tenía una bonita melena de pelo negro, la boca ancha y sensual y unos ojos grandes y azules capaces de derretir a un hombre con la mirada.

—Esta noche te quedarás en casa —dijo Serguei—. Prohibida cualquier salida.

—¡Pero papá! Ya he quedado con mis amigas... —protestó Irena.

—Hoy no saldrás —negó Serguei tajante.

—Mierda, papá.

—Vendrá Holly a cenar.

—No quiero ver a esa puta.

—No hables así de mi prometida.

—Déjame en paz. Lárgate —dijo la joven con voz de hielo mirándole directamente a los ojos.

Serguei dudó sobre qué hacer. Quería decir algo, pero finalmente cerró la puerta y regresó a su despacho.

La hostilidad que existía entre su hija y su prometida se

estaba haciendo insostenible. Hasta ahora había mirado para otro lado, como si esperase que la situación se arreglase por sí sola. Pero las cosas entre ellos estaban cada vez peor.

Tenía que hablar con Irena. No podía permitir que su vida sentimental se interpusiera entre su hija y él.

Más tarde, mientras cenaba con su prometida como tenía previsto, Serguei no podía dejar de consultar su reloj de pulsera. Quedaban pocos minutos para las nueve y, aunque sabía que no pasaría nada, no podía evitar sentirse inquieto.

Su prometida, Holly Brandson, era en realidad lady Brandson, la bellísima hija del conde Spencer, una rica heredera británica veinte años más joven que Serguei. Se habían conocido poco después de morir su esposa y se habían prometido solo dos meses atrás.

—Pareces preocupado esta noche —observó lady Brandson.

La mujer se levantó de su asiento, se colocó detrás de la silla de Serguei y le acarició el cuello y los hombros con dedos largos y suaves.

—He tenido un día duro —reconoció Serguei.

—Vamos al jacuzzi. Yo haré que te olvides de todos los problemas —susurró la mujer a su oído.

—No, esta noche no. —Serguei la apartó con brusquedad.

Se puso en pie y arrojó la servilleta con furia. Estaba nervioso y esa sensación le hacía enfurecerse aún más, lo cual le ponía más nervioso todavía. Ni siquiera advirtió el enfado de su prometida, que lo miraba con el ceño fruncido.

Consultó su reloj de muñeca por enésima vez. Eran las nueve en punto.

No había ocurrido nada. ¿Qué esperaba? ¿Que aquel doctor Telmo Vargas, fuese quien fuese, irrumpiese allí por las buenas? ¿Que se materializase en el interior de la casa como un fantasma? Eso era ridículo. Había una veintena de hombres vigilando los alrededores. «Nadie puede entrar aquí», dijo en voz alta para tranquilizarse.

Con un extraño presentimiento fue hasta su despacho para mirar el reloj Bangalore de su escritorio. Descubrió que estaba atrasado. En aquel reloj aún faltaban tres minutos para las nueve.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré.»

Serguei se sirvió un whisky del mueble bar del despacho. En el exterior reinaba la oscuridad. Por algún motivo, el tráfico estaba detenido en la autopista que discurría paralela a los límites de su propiedad. Un atasco provocado por algún accidente. Las luces de los automóviles formaban dos hileras serpenteantes, una blanca y una roja, que se fundían en una sola línea en el horizonte.

Se volvió para observar el reloj, sin poder apartar la vista de las manecillas que avanzaban hacia las nueve en punto, como si esperase que se rompiese algún hechizo. A su mente acudieron viejos fantasmas, traiciones y promesas de venganza susurradas entre dientes.

Justo en el instante en el que las manecillas del maldito reloj alcanzaron las nueve, recibió una llamada del jefe de

seguridad.

—Alguien ha saltado el muro.

Serguei no pudo evitar una bronca carcajada histérica. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—No te preocupes —dijo el jefe de seguridad—. Tengo a todos mis hombres en alerta. También hemos avisado a la policía, por si se trata de un vulgar ladrón. No tengo que decirte que nadie tiene que salir de la casa hasta que lo hayamos cogido. ¿De acuerdo? Dentro estáis seguros.

Serguei iba a replicar que no iba a esconderse como un niño asustado por un fantasma, cuando una voz le llamó a sus espaldas.

—Serguei, ¿pasa algo? —preguntó su prometida, lady Brandson.

—Quédate aquí —respondió Serguei con brusquedad. Abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Serguei! —exclamó asustada—. ¿Qué está ocurriendo?

—Alguien ha entrado en la propiedad. Mis hombres darán con él.

—Entonces ¿por qué esa pistola?

—Porque nadie amenaza a mi familia y sale impune.

Abandonó el despacho y corrió hasta la habitación de su hija. Irena estaba tumbada boca arriba en la cama. Hablaba con alguien por teléfono. Soltó una risita. En cuanto vio a su padre alejó el teléfono de su oreja. Serguei pensó que aquel maldito teléfono parecía una parte más de su propio cuerpo;

su hija nunca se separaba de él.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Irena.

—No te muevas de tu habitación, ¿está claro?

—¿Por qué, qué pasa?

—Hay un intruso en la propiedad —respondió Serguei—. Puede ser peligroso.

Irena se giró dándole la espalda. Murmuró algo que su padre no pudo escuchar.

Serguei se aproximó a la cama y se inclinó sobre ella para darle un beso; su hija apartó la cara bruscamente.

—Está bien. No te muevas de tu habitación.

Irena no dijo nada. Serguei respiró hondo. Tenía que hablar con su hija y arreglar las cosas entre ellos. Pero la conversación tendría que esperar. Cerró la puerta y regresó a la planta de abajo, donde se encontró con el jefe de seguridad. El hombre tenía el rostro congestionado y las pupilas dilatadas.

—Creo que lo tenemos.

Salieron al exterior. La noche era fría y el cielo estaba cubierto de una bruma gris y pegajosa. Cruzaron el jardín del ala oeste dejando atrás la zona deportiva donde se encontraban las piscinas y las pistas de tenis hasta llegar a un pequeño bosque de pinos y álamos que crecía en el extremo oeste de la propiedad. El olor a yerba y a tierra mojada se mezclaba con la brisa marina.

—Al revisar la grabación de las cámaras del muro me dio la impresión de que quien lo había saltado se movía demasiado rápido —explicó el jefe de seguridad mientras

caminaban—. Me hizo pensar que podría ser alguna clase de animal grande y no una persona. Mis chicos inspeccionaron el perímetro con visores nocturnos de infrarrojos y lo siguieron hasta aquí.

—Entonces ¿es solo un animal salvaje? —preguntó Serguei aliviado.

—Eso parece. Pero no es un animal de los que uno espera encontrar vagando por el campo.

Se detuvieron en el centro del pequeño bosque. Varios vigilantes de seguridad enfocaban sus linternas hacia arriba mientras otros apuntaban con sus rifles a la copa de un árbol.

—¿Está ahí arriba? —preguntó Serguei.

El jefe de seguridad le tendió unos prismáticos equipados con infrarrojos. Serguei inspeccionó el árbol.

—¡Es un mono! —exclamó al reconocer un silueta simiesca.

—Un chimpancé —puntualizó el jefe de seguridad—. Y de un tamaño considerable. Algunas mansiones de por aquí tienen zoos privados. Se habrá escapado. ¿Nos da su permiso para disparar?

Serguei asintió. El jefe de seguridad hizo una seña a uno de sus hombres. Un disparo percutió en la noche estrellada. Se escuchó un chillido que les puso los pelos de punta. Un bulto oscuro se desplomó desde diez metros de altura. El impacto del pesado cuerpo contra el suelo resonó con fuerza en la oscuridad.

—Cuidado —advirtió el jefe de seguridad—. Si no está muerto todavía es peligroso.

Dio un paso hacia el animal tendido en el suelo. Sacó su pistola de la funda del cinturón y le disparó en la cabeza. El simio se estremeció con un espasmo y después se quedó inmóvil. Todos se acercaron a contemplarlo. Todos menos Serguei Aksyonov, que ya regresaba a la casa.

—No bajen la guardia en toda la noche —ordenó antes de alejarse.

—No se preocupe, jefe. Hemos revisado a conciencia los alrededores y todo está tranquilo. Ninguna cámara ha dado una alerta. Puede estar seguro de que nadie más ha entrado aquí esta noche.

«Un maldito mono», se dijo Serguei Aksyonov con rabia. Apoyó el dedo sobre el lector de huellas digitales de la puerta de entrada. La cerradura electrónica se abrió con un chasquido metálico. Fue directo hasta las habitaciones de la planta superior ignorando las preguntas de su prometida, que revoloteaba nerviosa a su alrededor.

Tenía que ver a su hija.

Abrió la puerta del dormitorio. La habitación estaba vacía. No había ni rastro de Irena, solo su teléfono móvil sobre la cama, como un mal presagio. Irena nunca se separaba ni un instante de su teléfono.

Con movimientos lentos y pesados, como si avanzase por el lecho marino, Serguei se aproximó al aparato y lo miró con un estremecimiento. El corazón le latía con fuerza. Había una llamada en curso. Los altavoces del teléfono emitieron un sonido apagado semejante a una risa ahogada.

Escuchó la voz de su hija.

«¡Papá, ayúdame, por favor! ¡Este hombre me está haciendo daño! ¡Papá, tengo mucho miedo!»

—¡Irena! ¿Dónde estás, hija? ¡Irena! —gritó Serguei al teléfono.

La llamada se interrumpió. Serguei Aksyonov cogió el teléfono con ambas manos y se lo quedó mirando fijamente, como si a través del aparato pudiese alcanzar a ver dónde se encontraba su hija.

En ese momento el teléfono recibió un mensaje de texto:

Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí.

Fue entonces cuando Serguei vio la gota de sangre sobre la moqueta. Roja, oscura, todavía húmeda.

Cuando lady Brandson se aproximó a su prometido no pudo evitar un grito al ver el horror y la desesperación más absolutos reflejados en los ojos de su futuro esposo.

3

CARLA

—Nunca nadie me informó de las consecuencias psicológicas que iba a sufrir tras abortar —dijo Carla.

—No todas las mujeres viven un aborto del mismo modo —respondió la psicoterapeuta—. En mi opinión, creo que intentas desplazar tu responsabilidad por lo sucedido y culpar a los demás.

—¡De eso nada! —exclamó Carla—. Te voy a explicar por qué soy víctima. Yo era joven y estaba sola. No tenía nadie a quien acudir. Tienes un problema importante, estás sola, llena de miedo, y como te ofrecen esta posibilidad te lo empiezas a plantear. El tiempo aprieta cada día que pasa y tú sigues sola. Así que llamé por teléfono a esa clínica, creo que fue una compañera de trabajo la que me dio el número. Yo estaba de tres meses y me dieron cita para el día siguiente, como con prisa, lo cual es normal porque cuanto más tiempo tengas para pensar, para reflexionar, menos les conviene a ellos. No en vano los abortistas viven, y muy bien, del drama de estas mujeres.

—Estamos hablando de médicos, de profesionales.

—Sí, claro. Mira, al día siguiente fui a la clínica. Es algo

extraño porque tú no quieres ir, la soledad te lleva, no te queda otra, es lo único que te ofrecen. Yo esperaba algo de información y lo que me encontré fue una situación surrealista. Allí no hay una mirada amable por ningún sitio, hay mucha frialdad. En la gente, en el ambiente. Ni una sonrisa. Te pasan a una sala de espera en la que solo se oyen murmullos y lo que ves es tétrico. Las caras de las mujeres que estaban allí. Esas caras no se me olvidan nunca.

—A lo mejor no era tan tétrico —dijo la psicoterapeuta—. Es posible que tu propia angustia te hiciese verlo así, te hiciese ver que los demás también lo estaban viviendo del mismo modo, ¿no crees?

—Te aseguro que allí todo el mundo tenía cara de funeral. Nadie hablaba. Era como si una tragedia planease sobre todas nosotras. Nadie decía nada. El médico tampoco te dice absolutamente nada. Mientras te examina, por supuesto, tú no ves la pantalla del ecógrafo. El médico verifica una serie de cosas y te manda de vuelta a la sala. Tú miras las caras. Las chicas más jóvenes recuerdo que lloraban bajito, sin hacer ruido. Nadie comentaba nada con nadie y reinaba el silencio, cuando en tu interior gritabas muy fuerte ¡no quiero! Son gritos ahogados, que no escucha ni quien tienes al lado, solo los oyes tú.

—Tuviste una charla con un psicólogo, ¿no es cierto? — La psicoterapeuta gesticuló mostrando las palmas de las manos.

—Sí, claro, el psicólogo. Esperas que te diga algo y no te dice nada. Quieres que te diga que no lo hagas. Pero al revés,

te dice que no pasa nada, que es algo muy sencillo, muy fácil, y que cuando acabes te vas a casa como si nada, mientras que la realidad llega después. La cosa es que el psicólogo te descuadra todo porque esperas una mínima explicación y allí no te dan ninguna. Aquel tío solo parecía preocupado de que yo pasara al quirófano para poder cobrar. No le importaba mi situación, ni las consecuencias, ni nada. Recuerdo que me dijo que qué tal estaba, que con la cara que llevaba no hacía falta ni que contestase. Y me dice que tengo que firmar un consentimiento informado.

—Y en ese documento, ¿no se explicaba lo que iba a pasar?

—Era el típico documento que firmas cuando te sometes a una intervención. No te explican nada sobre las consecuencias psicológicas que se pueden dar. Al revés, se da por hecho que tú quieres abortar, que no vas a sufrir consecuencias negativas. Ni se preocupan por eso. En el documento escrito que te dan no dice nada de las consecuencias psicológicas o de los posibles traumas, ni siquiera lo menciona como posibilidad. Te dicen que no pasa nada, que es muy rápido y que en cuanto acabe te vas a casa como si nada. No te preguntan por qué puede suponer un mal para ti el seguir adelante con tu embarazo, que se supone que es el supuesto al que te acoges. Te informan menos que cuando te vas a sacar una muela. Te lo hacen y se olvidan de ti. Y tú apáñatelas como puedas.

—El momento más traumático para ti fue el de la intervención —dijo la psicoterapeuta.

—Después de hablar con el psicólogo te vuelven a pasar a la sala —respondió Carla—. Estás desorientada. Al rato te vuelven a llamar y te dicen que te desnudes, sin pudor alguno. No te dan una bata ni nada y vas desnuda hasta la camilla, y una vez que te colocas igual que si fueses a dar a luz, entra el médico. Recuerdo que tras ponerme una anestesia local, me dijo que como no me tranquilizase íbamos a estar hasta mañana y me iba a doler más. Entonces lo hizo. Fue rápido y muy molesto. Yo estaba mirando al techo gritando sin gritar. Quería salir corriendo de allí, pero no puedes. Es tan duro asumir lo que está pasando como la manera en que está pasando. A la vez que el médico hace su trabajo, las enfermeras tenían una conversación paralela sobre sus cosas.

—Hacen varias intervenciones al día. Para ellos es algo rutinario.

—¿Rutinario? ¿Te parece rutinario ver los restos de tu hijo metidos en un bote? Lo echan en un recipiente de cristal y se queda ahí, apartado en un lado. Tú lo ves. Es curioso como antes del aborto no te dejan ver la pantalla del ecógrafo por si te arrepientes, pero una vez que estás en la camilla les das igual. Lo dejan allí apartado, lo ves. Si estás de tres meses, no ves solo líquido. Yo vi trocitos de carne.

Carla tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar. Sentía la garganta llena de algodones.

—Bebe un poco de agua —dijo la psicoterapeuta. Frunció los labios y entornó los ojos mientras le ofrecía el vaso.

Carla tomó un sorbo y siguió hablando.

—Luego una enfermera se lleva el bote. Y se lo llevan como el que vacía una papelería. Esa imagen no se te borra de la mente en la vida. Luego te vistes como puedes, sola, nadie te ayuda, y pasas a una salita diferente a la anterior porque no permiten que las chicas que están esperando vean cómo te sacan de allí. Al final aparece una enfermera, te pregunta si te mareas y si le dices que no, te contesta «Pues hala, ya puedes irte a casa». Quieres salir a ver si te da el aire, pero dentro te has dejado algo, no estás entera, y se te cae el mundo. No sé ni cómo llegué a casa. Era viernes y estuve los tres días metida en la cama, sin levantarme ni para comer ni para ir al baño. Llega el lunes. Así que te levantas, te vistes y te vas a trabajar. Sientes que eres otra, que algo ha cambiado irreversiblemente, pero la gente no lo sabe.

Carla bebió otro poco de agua. Se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel. Había recordado aquellos montones de veces, pero no podía evitar llorar cada vez que lo hacía.

—Me estoy volviendo loca —sollozó.

—Tu problema es que no puedes perdonarte por lo sucedido —explicó la psicoterapeuta—. Tu mente ha creado un mecanismo psicológico de defensa. Lo que tenemos que trabajar es el sentimiento de culpa.

—Aquí estás para ayudarme, para ayudarme a superar esto, a mí... Yo soy el objetivo de lo que haces, pero ¿quién ayuda a mi hijo? Todo esto es sobre mí, yo, yo, yo; y entonces él ¿qué? ¿Entiendes ahora que no pueda aceptar lo que pasó?

—Cuéntame qué es lo que sientes exactamente ahora respecto a tu hijo.

—Al principio me dio por imaginarme cómo serían las cosas si el embarazo hubiese seguido adelante. Si mi hijo hubiese nacido. Lo llamé Aarón. Me imaginaba cómo sería en cada momento, qué edad tendría. Poco a poco se fue dibujando una imagen en mi mente. Una imagen que en vez de desvanecerse o enturbiarse se iba definiendo cada vez más con el paso de los años. Veía su carita de niño y veía cómo cambiaba esa carita conforme crecía. Empecé a imaginar cómo hubiese afectado a mi vida tener un hijo. Tendría que llevarlo a una guardería, tendría que contratar a una niñera. Me gustaba imaginar lo que haría Aarón si estuviese a mi lado. Entonces empecé a imaginarme lo que Aarón diría o haría en tal o cual situación. Al principio esos momentos de locura me asustaban un poco. Pero también me hacían sentir mejor. Hasta que sin darme cuenta la idea de lo que Aarón estaría haciendo en cada momento comenzó a transformarse. Ya no era lo que Aarón estaría haciendo, era lo que Aarón estaba haciendo. Poco a poco pasé de imaginar cómo sería vivir con un hijo a vivir como si realmente tuviera un hijo. Por ejemplo, tengo que llevarlo a la escuela por las mañanas y recogerlo por las tardes. Cuido de él. A veces vamos al parque, o al cine, o a patinar.

—Comprendo. Para ti es real.

—¡No! ¡Por supuesto que no es real! Sé que Aarón «no» es real. Pero eso no hace que deje de pensar con todo detalle en cómo serían las cosas si fuera real. ¿Entiendes? No puedo

evitarlo. Cada cosa que vivo la vivo por los dos. Cuando escucho una vieja canción pienso cómo sonará en sus oídos. Cuando reponen una película de mi niñez imagino cómo la verá él. Cada cosa que para mí es familiar puede ser nueva y excitante para Aarón.

Carla, que se encontraba tumbada en un diván de la consulta de la psicoterapeuta, se incorporó para sentarse. Se alisó la falda con un gesto mecánico y entonces miró a la terapeuta directamente a los ojos.

—Todo atraviesa dos prismas en mi vida. Y eso resulta tan inevitable como agotador.

—¿Y Aarón está aquí ahora, en la consulta, a tu lado?

—¡No! Por el amor de Dios, ¿cómo iba a dejar que escuchara esto? Tiene once años, casi doce, ¿qué pensaría si supiera que su madre lo dejó morir antes de nacer?

4

CARLA

Grooming: problema relativo a la seguridad de los menores en internet, consistente en acciones deliberadas por parte de un adulto de cara a establecer lazos de amistad con un niño o niña en una red social, con el objetivo de obtener una satisfacción sexual mediante imágenes eróticas o pornográficas del menor o incluso como preparación para un encuentro sexual, posiblemente por medio del chantaje a los niños.

El adulto procede a elaborar lazos emocionales (de amistad) con el menor, normalmente simulando ser otro niño o niña.

El adulto va obteniendo datos personales y de contacto del menor.

Utilizando tácticas como la seducción, la provocación, el envío de imágenes de contenido pornográfico, consigue finalmente que el menor se desnude o realice actos de naturaleza sexual frente a la webcam o envíe fotografías de igual tipo.

Entonces se inicia el ciberacoso, chantajeando a la víctima para obtener cada vez más material pornográfico e incluso tener un encuentro físico con el menor para abusar sexualmente de él.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

Cuando Carla llegó a la fiesta poco podía imaginar que la diversión acabaría con ella tirada en el suelo y un hombre

intentando violarla.

Era la celebración del cóctel navideño en la sede madrileña del periódico *El Mundo*, en cuya redacción de sucesos trabajaba su hermano Isaac. Las oficinas del periódico estaban atestadas de gente. Carla se adentró entre la multitud esquivando a camareros con bandejas que iban de un lado a otro ofreciendo bebidas y canapés. En el ambiente sonaba una melodía de algo parecido al jazz, apenas audible bajo la cacofonía de las conversaciones. Cuando un camarero pasó por su lado, Carla agarró un canapé con una mano y una copa de vino con la otra y se llenó la boca masticando mientras buscaba a su hermano.

Estaba muerta de hambre y muy cansada. Las sesiones con su psicoterapeuta la dejaban agotada. Por no hablar de la desastrosa entrevista de trabajo que había tenido por la mañana. Si es que a aquello se le podía llamar *entrevista*. Más bien había sido una especie de competición. La habían metido en una sala con otras veinte personas y la habían puesto a rellenar test de personalidad y montones de psicotécnicos difícilísimos. ¡Ni que la entrevista de trabajo fuese para pilotar un avión!

Después la habían pasado a un despacho para una prueba de inglés. «Cuéntame algo acerca de ti», le dijo un tío con cara de pocos amigos. No es que tuviese demasiados problemas para hablar en inglés. Podía defenderse y mantener una conversación informal. Pero después de unas cuantas frases se había quedado en blanco, sin saber qué más decir.

«Tengo treinta y cinco años..., vivo en Madrid, mis padres murieron cuando yo era una niña, tengo un hermano periodista, soy informática, me gusta el cine... me gusta leer... me gusta pasear...»

¡Y se quedó en blanco! El tío anotó algo en un cuaderno; por si decía algo más se quedó esperando unos segundos, que a Carla se le hicieron interminables, y entonces le dijo que ya habían acabado. Carla salió de allí sintiéndose como una tonta. Después de otra hora esperando en el hall de la empresa, la recepcionista la llamó y le dijo que podía marcharse, que gracias por todo, pero que su perfil no encajaba con lo que buscaban. ¡Su perfil! ¡Pero si no le habían hecho una sola pregunta sobre su experiencia profesional!

Carla se acabó la copa de vino y alcanzó otra de la bandeja de un camarero. La redacción del periódico estaba atestada de gente y parecía que cada vez entraba más. No veía por ningún lado a su hermano. Estaba incomodísima con aquellos tacones tan altos y el vestido satinado de fiesta. Atisbando entre la multitud reconoció algunas caras de famosos, políticos, actores, presentadores de televisión, aunque no le venía a la mente el nombre de ninguno de ellos. Siempre se acordaba de las caras, pero tenía muy mala memoria para los nombres.

No le gustaba demasiado acudir a aquel tipo de fiestas. Su hermano Isaac sí que se lo pasaba en grande. Isaac era muy extrovertido, siempre tenía un chiste a punto y una conversación inagotable. A su hermano le encantaba ser el

centro de atención. Pero ella no se desenvolvía nada bien entre extraños. No conseguía relajarse. Quería ser simpática y enrollada y se pasaba todo el tiempo con una sonrisa puesta que acababa agotándola.

Aquella noche había decidido prescindir de la sonrisa. Estaba demasiado cabreada con el mundo como para intentar caerle bien.

«Cuéntame algo acerca de ti.»

Soltó un bufido. Desde que salió de la entrevista de trabajo no habían parado de ocurrírsele cosas sobre sí misma, ninguna buena. Y es que siempre le pasaba lo mismo. Cuando tenía que describirse a sí misma se quedaba en blanco. Como cuando conocía a un hombre interesante y le decían aquello de «cuéntame algo sobre ti, quiero conocerte más». Alguien tendría que prohibir esa frase. Y es que se consideraba una mujer muy normal, con los gustos de cualquiera. Con las cosas de cualquiera.

«Vivo en un piso de cincuenta metros en el barrio de Moratalaz y estoy en paro.»

No le parecía el tipo de información que pudiera hacerla interesante a los ojos de un hombre.

«Ah, por cierto. Una vez aborté y tengo un hijo imaginario que se llama Aarón.»

No, eso tampoco ayudaría.

Si no hubiese abortado, su hijo Aarón tendría ahora once años, casi doce. Ya casi sería lo suficientemente mayor para no tener que dejarlo con la niñera cada vez que ella saliera. Estaría hecho todo un hombrecito. Ahora tendría que llamar

a casa para saber que todo iba bien. Confirmar con la niñera que ya estaba en la cama.

Al menos, un hijo imaginario no le suponía ningún gasto. No tenía que pagar el colegio, ni los libros ni el uniforme como las demás madres. Llevaba seis meses buscando trabajo, y nada. A lo mejor tendría que irse a Inglaterra una temporada a aprender inglés. A lo mejor tendría que inventarse una biografía más interesante para las entrevistas de trabajo.

«Acabo de regresar de Nueva Zelanda, donde estuve casada cinco años con un maorí líder de un movimiento revolucionario. He visto tantas cosas y he vivido tanto que no sabría ni por dónde empezar, querido.»

Su hermano no aparecía por ningún lado. Fue hasta una de las mesas de catering y agarró un sándwich de jamón. Estaba muerta de hambre y tenía la impresión de que el vestido le apretaba más de lo normal. Genial. Lo que le hacía falta ahora era coger unos kilos de más.

Por fin divisó a su hermano. Isaac se había convertido en el centro de atención de un pequeño grupo que reía a su alrededor con sonoras carcajadas. Todos se lo estaban pasando en grande. Se fijó que en el grupo que rodeaba a su hermano había una mujer muy guapa, alta, tanto que sobresalía entre todos los hombres, de piernas largas y firmes, enfundadas en una falda de tubo y tacones de aguja muy elegantes. Lucía una larga cabellera rubia y tenía la piel del rostro blanca y sedosa. Aquella mujer tan guapa no le quitaba los ojos de encima a Isaac.

Su hermano siempre se convertía en el centro de diversión de todas las reuniones. Era dos años mayor que Carla y era la única familia que le quedaba. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando eran unos niños y se habían criado con los abuelos, que habían fallecido hacía años, siendo ella todavía una adolescente.

Su hermano Isaac era un hombre atractivo con una eterna disposición al buen humor. Tenía el rostro afilado y el pelo negro y abundante con reflejos castaños, que le caía a ambos lados de la cara en un largo flequillo. Compartía con su hermana los ojos claros y las pestañas largas y rizadas, así como la boca ancha, de labios finos y perfilados. Su expresión solía ser la mayoría de ocasiones socarrona, pícaro o irónica, según las circunstancias. Era muy difícil sorprenderle con semblante serio. Isaac miraba el mundo de un modo especial, como si encontrase algo divertido en todo aquello en lo que depositase su vista.

Carla solía pensar que si su hijo Aarón hubiese vivido, se parecería mucho a su tío Isaac. Sería un niño simpático, adorable, ingenioso y muy guapo. Su tío adoraría a Aarón tanto como ella lo adoraba.

Vació la copa de vino de un trago y cogió otra. Se disponía a unirse al grupo cuando alguien se interpuso en su camino.

—Hola, me llamo Alberto López de Prada, me has recordado a alguien y he pensado que me gustaría conocerte —dijo con marcado acento andaluz. ¿Sevillano?

Era un hombre joven, alto, muy guapo. Vestía un traje de

lana marrón y jersey negro de cuello alto. Tenía la piel bronceada, el pelo castaño y unos ojos azules poderosamente llamativos. La boca era amplia, de labios gruesos, el mentón firme cubierto por una atractiva barba de tres días.

—Hola. Yo soy Carla —contestó nerviosa.

El hombre le estrechó la mano con fuerza. Por unos instantes, Carla se sintió abrumada al notar aquellos ojos azules clavados en ella.

—Soy delegado de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía —dijo el hombre—. Mi padre es el director general. También es un alto cargo dirigente del partido socialista. Mi padre está en la carrera por la presidencia de la Comisión Ejecutiva Federal.

Lo soltó todo de carrerilla, como un niño que recita una lección aprendida. Tenía los ojos, la cara y el cuerpo entero dirigido hacia el de Carla, la mano izquierda sostenía una copa y la otra descansaba sobre su cadera derecha. Sonreía con un lado de la cara.

—Oh, eso es estupendo —respondió Carla, ligeramente perpleja.

—Mi padre es íntimo amigo del director del periódico. ¿A quién conoces tú aquí?

—Mi hermano. Trabaja en la redacción de sucesos. —Carla señaló hacia donde se encontraba Isaac, que seguía provocando risas entre el grupo que lo rodeaba.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—Bueno... yo soy informática. —Carla tomó aire—. Aunque ahora estoy en paro —dijo incómoda. El hombre no

apartaba los ojos de ella, aunque Carla tenía la molesta sensación de que más bien el centro de su atención era su escote—. Llevo un tiempo en paro, pero he trabajado varios años programando páginas web para internet. Me especialicé en publicidad y marketing online.

—¡Internet! —exclamó Alberto con alegría—. ¡Yo me paso la vida conectado a Facebook! Creo que tengo una especie de adicción, no sabría qué hacer sin mi teléfono móvil. Mira mi iPhone, es de última generación.

Puso el teléfono ante sus ojos, como esperando que Carla lo admirase.

—¿Alguna vez te has grabado en un vídeo erótico con tu teléfono? —la espetó.

El hombre se inclinaba demasiado sobre ella al hablar, demasiado cerca. Carla dio un paso atrás. Alberto dio un paso adelante.

—Podemos intercambiar unos vídeos. Yo te envío uno de los míos y tú uno de los tuyos...

Carla cruzó los brazos y se puso de lado. Alberto formó una pantalla entre ella y el resto de la fiesta. Carla no podía retroceder porque tenía la mesa de canapés detrás. Empezó a entender por qué aquel hombre tan atractivo la había abordado a ella. A aquellas alturas lo habría intentado ya con todas las otras mujeres de la fiesta, mucho más guapas que ella, y todas lo habrían rechazado.

—Lo siento, aún no he saludado a mi hermano —dijo tratando de escabullirse a un lado.

Alberto la siguió con una sonrisa en los labios y los ojos

azules y muy abiertos clavados en ella, como tratando de hacer sucumbir su voluntad con la mirada.

—Cuéntame algo de ti, quiero conocerte —dijo.

Carla soltó un bufido.

—Mi vida es muy aburrida —contestó.

—Eso de internet, ¿qué es lo que haces exactamente? —insistió.

—Marketing online —respondió Carla sin mirarle. Eso ya se lo había dicho antes, aunque de pronto tuvo la sospecha de que aquel tío no tenía ni idea de qué era eso. Sintió como el calor le subía al rostro—. Diseño programas que muestran anuncios, publicidad, en internet —aclaró.

—Ah, claro, ya entiendo —exclamó Alberto—. Tú haces esos dibujitos tan divertidos que te piden hacer clic. Ja, ja. Me encanta.

Carla quiso captar la atención de su hermano. El grupo se había disuelto y ahora se había quedado a solas con la mujer rubia. Tenía que llegar hasta él como fuese.

—Lo siento Alberto, ha sido un placer, pero tengo que hablar con mi hermano —dijo cortante.

Carla se hizo a un lado, pero Alberto no pareció darse por aludido.

—Eso de los anuncios... —siguió diciendo el hombre—. Tengo una idea muy buena. Verás, todos esos anuncios que parpadean y que siempre te están pidiendo hacer clic aquí: «haz clic aquí», te repiten sin parar. Y tú vas y no haces clic porque no te gusta hacer lo que te dicen, por llevar la contraria, ¿OK?, ¿me sigues? Entonces podrías poner un

recuadro que diga «NO hagas clic aquí», ¿comprendes? «NO hagas clic aquí». —Alberto abrió mucho la boca para pronunciar aquel sonoro *no*—. ¿Qué harías entonces si ves ese mensaje? ¡Pues hacer clic!, ¿no te parece? Por seguir llevando la contraria. Te dice «NO hagas clic aquí» y entonces todo el mundo va y hace clic. ¿A que es una idea genial?

—Es interesante —respondió Carla tratando de alejarse de él, pero el pesado seguía a su lado sin separarse ni un centímetro de ella—. Aunque verás: lo que yo hago es un poco más sutil. La idea es encontrar a la gente interesada en un determinado producto para mostrarles esa publicidad en concreto. ¿Comprendes? Por ejemplo, lo que quiere una marca de coches es que sus anuncios los vean quienes están pensando en cambiar de coche. Si pones publicidad engañosa para que la gente haga clic prometiendo una cosa cuando en realidad te encuentras otra, estaríamos perdiendo el tiempo. —Carla avanzaba dando un rodeo entre los presentes con la esperanza de que alguien obstruyese el paso de Alberto y quedase atrás.

—Creo que eres tú quien no lo ha entendido —dijo Alberto, que parecía realmente entusiasmado con su idea—. Si lo piensas, mi anuncio es perfecto, ¡porque sirve para anunciar cualquier cosa!

—Sí, claro —resopló Carla.

Se fue directa hacia su hermano mientras el joven la seguía, parloteando a su lado. Se daba cuenta de que aquel tío era tan guapo como idiota. Y no veía la forma de quitárselo

de encima. Se preguntó qué tipo de cargo de delegado desempeñaría en la Consejería de Urbanismo. Delegado del servicio de café.

—¡Carla! ¿Dónde te habías metido? —saludó su hermano cuando la vio. Le dio un caluroso abrazo y dos besos—. Mira, te presento a Elsa Sjöberg, ¿se pronuncia así, verdad? Ella es mi hermana Carla.

Carla estrechó la mano de la mujer rubia. A su lado, Alberto la rozaba con el hombro. Parecía que había decidido unirse al grupo.

—Encantada, Elsa —saludó Carla—. Eh, bueno, él es Alberto... alguien a quien acabo de conocer.

—Ya nos conocemos —anunció la acompañante de su hermano con frialdad. Tenía un leve acento nórdico.

Con la mirada, Carla lanzó a su hermano una petición de ayuda para quitarse de encima a aquel idiota.

—Elsa es la directora en España de la editorial Temas de Hoy —explicó su hermano después de las presentaciones—. Tenía muchas ganas de que os conociérais. Le estaba hablando de tu libro.

—Oh, bueno, solo es algo que he estado haciendo mientras buscaba trabajo —se justificó Carla.

—Isaac me ha explicado que has escrito un ensayo sobre los peligros a los que se exponen los adolescentes en las redes sociales —se interesó Elsa.

Sentir la mirada de aquella mujer tan sofisticada hizo que Carla se ruborizase. Por algún motivo la intimidaban las mujeres muy guapas y muy elegantes. Curiosamente, era

algo que no le pasaba con los hombres, por muy atractivos que fuesen.

—Sí, en realidad creo que hay varios temas que se mezclan —dijo—. Está el anonimato en internet. Es una locura que cualquiera pueda crearse una identidad falsa y llenarlo todo de mentiras sin ningún control... Y precisamente ese anonimato favorece que los adultos se aprovechen de los menores fingiendo y engañando.

—El acoso en las redes sociales es un tema que le interesa mucho a la editorial —confesó Elsa, asintiendo repetidamente.

—Ni te imaginas los peligros. Cualquiera puede hacerse pasar por un menor y engañar a todos esos niños. Acoso, pederastia..., es terrible lo fácil que resulta ganarse la confianza de un menor y manipularlo.

Carla evitó mencionar que su interés en las redes sociales comenzó cuando cayó en la cuenta de que su hijo Aarón, de estar vivo, ya tendría edad para tener su propio perfil y acceder a una red social. Ella misma había creado el perfil de un niño de once años llamado Aarón y había comenzado a «hacer amigos» en Tuenti (una de las redes sociales para menores más activas). Su sorpresa vino cuando comenzaron a llegarle propuestas de amistad de perfiles que eran claramente falsos menores. Adultos haciéndose pasar por niños que no tardaban en hablarle de sexo y hacerle propuestas obscenas más o menos encubiertas. Para ella era muy fácil identificar a esos falsos menores, pero pensó que un niño de once años podría sentir curiosidad o incluso creer

que aquello era lo normal en internet. Pensó en todos los niños que estaban accediendo a las redes sociales sin supervisión de adultos y decidió ponerse manos a la obra y escribir un ensayo denunciando todo aquello. Hasta el momento no había pensado seriamente en qué haría cuando el libro estuviese acabado.

—El problema es que los padres no tienen ni idea de lo que hacen sus hijos en internet —explicó Carla—. Muchos creen que no hay ningún peligro, que es como un juego, que navegar por internet es como si jugasen con la consola. Entonces pensé que sería una buena idea escribir una especie de guía para padres, explicando los riesgos que corren sus hijos y lo que deberían hacer para evitarlo.

—Te va a interesar, en serio —prometió Isaac—. Yo lo he leído y es un material estupendo. Carla ha recopilado ejemplos reales que te ponen los pelos de punta.

—Suenan muy bien —dijo Elsa—. Me gustaría mucho leer el borrador. Estamos buscando material para una colección sobre los peligros que esconden las nuevas tecnologías de internet. Personalmente, creo que Google, Apple y Facebook se están convirtiendo en los nuevos dictadores del siglo XXI...

—Me encanta Facebook —interrumpió Alberto metiendo la cabeza entre ellos—. Me pasaría la vida conectado. Lo haría si no fuera por mis *importantes* obligaciones en la Consejería. Mi padre es el director general de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía. Por cierto, mi padre es íntimo amigo del *dueño* de este periódico.

Elsa le lanzó una mirada de hielo. Carla volvió la cabeza,

pretendiendo no haber escuchado nada. Alberto, por su parte, dio un paso adelante para interponerse entre ella y su hermano.

—¿Por qué no nos vamos a otro sitio tú y yo? —preguntó inclinándose sobre Carla—. Ya estoy cansado de tanta conversación intelectual.

—Tienes razón con los intelectuales —dijo Isaac sin borrar la sonrisa—. La mayoría no dejarían de hablar, aunque nadie les estuviese escuchando. Les gusta escucharse a sí mismos. Es uno de sus mayores placeres. A menudo incluso mantienen largas conversaciones consigo mismos y son tan inteligentes que a veces no entienden ni una palabra de lo que dicen.

Alberto torció la boca hacia un lado y sus cejas se elevaron durante un instante. No había entendido nada.

—Precisamente le estaba dando a tu hermana algunas ideas muy valiosas sobre la publicidad en internet —replicó elevando la barbilla—. Puedes utilizarlas. —Se volvió hacia Carla—. Te doy mi permiso.

Elsa se cruzó de brazos. Carla, con los brazos cruzados a cal y canto y casi dando la espalda a Alberto, hizo un gesto con las cejas a su hermano. Alberto volvió a inclinarse para hablarle al oído. Aunque tenía la boca pegada a la oreja de Carla, su tono de voz era tan estridente que todos pudieron escuchar lo que decía.

—Venga, vámonos tú y yo a pasar un buen rato. Mi padre es íntimo amigo del director. ¿No querrás que le hable mal de tu hermano, verdad?

Carla notó que la sangre se le agolpaba en las sienes. Se volvió airada. Iba a decir algo, pero, por la expresión de Isaac, supo que su hermano lo había escuchado todo. El gesto sombrío le duró a su hermano solo un instante; enseguida recuperó una expresión risueña. Antes de que Carla pudiese decir nada, Isaac agarró una cucharilla de postre y una copa y comenzó a golpearla para llamar la atención de los presentes.

—¡Atención, atención! —llamó en voz alta—. Ruego nos presten unos minutos de su atención.

Todos se volvieron para mirarles. «No, por favor, no lo hagas», quiso decirle Carla con los ojos, pero ya era tarde. Sabía que su hermano no iba a dejar que aquel idiota tratase de intimidarla y saliese indemne del encuentro.

—Por favor, silencio —pidió Isaac.

Todos se volvieron a mirar. Quienes lo conocían tenían ya una sonrisa en los labios, sabedores de que se avecinaba algo divertido.

—Un minuto de su atención. Quiero anunciarles que tenemos el honor de contar en esta reunión con el señor Alberto López de Prada.

Isaac dejó transcurrir unos segundos mientras señalaba teatralmente al joven, quien miraba a su alrededor con desconcierto. Alguien detuvo la música. Las conversaciones fueron bajando de volumen hasta que se hizo el silencio. Todos les miraban con expectación.

—El señor Alberto López de Prada es delegado de la Consejería de Urbanismo en Sevilla. Su padre es el director general. Pero, por favor, que nadie piense que el señor López

de Prada logró el puesto por enchufe y no por méritos propios —dijo Isaac con expresión severa.

Hubo alguna carcajada entre los presentes.

—El honorable padre de Alberto es, por otro lado, íntimo amigo del dueño de este periódico y, sin duda, lamenta no haber podido asistir a este evento. En su representación, ha enviado a su hijo, quien desea transmitirnos unas palabras a todos en su nombre.

Isaac hizo un gesto para ceder la palabra al joven. Carla vio como Alberto enrojecía hasta la raíz del cabello. El silencio era absoluto. Todos aguardaban sus palabras.

—Yo... eh... Bueno, yo... —balbuceó—. Mi padre... bueno..., mi padre... En fin, mi padre hubiese querido que yo... que yo...

Isaac asentía con gesto serio a todo lo que decía, como si estuviese escuchando un solemne discurso. Alberto le miraba, miraba a su alrededor.

—Lo que mi padre valora es... Lo que mi padre..., la prensa es... libertad de expresión, es... Bueno, yo estoy aquí...

Alberto tenía la cara roja como un tomate. Un murmullo comenzó a recorrer a los presentes. El joven tenía aspecto de haberse atragantado: cada vez más rojo, sometido a todas las miradas, abría la boca como queriendo expulsar las palabras que le impedían respirar.

Estuvo boqueando unos instantes más, como un pez fuera del agua, hasta que, cuando por fin parecía que iba a decir algo más, Isaac le interrumpió.

—Excelente discurso —exclamó a viva voz—. Sin duda

tu padre estará orgulloso de ti. —Brotaron algunas risas.

Alberto miraba a Isaac con los ojos muy abiertos, como si le hubiesen derramado un cubo de agua helada en la cabeza.

—Bien, ahora sabemos que algún día podrás ganarte la vida escribiendo discursos. —Las risas continuaron—. Un aplauso para nuestro amigo —pidió Isaac.

Todos comenzaron a aplaudir y Alberto se escabulló apretando los puños y murmurando maldiciones entre los presentes, que reían a su paso.

—¡No tenías que haber hecho eso! —le recriminó Carla cuando todo el mundo regresó a sus conversaciones.

—No iba a dejar que un idiota como ese intimide a mi hermana —dijo. La miró con ternura. Sus ojos claros refulgían bajo las largas pestañas rizadas.

—Bien hecho, ese imbécil se lo merecía —asintió Elsa. La guapa mujer miraba a Isaac con renovada admiración.

—Ya me lo hubiese quitado yo de encima —dijo Carla—. No hacía falta montar un espectáculo.

—Olvídalo. No dejemos que ese idiota nos arruine la noche. —Isaac recuperó su habitual semblante alegre—. Bueno, entonces ¿cuándo le vas a enviar a Elsa el borrador de tu libro?

Retomaron la conversación y pronto se olvidaron del incidente con el joven andaluz. Amigos de Isaac se unieron al grupo. Se pusieron a relatar anécdotas del periódico y un par de horas más tarde a Carla le dolía el estómago de tanto reír. Al final se lo estaba pasando muy bien. El vino se le había subido a la cabeza, sentía un agradable mareo. Fue al baño y,

cuando regresaba, pasó junto a una pequeña terraza abierta. Salió para respirar un poco de aire fresco nocturno.

Estaba nevando. Aquellas estaban siendo unas navidades particularmente gélidas en Madrid. La nieve caía suavemente, incorpórea, llenando el aire como una fiesta de confeti o como si algo se hubiese roto en millones de trozos diminutos. Carla se abrazó a sí misma. Hacía mucho frío, pero el frío era estimulante. Consultó el reloj de muñeca. Eran las tres de la mañana. Aarón estaría durmiendo plácidamente en su cama.

Respiró hondo. El aire nocturno le estaba sentando bien. Se quitó los tacones. El suelo estaba helado, pero la sensación de estar despierta cuando no debería, en mitad de la noche, le provocó una agradable sensación de libertad. Debería experimentar más a menudo aquellas sensaciones. Se vio asaltada por la punzante impresión de que se estaba perdiendo algo importante e irrecuperable. Expulsó con fuerza el aire de los pulmones, como si a la vez quisiera expulsar algo de su interior.

A lo mejor tendría que coger un avión y viajar muy lejos. Conocer el mundo. Tenía treinta y cinco años y todavía no había salido de España. ¿Qué le impedía marcharse? Tenía algo de dinero ahorrado. Podría irse a la India, era un sitio que siempre había querido visitar. A Aarón le encantaría. Los dos se lo pasarían en grande. Solo tenía que comprar un billete, reservar un hotel y hacerlo. ¿Qué se lo impedía? ¿Por qué nunca se atrevía a hacer lo que realmente le apetecía?

Sintió una presencia a sus espaldas. Se volvió,

sobresaltada. Era Alberto. No había vuelto a ver a aquel idiota en toda la noche. Suponía que se habría marchado de la fiesta después del «discurso», pero, al parecer, seguía por allí.

Carla recogió los tacones del suelo y, con ellos en la mano, trató de regresar al interior, pero el hombre se plantó frente a ella cortándole la salida. El aliento le apeataba a alcohol. No le gustó el modo en que la miraba: la mandíbula apretada y los puños cerrados, sus ojos azules tenían una expresión gélida, tan fría y oscura como el cielo de Madrid aquella noche.

—Eres muy guapa —dijo con voz pastosa de borracho—. Me gustas mucho.

—Lo siento, no me apetece hablar contigo —respondió Carla, tratando de escabullirse.

Se dio cuenta de que el hombre había cerrado la puerta y bloqueaba el paso. Se vio obligada a retroceder cuando se aproximó a ella, hasta sentirse arrinconada contra la barandilla de la terraza. Tuvo miedo. Aquel tío estaba muy borracho y allí nadie podía verles desde el interior.

Sin venir a cuento, Alberto soltó una carcajada grotesca. Carla apartó la cara para evitar el aliento que apeataba a alcohol.

—Eres un imbécil repugnante —le espetó arrugando la nariz como quien huele pescado podrido.

—Os creéis muy listos, tú y tu hermano. Escúchame bien. Voy a hacer que despidan a tu hermano del periódico. Mi padre es amigo del director. A no ser que tú y yo...

Carla trató de escabullirse, pero el hombre la agarró por los hombros. Sus manos eran más fuertes de lo que parecían. Le hizo daño.

—Me ponéis a cien las tías como tú que vais de listas — dijo—. Venga, sé que te gusto. Si lo vas a pasar bien. Chúpamela y no despedirán a tu hermano.

La presionó por los hombros para que se arrodillase. Carla lo empujó a un lado. El hombre resbaló en el suelo húmedo y el peso de su cuerpo cayó sobre ella. Ambos se desplomaron. En la caída, Carla se golpeó la cabeza contra el borde de la barandilla. Sintió algo ardiente en la base del cráneo y la visión se le enturbió. Soltó un grito, pero no estaba segura de que ningún sonido saliese de su garganta. Las manos de aquel desgraciado hurgaron debajo del vestido. Le tiraba de las bragas.

Estaba a punto de perder la consciencia y aquel hijo de puta la iba a violar.

Cuando ya sentía que iba a desmayarse vio a su hijo Aarón, que tanto apoyo le había dado siempre, agarrado a la barandilla con una mueca de horror en la cara.

5

SERGUEI AKSYONOV

Pese a ser conocido por sus nervios de acero, Serguei Aksyonov apenas podía contener la cólera. Apretaba los puños y los dientes mientras respondía a las preguntas que le formulaban los dos agentes de policía que lo interrogaban en las dependencias judiciales de Marbella.

Llevaban dos horas de interrogatorio y hacía mucho tiempo que Serguei había perdido la paciencia.

—¿Me estáis acusando de hacer desaparecer a mi propia hija? —gritó el empresario ruso golpeando con los puños la mesa.

—Veamos, señor Aksyonov. Hemos repasado los hechos una y otra vez. Las cámaras de seguridad no han detectado ninguna presencia de intrusos en su residencia, salvo el incidente con el simio. Ninguna cerradura ha sido forzada. No hay huellas ni rastro de presencia extraña en toda la casa. ¿No le parece un secuestro un poco raro? ¿Qué tenemos que pensar?

—Tenéis que pensar cómo ha podido desaparecer mi hija —respondió apretando los dientes.

—Eso es precisamente lo que estamos haciendo, señor

Aksyonov —dijo el policía judicial—. Aparentemente nadie ha entrado o salido de los límites de su propiedad esta noche. ¿No le parece eso extraño?

—No me parece extraño, me parece incorrecto. ¡Claro que alguien ha salido de mi propiedad! ¡Mi hija!

Serguei dio un puñetazo en la mesa y quedó en silencio. Los músculos de su mandíbula se tensaron como amarres de un navío.

—Lo que nosotros pensamos —dijo el policía después de tensar el silencio unos segundos— es que algo ocurrió entre usted y su hija. ¿Qué puede decirnos de la sangre en su habitación?

Serguei clavó una mirada enrojecida en el policía.

—¿Creéis que yo le haría daño a mi hija? Vosotros no me conocéis. No conocéis a los Aksyonov. Mi hija es sangre de mi sangre, daría mi vida por ella sin dudarlo. Vosotros los españoles no le dais importancia a la sangre. No habéis vivido lo que nosotros, el pueblo ucraniano. No tenéis ni idea de los sacrificios que mi padre tuvo que hacer por mí, ni los que tuvo que hacer el padre de mi padre.

Serguei miró a los policías con los ojos convertidos en dos ranuras.

—En mi familia los lazos de sangre son sagrados. Mi hija lo es todo para mí. Nunca le haría daño. No soportaría que le ocurriese nada.

Serguei apoyó los codos en la mesa y sostuvo la cabeza con las manos.

—Dios mío, me estoy volviendo loco. Mi hija. Si le ha

pasado algo... —Meneó la cabeza—. Ella es lo que más quiero. Tenéis que entenderlo.

—Lo entendemos. Por eso tiene que colaborar con nosotros. Tiene que contarnos lo que ha ocurrido esta noche en su casa.

—No me creéis, ¿verdad? —Serguei los miró con los ojos inyectados en sangre—. Os diré una cosa. Si no encontráis a mi hija, lo vais a pagar muy caro. Todos vosotros. Os lo juro.

6

CARLA

Carla, semiinconsciente e inmovilizada sobre el frío suelo de la terraza, ya ni siquiera trataba de liberarse del hombre que intentaba violarla.

Una mano le hurgaba en la entrepierna tirando de sus bragas. Carla apenas notaba su propio cuerpo ni el peso de aquel hombre. Solo sentía un dolor punzante en la cabeza, pero incluso el dolor se alejaba mientras ella se hundía cada vez más en la oscuridad.

Una última fibra de consciencia se le escapaba cuando escuchó un grito de su hijo Aarón.

—¡Mamá!

Fue como salir de un pozo y sentir que la luz inunda tus sentidos. Una inyección de adrenalina recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza. Giró las caderas con violencia, levantó la rodilla y le golpeó en la entrepierna. El hombre soltó un aullido de dolor. Carla se escabulló a un lado y se puso en pie.

Alberto López de Prada, de rodillas, quiso sujetarla por el brazo. Afortunadamente estaba muy borracho y sus movimientos eran torpes y lentos. Carla lo empujó con todas

sus fuerzas y el hombre se desplomó hacia atrás.

—¡Hijo de puta, tengo todo lo que ha pasado grabado en mi teléfono!

Carla abrió la puerta corredera y cruzó la gruesa cortina de regreso a la fiesta. Nadie parecía haber advertido lo que acababa de ocurrir en la terraza.

Temblaba de miedo y de rabia. Buscó a su hermano, pero no lo vio entre la multitud que todavía se agolpaba en la redacción del periódico. Habían subido el volumen de la música y el alcohol hacía que todos bailasen y gritasen a carcajadas.

Temblorosa, se metió en un despacho vacío. Cerró la puerta y se dejó caer en el suelo, la espalda apoyada contra la pared. Entonces rompió a llorar mientras escuchaba voces y risas al otro lado de la puerta. Tenía la respiración agitada y el corazón latía con fuerza.

Nunca había sentido tanta rabia.

Lo que le había dicho a Alberto era mentira. Cuando había empezado a acosarla en la terraza no le había dado tiempo de accionar la grabación en su iPhone. No tenía ninguna prueba de lo ocurrido. No podía hacer nada.

Tenía miedo de la reacción de su hermano. La reacción de Isaac era imprevisible si se enteraba de lo ocurrido. Si se enfrentaba con aquel desgraciado podría acabar perdiendo el trabajo.

Pero no podía dejar que las cosas quedasen así. Tenía que hacer algo.

Como si obedeciese a un impulso invisible, espoleada por

una lanza de rabia, se puso en pie y encendió el ordenador que había en el despacho. Se conectó a internet y entró en la página web de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía.

No supo lo que buscaba, ni siquiera era plenamente consciente de lo que estaba haciendo, hasta que encontró el listado oficial de miembros de la Consejería donde aparecía el nombre de Alberto López de Prada y, lo más importante, su teléfono de contacto. Carla estaba segura de que aquel número de teléfono pertenecía al iPhone que el desgraciado le había enseñado unas horas antes. Lo más seguro era que Alberto utilizase un solo teléfono, el oficial, y cargase todas sus llamadas privadas a la Consejería.

Para Carla aquel teléfono era una llave que abría otras puertas, solo había que saber utilizarla y ella sabía cómo.

Los teléfonos, al contrario que las redes de ordenadores, apenas contaban todavía con medidas de seguridad. Sonoros eran los casos de fotografías comprometedoras de personajes famosos robadas de sus teléfonos móviles. Con los conocimientos informáticos adecuados no era difícil piratear un teléfono si uno se lo proponía.

Carla entró en su cuenta de Dropbox, un espacio de almacenamiento de datos en internet conocido como «la nube». Desde allí todavía tenía acceso a algunos programas que había utilizado habitualmente en su trabajo antes de que la despidiesen. Tener los programas accesibles desde una carpeta de la nube le permitía seguir trabajando desde casa sin necesidad de estar copiando continuamente en una

memoria los ficheros del ordenador del trabajo al de casa.

Desde el ordenador del periódico ejecutó una aplicación capaz de recopilar las páginas web que habían sido vistas desde cualquier dispositivo móvil. Era un programa sencillo que muchas empresas que se dedican a insertar publicidad en internet utilizan para conocer las preferencias de los usuarios. Aunque a Carla le importaban una mierda las páginas web que Alberto hubiese visto, conocer su historial de navegación era el primer paso para lograr lo que realmente perseguía: averiguar la contraseña de su correo personal.

Los sitios como Google, Amazon o Facebook protegían bien sus contraseñas. Utilizaban conexiones cifradas. Si no se instalaba previamente un virus o un programa espía, resultaba casi imposible interceptar las contraseñas que los usuarios introducían para acceder a esas páginas.

Pero había otras páginas web que no se preocupaban tanto de la seguridad. En esas páginas las contraseñas se transmitían sin cifrar y se guardaban temporalmente en la memoria del teléfono para no tener que teclearlas cada vez que se entraba en ellas.

Como había esperado, Carla descubrió que Alberto visitaba regularmente varias páginas de baja seguridad. Todas ellas eran sitios de pornografía de pago en las que había que registrarse mediante contraseña. Analizando los datos del historial de navegación, no tuvo ningún problema para ver la contraseña que Alberto había utilizado en una de esas páginas:

madonna230978

A continuación, Carla entró en el perfil público de Alberto en Facebook.

Música favorita: Coldplay, Madonna, Alejandro Sanz, Lady Gaga.

Fecha de nacimiento: 23-09-1978.

Contacta conmigo: Alberto.prada@gmail.com.

Que hubiese utilizado uno de sus artistas favoritos — Madonna— en su contraseña le indicó que iba en la dirección correcta. Por otro lado, los números se correspondían con su fecha de nacimiento.

Como programadora, Carla conocía lo suficiente de las medidas de seguridad informáticas para saber que los *hackers* —como se llama a los expertos en programación que entran ilegalmente en las redes privadas de las empresas—, no hacen precisamente uso de complejas técnicas para romper las protecciones de seguridad. Los sistemas de encriptación de contraseñas han evolucionado tanto que es prácticamente imposible acceder a un sitio web con los métodos que funcionaban unos pocos años antes. Los *hackers* ya no perdían el tiempo tratando de engañar a un Firewall, una muralla informática de seguridad prácticamente inexpugnable. En cambio, se seguían colando fácilmente en las redes de empresas y organismos públicos aprovechando el punto más débil del sistema: el humano.

El espionaje industrial es un negocio muy lucrativo. El

noventa y nueve por ciento de los accesos ilegales a las bases de datos de empresas se lleva a cabo gracias a la negligencia de las personas que las utilizan.

Y es que para todo el mundo supone un quebradero de cabeza recordar las contraseñas del ordenador de su trabajo y además las de cada página web que obliga a registrarse: Gmail, Facebook, Apple... Que te obliguen a que esas contraseñas sean cada vez más complejas, con números, signos de puntuación y mayúsculas, no hace sino facilitar la tarea de los *hackers* porque la mayoría de usuarios las acaba apuntando en un pedazo de papel para no olvidarlas.

Los espías burlan sistemas de seguridad que cuestan millones de dólares simplemente robando el pólit donde alguien ha apuntado la contraseña de acceso.

Las personas algo más precavidas que no apuntan su contraseña en un pedazo de papel suelen inventarlas basándose en datos fáciles de recordar: el nombre de un familiar, un actor o su músico favorito; palabras combinadas con números sencillos de recordar, como una fecha significativa, el cumpleaños del hijo o el aniversario.

Carla examinó la contraseña que Alberto había utilizado para registrarse en la página de pornografía: madonna230978. Estaba construida de un modo muy obvio. Madonna, según su perfil de Facebook, era uno de sus artistas favoritos. Los números se correspondían con su fecha de nacimiento.

Existía la posibilidad de que utilizase siempre la misma contraseña para registrarse en todas las páginas web. Si

Alberto era lo suficientemente precavido para tener contraseñas diferentes, lo más probable es que emplease un método para construirlas que le permitiera recordarlas con facilidad.

Carla accedió a la página de registro del correo de Gmail. Introdujo la dirección de email de Alberto (Alberto.prada@gmail.com) y, a continuación, probó suerte con la contraseña que había sacado de su teléfono móvil.

El nombre de usuario o la contraseña introducidos no son correctos

Probó combinando otros de los artistas favoritos de Alberto que aparecían en su perfil de Facebook con su fecha de nacimiento:

alejandrosanz230978,
ladygaga230978,
coldplay230978.

La tercera contraseña fue aceptada y Carla tuvo acceso a su correo personal.

Comenzó a revisarlo sin una idea clara de lo que buscaba. Solo sentía que el corazón le latía muy deprisa en el pecho y la sangre se le agolpaba en la cabeza. Más allá de la agresión física, en sus oídos todavía resonaban las palabras de amenaza de Alberto.

«Voy a hacer que despidan a tu hermano.»

No tardó en encontrar montones de emails con facturas

por descargas de pornografía en internet. Los cobros se cargaban a una tarjeta Visa que estaba a nombre de la Junta de Andalucía. Alberto era tan estúpido que ni siquiera era capaz de descargar la pornografía gratuita que inundaba la red, tan estúpido que encima la pagaba con la tarjeta oficial.

Siguió revisando los emails. Aplicó un filtro para ordenarlos por destinatario y comprobó que había abundante intercambio de emails con su padre, un tal Francisco de Prada, el director general de la Consejería de Urbanismo, el alto cargo del partido socialista del que tanto presumía su hijo.

A lo mejor debería filtrar a los medios de comunicación las facturas de Alberto por descarga de pornografía a cuenta de la tarjeta oficial. Pero aquello no le parecía lo suficientemente contundente.

Carla leyó algunos de los mensajes que Alberto había intercambiado con su padre. La mayoría trataban de asuntos triviales. Carla dedujo que Alberto era algo así como el chico de los recados de su padre. Se preocupaba de que su coche estuviese listo, le ayudaba con la correspondencia o le llevaba los trajes a la tintorería. Todo a cambio de un ostentoso puesto en la Consejería y de un generoso salario. Le daba náuseas.

Una cadena concreta de mensajes hizo que el corazón aletease en su pecho como un pez fuera del agua.

De: Alberto López de Prada

Para: Francisco de Prada

enviado el 12 octubre de 2012 a las 17:40

Me he reunido con Frutos esta noche. Ofrece el 10 % y 30000 euros en efectivo por la recalificación del terreno.

De: Francisco de Prada

Para: Alberto López de Prada

enviado el 12 de octubre a las 17:58

Acepta. Recoge el dinero. Yo moveré los permisos.

De: Alberto López de Prada

Para: Francisco de Prada

enviado el 12 octubre de 2012 a las 18:05

Ya he hablado con él. Mañana me entregará el dinero. El 10 % cuando empiecen las obras ;)

¡Te tengo! gritó Carla levantando ambos brazos con los puños cerrados, como quien acaba de meter un gol. Aquello era pura dinamita. Estaban aceptando algún tipo de comisión ilegal por recalificar unos terrenos para algún constructor. ¿Es que en España no quedaba ni un solo político o empresario que no fuera corrupto?

Tenía que andarse con cuidado. Le temblaban las manos. No podía simplemente reenviar aquel email a un periódico. Los correos electrónicos podían manipularse fácilmente. Cualquiera podría cambiar el texto de un mensaje y reenviarlo. Ningún periódico tomaría en serio un correo acusatorio, y menos si el acusado era un «respetable» político.

Cosa diferente sería si alguien entrase directamente en aquel buzón y encontrase la información por sí mismo. Alguien con la libertad y la capacidad de difundirla adecuadamente.

Carla entró en la web de Wikileaks.

Wikileaks era un portal que publicaba filtraciones de

cualquier documento que desvelase comportamientos poco éticos de Gobiernos, organizaciones o personajes relevantes. Aquello les iba a encantar.

Carla fue hasta el formulario de contacto y escribió un simple mensaje:

Esto les puede interesar.

HYPERLINK "mailto: Alberto@Prada.com"

Alberto@Prada.com

password: coldplay230978

Alto cargo socialista. Corrupción urbanística.

Envió el mensaje y respiró hondo. Cerró los ojos con fuerza. Tuvo la impresión de que algo la abandonaba, como si una sombra invisible escapase por los poros de su piel. Fue una sensación extraña que hizo que se sintiera mucho mejor.

La puerta del despacho se abrió en ese momento. El bullicio de la fiesta la sacudió como un golpe de mar.

—¿Dónde te habías metido? —exclamó su hermano mientras se acariciaba el cuello y la cara se le estremecía en un espasmo de alivio—. Te he estado buscando por todos lados. ¿Te encuentras bien? Estás temblando...

Carla intentó sonreír como si nada hubiese pasado, pero las fuerzas le fallaron. Cuando su hermano se acercó hasta ella escondió el rostro y se abrazó a él con fuerza.

—Carla, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. No quería ser débil. No quería parecer débil delante de su hermano. Quería ser tan fuerte como él. Quería demostrarle

que no tenía miedo. Pero no podía dejar de temblar. Ahora que era adulta se había creído a salvo de cualquier peligro, pero había bastado la fuerza bruta de un hombre para sentirse de nuevo vulnerable y aterrorizada como una niña.

—Dime, ¿qué te ha pasado?, ¿por qué tiemblas? — preguntó Isaac. Le puso la palma de las manos en las mejillas.

Carla encontró las fuerzas para relatarle su encuentro con Alberto en la terraza exterior.

—Qué hijo de puta —masculló Isaac apretando los puños con fuerza.

Frunció el ceño. Su mirada se endureció de un modo extraño. Su rostro parecía esculpido en piedra. Fue como si todo rastro de humanidad le abandonase por un instante. El rictus risueño de sus labios se volvió frío y despiadado. Carla nunca había visto aquella expresión en los ojos de su hermano. Era como mirar a un desconocido. Tuvo miedo de que hiciese algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Estoy bien —dijo con un escalofrío—. En realidad no llegó a tocarme. Solo me dio un buen susto.

—Mierda, Carla. Ese tío es un gilipollas. No voy a dejar que esto quede así.

—Olvídalo, de verdad. Yo estoy bien.

—Carla, todavía estás temblando. ¿Te crees que voy a dejar que ese desgraciado se quede tan campante?

—Su padre es un político importante. Tienen poder. No quiero que hagas nada.

—Ya me andaré con cuidado. Por muy político que sea

no va a poder con nosotros. Tú y yo somos más fuertes. — Sonrió con ternura—. Recuerda la fuerza que vive en nuestro interior.

—Ya no soy una niña a la que puedas consolar con historias —dijo Carla enjugándose las lágrimas.

De niña, poco después de que muriesen sus padres, cuando tenía pesadillas o la asustaba la oscuridad, Isaac solía hablarle de una fuerza misteriosa que, según él, ambos tenían en su interior. Carla todavía recordaba sus palabras de niño: «Está aquí dentro, cerca del corazón —decía Isaac poniendo su mano en el pecho de su hermana pequeña—. Yo puedo sentirla. Cuando algo me asusta o necesito valor recurro a ella, nunca me falla. Tú también la sientes, ¿a que sí?».

Con nueve años, Carla decía que sí para no defraudar a su hermano. Ella también quería ser valiente como él. Su hermano nunca tenía miedo, nunca lloraba. Carla quería dejar de sentirse sola. Quería dejar de echar de menos a sus padres. La realidad era que nunca había sentido aquella fuerza de la que le hablaba Isaac. Le mentía cuando le decía que sí. En realidad, su verdadero apoyo había sido su hermano, él siempre encontraba la solución para cualquier problema. De niños, su hermano siempre había sido un muro sólido en el que apoyarse para protegerse de las inclemencias del mundo.

—¿Sabes una cosa? —confesó Carla—. Yo nunca he sido valiente. —Se sentía como si tuviese otra vez nueve años, llorando en el hombro de su hermano mayor—. Siempre estaba muerta de miedo.

Isaac sonrió de un modo que hacía aflorar en su rostro el

niño que había sido. Carla pensó que su hijo Aarón se le hubiese parecido mucho.

—Te contaré un secreto —dijo Isaac hablándole al oído—. Yo también estaba muy asustado cuando murieron nuestros padres. Entonces, un día me pregunté por qué los adultos iban por el mundo sin miedo, sin dudas. Por qué tenían respuestas para todo. Supuse que cuando eres mayor te haces muy fuerte. Imaginé que yo también tenía esa fuerza de los adultos, aunque fuese todavía un niño. Por mucho que quería ser fuerte seguía teniendo miedo. Cuando crecíamos siempre tuve la impresión de que podría haber hecho las cosas mejor, que mi vida estaba llena de errores. Y, a pesar de eso, nunca dejé que la tristeza se adueñase de mi carácter. Siempre encontré un motivo para sonreír. ¿Y sabes por qué? Porque te tenía a ti. Tú tenías la fortaleza suficiente para ambos.

Carla le miró a los ojos y supo que decía la verdad. Por primera vez su hermano parecía desorientado y frágil. Carla vio en sus ojos el rescaldo de un dolor que creía olvidado.

—Yo siempre tenía miedo —reconoció Carla con un hilo de voz—. Solo fingía que era valiente para no defraudarte.

—Y eso es lo que hizo que los dos saliésemos adelante. No importa lo asustados que estuviésemos. Lo importante era el amor y la confianza mutua que nos teníamos. La fuerza de la que siempre te hablé existe de verdad. ¿Te das cuenta? Es la capacidad de amar y de confiar el uno en el otro. Esa es la verdadera fuerza que reside en nuestro interior. Y esa fuerza, Carla, no nos va a abandonar nunca.

Alguien entró en el despacho en ese momento. Carla reconoció a uno de los compañeros de Isaac de la redacción del periódico.

—Siento interrumpir, Isaac, pero el jefe nos busca. Ha surgido algo.

—¿Qué pasa?

—Quiere que nos larguemos ahora mismo a Marbella para cubrir un suceso sobre el terreno.

—¿Ahora? ¿Estás loco?

—Díselo al jefe. Tenemos que estar allí antes de que amanezca. Hay una noticia que va a saltar mañana y quiere que tengamos una crónica lista a primera hora para la edición digital.

—¿Qué ha pasado?

—Ha desaparecido la hija de un empresario. Un tal Serguei Aksyonov. Es un magnate ruso afincado en Marbella. El asunto no huele bien. Por lo que se ha filtrado, la policía sospecha que no ha sido un secuestro, sino que el propio padre hizo desaparecer a su hija. Han encontrado sangre en la habitación y también en el jardín, pero todavía ni rastro de la joven.

—Joder —masculló Isaac.

—Sí, joder. Ese tío, Aksyonov, tiene contactos arriba. —Hizo un gesto con el pulgar—. Ha estado haciendo llamadas a los dueños de algunos periódicos. Incluido el nuestro. Dice que la policía se equivoca en acusarle y quiere que se aireen los trapos sucios de la policía de Marbella.

—Mierda. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer

nosotros?

—El jefe quiere que averigüemos la verdad y que la publiquemos. No importa si deja en buen o en mal lugar a ese tío. Siempre que sea la verdad.

—Está bien, voy enseguida.

—No te preocupes por mí —dijo Carla—. Ya estoy bien. Ve a hacer tu trabajo.

—Te llamaré mañana —soltó su hermano saliendo apresurado.

Carla volvió a quedarse sola en el despacho. El barullo de la fiesta había disminuido. De vez en cuando resonaba una carcajada discordante, lejana. Se abrazó a sí misma. A veces, pensó, el mundo era un lugar extraño y frío. A veces tenía ganas de que el mundo se detuviese para poder tomarse un respiro.

No tenía más remedio que seguir adelante. Con un suspiro se encaminó hacia la salida. Tenía que hacer algo con su vida. No podía seguir así, como perdida. Su psicoterapeuta tenía razón. Estaba utilizando a su hijo imaginario para llenar un vacío. Tendría que hablar seriamente con su psicoterapeuta. Que le pusiera un plan de choque o algo así. Quitarle de la cabeza como fuera la idea de Aarón. No podía seguir viviendo encadenada a un error.

La idea de desprenderse de Aarón la llenó de angustia. Tal vez podría esperar un poquito más. Al fin y al cabo, su hijo era un gran apoyo. A lo mejor tendría que esperar hasta que su vida se estabilizase un poco.

—Tu hijo que no existe está llenando un vacío en tu vida.

Lo primero que debes hacer es llenar ese vacío con algo real.

—¿Como qué?

—Eso depende de ti. Define tus objetivos. Piensa qué quieres hacer con tu vida.

—Pienso que quiero hacer algo importante. Algo grande. ¿He dicho una tontería?

—No, no es ninguna tontería, si así lo piensas de verdad. ¿Qué significa para ti algo grande?

—No sé, algo que deje una huella en el mundo, en los demás. De niña solía pensar que cuando me hiciese mayor haría cosas para ayudar a la gente, quería ser misionera o algo así; no sé dónde se quedaron todas esas ideas.

—Puede que ahora sea el momento de recuperarlas, ¿no crees?

—Tienes razón. Quizás es el momento. Me gustaría ayudar a la gente. Me gustaría ayudar a que el mundo fuese un lugar mejor.

—Ese es un buen pensamiento, Carla.

«Sí, pero ¿cómo vas a hacerlo real?»

7

ALICIA

Ciberbullying: uso de información electrónica y medios de comunicación tales como correo electrónico, redes sociales, blogs, mensajería instantánea, Twitter, mensajes de texto y teléfonos móviles por parte de uno o varios menores de edad para acosar a otro menor de edad, atormentarle, amenazarle, hostigarle, chantajearle o humillarle. En el ciberbullying el o los acosadores tienen una edad similar al acosado.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

A pesar de que la vida estaba a punto de complicársele muchísimo, Alicia, una adolescente de dieciséis años, no se olvidaría nunca de la impresión que le causó entrar por primera vez en la maldita Casa de las Ruedas.

Lo peor era que aquel lugar tan horrible no era una atracción de feria; aquella casa polvorienta y cochambrosa era nada menos que su nuevo hogar. Cuando se encontró dentro de la cocina, junto a su madre y su hermano pequeño, no dijo nada porque en su mente no encontró palabra capaz de describir la sensación de angustia que la invadió.

—No me mires así, Alicia —dijo su madre—, ya sabes

quién tiene la culpa de que estemos aquí.

La casa parecía a punto de caerse y estaba, según sus propias palabras, «en la periferia de un barrio periférico de una ciudad de tercera en un país de cuarta», una manera muy poco ortodoxa de referirse a las afueras de La Cañada de San Urbano, una barriada de la capital almeriense.

Efectivamente, algunas cosas habían cambiado para Alicia: casa nueva (por no decir vieja) e instituto nuevo, pero lo peor eran las cosas que no habían cambiado: su padre seguía «desaparecido», su hermano pequeño seguía teniendo parálisis cerebral y los kilos que le sobraban se negaban a abandonarla.

Si los padres y los buenos amigos fueran tan fieles como aquellos malditos kilos de más.

El banco les había quitado el piso de Almería al no poder hacerse cargo su madre sola del gasto de la hipoteca. Su madre había alquilado aquella casa barata en una zona a medio urbanizar, rodeada de solares e invernaderos, y, según ella, todavía «tendría que dar gracias por tener un sitio donde vivir».

En el patio delantero, además de escombros y matorrales, había una montaña de neumáticos viejos que nadie se había molestado en quitar. Los niños del barrio conocían aquella casa como la Casa de las Ruedas.

Era para morir de la vergüenza.

Alicia se pasaba las horas de instituto vagando de clase en clase, prestando la atención justa, hablando las palabras exactas, deprimida al saber que, después del instituto, le

esperaba aquella maldita casa que contenía a su madre con sus copas de más, su madre y su cansancio después de trabajar «como una mula de carga», su madre y su odio hacia el cobarde del padre de Alicia.

No nos olvidemos de los gritos incontrolables del hijo minusválido.

Ni de la enorme distancia que se abría como una herida sangrante entre su madre y ella.

Era todo muy deprimente. Y el instituto no era mucho mejor que digamos.

Lo que más odiaba del nuevo instituto era precisamente lo que más le recordaba a su instituto anterior: la hipocresía de los profesores. Le reventaban sus falsas sonrisas y su pretendida amabilidad cuando era obvio que a ninguno le importaba lo más mínimo el futuro de los alumnos ni lo que pudieran aprender.

Tenía a todos los tipos de profesor, una clase tras otra.

La de informática, que siempre llegaba veinte minutos tarde a clase y les dejaba la puerta abierta con toda la cara del mundo para que se sentaran frente a los ordenadores y navegaran en internet o hicieran lo que les viniera en gana. Curiosamente, muchos aprendieron más de informática en esos veinte minutos diarios que en los restantes en los que la profesora les «enseñaba» cuatro idioteces que ya sabían.

—Queridos estudiantes, hoy voy a enseñaros a usar el buscador más potente de toda la red, se llama Google.

Luego estaba el profesor de arte, que una vez confesó en clase que fumaba marihuana, que era «colega» de todos los

alumnos, vegetariano y nudista. Se pasaba las clases adoctrinándolos sobre la maldad del capitalismo y las bondades del comunismo, en lugar de enseñarles realmente arte.

La de ciencias, a la que nadie respetaba y ni ella misma se mostraba respeto. Según ella, subyugada por la tragedia de no haber podido jubilarse pasados los sesenta, «tener que aguantar esto, alguien como yo».

El que daba matemáticas, cuyas notas, curiosamente, eran directamente proporcionales a la belleza física de la alumna en cuestión. Alicia siempre aprobaba por los pelos.

La excepción era el profesor de inglés, un irlandés de unos cuarenta años llamado Tomás que había llegado a Almería a los veinte y ya no se había movido de allí (vivía en una casita junto a la playa, en el cabo de Gata, y hablaba español con un acento almeriense la mar de cómico), que daba la última clase de cada día.

El señor T. (que era como el profesor había pedido a sus alumnos que le llamasen) decía las cosas como son, no montaba un espectáculo por una idiotez. Cuando algo era difícil lo decía, cuando era fácil no le daba más vueltas, y siempre estaba disponible por si alguien tenía alguna duda. Llamaba a los padres de los vagos para advertirles que sus hijos llevaban camino de suspender y les ofrecía alternativas, y no olvidaba llamar a los padres de los mejores estudiantes para felicitarles por el rendimiento de sus hijos.

Los estudiantes de aquella clase de inglés, sin embargo, dejaban mucho que desear. Casi nadie prestaba atención, en

parte por culpa de un grupo insoportable de maleducados que se pasaban el día colocados de yerba. A Alicia solo le caía bien Nelson Castillo, un grandullón pelirrojo que pasaba de los cien kilos, un chavalote bonachón que tenía pinta de no haber roto un plato en su vida, precisamente porque jamás había roto un plato. Nelson tenía una cara redonda y mofletuda, como un oso de peluche grande y bobalicón; daban ganas de abrazarlo.

Cuando terminaba los ejercicios, Nelson se pasaba el resto de la clase dibujando. Los suyos eran dibujos casi infantiles pero encantadores; dibujos de animales, de paisajes, una mezcla de los típicos dibujos de Mariscal y los paisajes montañosos pintados en las paredes de cualquier restaurante chino. Esas dos cosas y un claro tercer elemento que solo se podía definir como Nelson.

Alicia sospechaba que el chico tenía alguna clase de minusvalía intelectual, algo tal vez leve pero cierto e innegable. Y es que Nelson decía lo que pensaba siempre y en todo momento, sin sopesar las consecuencias de sus palabras. Alicia ya había intercambiado alguna que otra mirada de complicidad con el profesor de inglés, el señor T., después de que Nelson soltara alguna de sus sentencias a toda la clase.

«Señor T., ¿es cierto que los ingleses nunca se duchan?»

«Me encantan los Doritos, ADORO los Doritos; cuando sea mayor, voy a tener siempre la despensa llena de bolsas de Doritos.»

«He estado malo de la barriga este fin de semana, no

paraba de tirarme pedos e ir al baño.»

Cuando Nelson soltaba una de las suyas todos los estudiantes de la clase se morían de la risa, incluso el señor T., pero había un grupito de tres, liderado por el imbécil, el chulito de Borja Granero, que solía responder a Nelson hirientemente.

«Nelson, ya sé dónde vives; yo pensaba que el olor era de un vertedero o algo así.»

Y todos se morían de la risa.

«Nelson, ¿por qué no te pierdes como la rusa esa?»

«Tranquilo, Nelson, que con lo gordo que estás a ti no te va a querer secuestrar nadie.»

El desgraciado de Borja sabía cómo ser hiriente. En las noticias no se hablaba de otra cosa que de la desaparición de aquella pobre chica rusa, Irena Aksyonov. Se especulaba sobre si podría estar viva o muerta y al imbécil de Borja no se le ocurría otra cosa que hacer bromas a su costa.

Lo bueno era que Nelson no captaba ningún tipo de indirectas, pero Alicia se ofendía por los dos. Le reventaba que el chulito de Borja se burlase del bueno de Nelson y encima todos le riesen las gracias.

Unos días antes, Alicia no había podido aguantar más las burlas y se quejó al profesor al acabar la clase.

—Señor T., debe usted haberse dado cuenta de lo que pasa con Nelson, esos idiotas siempre están metiéndose con él.

El señor T. cruzó los brazos y se llevó la mano izquierda a la cara, el pulgar bajo la barbilla, el resto de la mano

cubriendo parte de su boca.

—Lo sé, Alicia, y no sé qué hacer, ya he hablado con ellos y siempre se las apañan para quedarse justo en el límite de lo permisible, no les puedo echar de clase o intentar que los echen de la escuela sin motivos más serios, como que actúen violentamente o le ofendan sin paliativos.

El señor T. permaneció pensativo unos instantes, apretando levemente la mandíbula.

—Mira, Alicia, te habrás dado cuenta de que a Nelson no parece importarle demasiado...

—A mí sí me importa. Cuando le insultan a él es como si me insultasen a mí.

—Pero es que no puedo abrirles un expediente hasta que no contravengan alguna de las normas del centro.

—Señor T., es un asco tener que seguir siempre las normas y dejar de lado el sentido común —dijo Alicia.

El señor T. la miró fijamente. Alicia se fijó en que era un hombre guapo a pesar de lo mayor que era. Tenía unos ojos azules de lo más profundo.

—Alicia, no te dejes nunca abducir...

—¿Abducir?

—Sí, por esta cultura tan vacía que está inundando el mundo, que es todo imagen y apariencia, pero detrás de la fachada de diamantes hay un solar vacío y polvoriento.

Jo, el señor T. lo había vuelto a hacer, solo él podía soltar frases así a traición, exagerando su acento inglés, como si recitara a Shakespeare, desplegando una expresión tan solemne y teatral que la dejaba siempre con la duda de si

estaba actuando en serio o en broma.

—Alicia, no te preocupes por Nelson —dijo el profesor recuperando el tono de voz normal—, si esos cabroncetes se pasan de la raya, me ocuparé personalmente del tema.

Algo que no tardaría en suceder.

En un grupo de treinta adolescentes que se ven cada día hay un incontable número de relaciones interpersonales, recuerdos compartidos, recelos, anhelos, y las conversaciones surgen siempre de un punto indefinido, un pensamiento fugaz que provoca un comentario al que un compañero responde y la conversación se expande de una mesa a otra, se entrelaza con otras, hasta que, de repente, la clase se ha convertido en una asamblea. Ninguno de los presentes pudo recordar jamás cuál fue la génesis de aquella conversación compartida que pudo haber acabado en desgracia.

Poco podía imaginar Alicia que, ironías de la vida, había sido ella la chispa que dio lugar al incendio.

El profesor de inglés estaba explicando el uso de los artículos (*the, a, an*) y entonces hizo un comentario sobre la suerte que tenían los alumnos porque los artículos en inglés eran muy fáciles, y lo difícil que le había resultado a él aprender a usar los artículos en español. ¿Por qué en español cada palabra tenía que ser masculina o femenina? ¿Qué tiene una serpiente que la haga femenina?, ¿es que no hay serpientes macho en España? ¿Y una rana?, ¿y una mesa? ¿Cómo es que si las palabras *habitación* y *cuarto* son sinónimos, una es masculina y otra femenina?

Alicia bromeó en voz baja con Samanta, su compañera de

pupitre, que eso debía de ser porque los hombres españoles eran unos dementes y «veían el sexo en todas las cosas». El comentario susurrado fue escuchado dos filas atrás por Andrea, que comentó a sus amigas que no entendía la obsesión que tenían los chicos con la pornografía. Héctor Méndez comentó en voz alta que eso no era cierto, cosa que escuchó toda la clase, a lo que Fran replicó que no fuera tan hipócrita, que seguro que él veía pornografía cuando tenía oportunidad. Jesica, abiertamente lesbiana, replicó que tal vez no era cosa del sexo de cada uno, sino de su inclinación sexual, ya que ella era chica, pero le gustaban las chicas y la pornografía igual que a los chicos.

Alicia miró a su profesor, el señor T., y vio la palabra *INCOMODIDAD* escrita en la cara. Estaba claro que el profesor no quería meterse en semejante conversación y tampoco sabía cómo cortarla. Hasta el momento todos estaban sentados, trabajando en la tarea, nadie estaba gritando, nadie había ofendido a nadie y nadie había soltado una palabrota. Alicia imaginó que el señor T. estaría repasando mentalmente la larga lista de normas del colegio, buscando alguna que le permitiese parar aquello, en lugar de simplemente actuar y pararlo.

Fue entonces y solo entonces, cuando el grandullón de Nelson habló, de nuevo, más de la cuenta.

—¿Y yo qué, entonces? ¿Si eres bisexual, te debe gustar la pornografía o no?

Toda la clase se quedó en silencio. El señor T. giró la cabeza. Estaba blanco como el papel.

El imbécil de Borja y sus secuaces no decían palabra, solo intercambiaban miradas de complicidad. Alicia, aterrorizada. Jesica, que no estaba impresionada, se limitó a preguntar.

—Nelson, ¿eres bisexual?

—Sí —contestó Nelson como si le hubieran preguntado si le gustaba el chocolate con almendras.

—¿Alguna vez te has enrollado con un tío?

—Todavía no...

Borja y sus amigos ya reían a carcajada limpia. Nelson parecía no entender las reacciones que su diálogo con Jesica provocaba en el resto de los presentes. Jesica siguió con su interrogatorio.

—¿Y cómo sabes que eres bisexual si nunca te has enrollado con un tío?

—Porque me gusta ver porno gay.

En ese momento el señor T. ordenó enérgicamente a la clase que cambiaran de tema porque no era «apropiado para una clase» o, mejor, que se dedicaran a completar en silencio las actividades del día.

Alicia le lanzó una mirada de agradecimiento.

Nelson se afanaba en completar aquellas actividades de inglés, ajeno a la trascendencia de su inocente salida del armario.

Al día siguiente Alicia volvió a la clase de inglés muerta de miedo, pensando en los comentarios malévolos contra el bueno de Nelson, en la tensión de la cara del señor T., en la posible reacción de Nelson cuando comprendiera que se

estaban burlando de él.

Borja Granero era el tío más gilipollas del universo. ¿Es que nadie iba a hacer nada para callarle la boca? ¿Y qué haría ella? ¿Podía acusar a sus compañeros de no hacer nada cuando ella misma tampoco era capaz de enfrentarse a ese imbécil?

La clase comenzó y ni Borja ni sus amigotes hicieron ningún tipo de comentario al respecto, dentro o fuera de clase.

Tampoco pasó nada al día siguiente, ni al otro, ni una semana después.

Todos parecían haberse olvidado del asunto.

Tal vez el mundo estaba cobrando un poquito de cordura, tal vez había una pequeña esperanza, un destello de madurez. Si Borja Granero era capaz de respetar la sexualidad de Nelson, tal vez había una posibilidad de que, en un futuro, se acabaran las guerras en el mundo.

Aunque algo estaba cambiando, lenta pero gravemente.

Nelson.

Nadie había comentado nada respecto a la salida del armario del inocente Nelson, pero algo estaba cambiando en él. Llegaba cada vez con peor aspecto a clase, más cansado, más triste, sobre todo más discreto; ni rastro de sus famosas sentencias.

Cuando Alicia intentaba entablar conversación con él, respondía con monosílabos.

—No te preocupes, Alicia —dijo el señor T. al final de la clase—. Tal vez se haya dado cuenta de que es mejor tener el

pico cerrado. En boca cerrada jamás entró mosca alguna.

Pero no era eso, no podía ser.

Un lunes por la noche, mientras navegaba por internet mirando chorradas antes de acostarse, se le ocurrió buscar a Nelson en Facebook. Para entrar en la red social, Alicia utilizó uno de sus muchos perfiles falsos: una foto de la actriz Helena Bonhan Carter y el nombre de Marla Player.

25 años

soltera

filosofía budista

estado mental déjame en paz

Tecleó «Nelson Castillo» en el buscador y obtuvo siete posibles personas; ninguna de ellas era el bueno de Nelson.

Mierda.

Tal vez Nelson, igual que ella misma, se había registrado con otro nombre en Facebook.

Ni de coña, Nelson no era capaz de hacer algo así. Si se llamaba Nelson Castillo, eso era exactamente lo que pondría al registrarse en Facebook o en cualquier parte.

Quizá Nelson seguía en la red social que casi todos habían abandonado ya: Tuenti.

Hacía por lo menos un año que Alicia no entraba en Tuenti, ni siquiera recordaba el usuario y mucho menos la contraseña con la que se dio de alta. Se puso a rellenar la solicitud de registro: usó la misma foto de Helena Bonhan Carter, Marla Player otra vez, soltera...

Nelson Castillo
Buscar

Esta vez obtuvo cuatro resultados. Su compañero Nelson era el segundo de ellos.

La foto de su perfil parecía habérsela tomado a sí mismo en su cuarto de baño, sonreía como hacía días no le había visto sonreír en persona.

El fondo de la página era verde manzana. (Oh, Nelson.) Había una selección de canciones infantiles como favoritas en su perfil, que estaba abierto a que lo visitara cualquiera.

Tenía fotos en su habitación, leyendo un libro, jugando a videojuegos con otros amigos que Alicia no conocía. Una foto de su séptimo cumpleaños, una foto de cuando era un bebé y varios de sus maravillosos dibujos.

Todo tan tierno, y todo tan Nelson, nada fuera de lugar, hasta que a Alicia se le ocurrió empezar a leer los comentarios al pie de cada foto.

Vaya cara de gilipollas que tienes en esta foto, Nelsoncito, parece que acabas de comerte una polla
Debes de estar así de gordo de tanto semen como tragas, maricón de mierda
Yo creo que aquí en pañales ya eras maricón, seguro que tus padres te tenían que estar sacando siempre el chupete del culo

Alicia dio un respingo en la silla. Estaba horrorizada.

Nelson tenía exactamente veintitrés «amigos» y, a excepción de tres, los primeros, que compartían apellido y

parecían ser sus primos, el resto eran claramente perfiles falsos y todos habían empezado a hacer comentarios en su perfil y en sus fotos desde hacía menos de una semana.

Justo después de aquella famosa clase que parecía haber quedado en nada.

Hijos de puta.

Había comentarios diarios, constantes. Alicia empezó a leerlos cronológicamente y descubrió, para mayor espanto, que todos habían comenzado siendo amables, se presentaban como chavales homosexuales y bisexuales. El inocente Nelson había aceptado el ofrecimiento de amistad de todos y les preguntaba que cómo habían dado con él.

LUCAS OCT 12 2013 3:05 PM

He visto tu foto por casualidad, y me pareces un chico muy guapo

CHICO AMOR Z OCT 12 2012 5:05 PM

Si quieres podemos hablar de cómo masturbarse o cómo hacerle el amor a otro chico

Nelson les contestaba con inocencia.

NELSON CASTILLO OCT 12 2012 9:40 PM

Me da miedo que me metan nada en el trasero, eso duele mucho

LUCAS OCT 12 2012 9:45 AM

Claro que no, hombre, prueba a meterte un plátano primero y relájate, luego ve intentando con cosas cada vez más y más grandes, aunque te duela un poco; es bueno que vayas adaptando el esfínter

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 6:40 PM

Ayer me metí medio plátano, pero al sacarlo se chafó y me

manché todo

LUCAS OCT 13 2012 6:48 PM

Supongo que te comerías el plátano después, dame tu teléfono

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 7:40 PM

Mi teléfono 9502711121; por qué me iba a comer el plátano?

LUCAS OCT 13 2012 7:42 PM

Siempre que te metas algo, luego tienes que comértelo, no lo sabías?

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 7:47 PM

Eso no tiene sentido

GAY ROBOT OCT 13 2012 7:48 PM

Vamos a ver, Nelsoncito: ¿eres o NO eres un BISEXUAL AUTÉNTICO? Si te decimos que tienes que comerte el plátano, te lo tienes que comer, te voy a llamar ahora mismo

Alicia no podía seguir leyendo de la angustia. Había cientos y cientos de comentarios y leyó lo que Nelson respondía a algunos de ellos.

NELSON CASTILLO OCT 14 2012 3:15 AM

DEJAD DE LLAMARME, POR FAVOR. AL MENOS NO LLAMÉIS DESPUÉS DE LA MEDIANOCHE, MI PAPÁ ESTÁ MUY ENFADADO

Alicia se propuso descubrir quién era quién entre los «amigos» de Nelson en Tuenti. Hizo de tripas corazón y se dispuso a leer todos y cada uno de los comentarios o, mejor dicho, los perfiles de los autores de cada uno de ellos. Descubrió que de los veinte falsos amigos, catorce no habían hecho jamás un comentario, debían ser meros espectadores, amigotes de Borja y compañía que se lo estaban pasando en

grande con aquello (seguramente habría muchos más espectadores que no se hicieron perfiles falsos en cuanto descubrieron que el perfil de Nelson estaba en abierto), y descubrió que de los seis que habían intervenido había sobre todo dos que comentaban continuamente.

LUCAS, que era sin duda Borja.

GAY ROBOT, que podía ser Jairo o Saúl.

Estaba siendo una gilipollas, ¿para qué demonios quería identificar a todos esos tarados? Todos le lamían el culo a Borja, el niño chulito hijo de puta. Borja era todo lo que necesitaba. Si terminaba con él, todo el maldito grupo se desmantelaría.

Lo primero era terminar con el tema de Tuenti. Dio con la contraseña de Nelson en el cuarto intento. De entre todas las posibles, la contraseña era «contraseñatuenti», típico de Nelson, pensó aliviada porque a ninguno de esos desgraciados se le hubiera ocurrido.

Guardó todas las fotos de Nelson en el disco duro de su ordenador y después canceló la cuenta de Tuenti. Entonces creó una nueva cuenta en la que volvió a subir las fotos. Desde esa nueva cuenta envió peticiones de amistad a los primos de Nelson. Por último, le escribió un email a Nelson desde una cuenta falsa, haciéndose pasar por un ejecutivo de Tuenti.

Estimado Nelson:

Me comunico contigo para informarte de que hemos eliminado tu cuenta en Tuenti debido al contenido ofensivo que contenía. Hemos vuelto a crear una cuenta con el

nombre de Nelson Artist. La contraseña es «contra99seña». Te aconsejamos que en el futuro no aceptes peticiones de amistad de personas que no conozcas realmente y que te comuniques con Tuenti en cuanto te sientas ofendido por algún comentario.

Atentamente.

John Boss

P. D.: Estamos muy impresionados con tus dibujos, tienes mucho talento.

Alicia sonrió satisfecha. El estómago le hizo un ruidito. Jo, estaba muerta de hambre: si es que apenas había cenado una loncha de jamón de york. Se miró las piernas y se juró a sí misma que no iba a sucumbir a la tentación de bajar a la cocina a comer. Consultó el reloj de su ordenador y vio que pasaba de la medianoche. Tendría que aguantar hasta el desayuno.

El problema era que el culo y las piernas no paraban de engordar. No entendía de dónde salía toda aquella grasa, ¡si casi no comía! Cuando se ponía unos vaqueros le apretaban tanto que parecía que iba a explotar con solo coger aliento. Para colmo, tenía los pechos grandes y era como un mal chiste: muchas chicas pagarían una fortuna por tener aquellas tetas, pero con su culo y sus piernas el conjunto no tenía ningún valor.

Era terrible. «¿Quién se va a enamorar de mí con este cuerpo?», pensaba todo el rato.

Tenía dieciséis años, casi diecisiete, y lo peor era que todavía no se había acostado con ningún chico. Todo era bastante deprimente. Con sus compañeras de clase rehuía

cualquier conversación que tuviese que ver con el sexo. Todas hablaban con desparpajo de sus relaciones sexuales, todas sus compañeras de clase se habían acostado como con cien chicos cada una. Alicia guardaba silencio. ¡Lo que se iban a reír si supieran que ella no se había acostado aún con nadie! Por el amor de Dios, ¡ni siquiera había besado a un chico!

A veces pensaba que jamás conocería el sexo. La idea de quedarse desnuda frente a alguien era deprimente. ¿Cómo iba a quedarse desnuda con aquellos muslos?

Ya lo había intentado todo: dietas hipocalóricas, dietas de proteínas, dietas vegetarianas, dietas milagro, dieta de líquidos. Se había matado haciendo ejercicio: jogging, aeróbic, spinning, pilates... Y nada. Incluso había intentado, sencillamente, dejar de comer. ¡Pero si es que no comía casi nada!

Su cuerpo se negaba a perder un maldito gramo. Su cuerpo se aferraba a la grasa como una montaña se aferra a las rocas.

Lo malo es que no tenía fuerza de voluntad. Se lanzaba a cada nueva dieta llena de energía y esperanza. El primer día cumplía la prescripción a rajatabla: seleccionaba cuidadosamente los alimentos, los pesaba y los medía. Un puñado de días después no podía ni con su alma, no había perdido ni un gramo y se moría de hambre. Entonces se convencía de que jamás podría adelgazar y lo mandaba todo a la mierda. Era todo muy deprimente. Lo malo era el sentimiento de culpa. Cuando abandonaba una dieta, el

sentimiento de culpa iba creciendo durante semanas, persiguiéndola como un millón de ojos llenos de reproche, como un ejército de dedos acusadores. El sentimiento de culpa la asediaba hasta que se decidía a intentar una nueva dieta, otra dieta que apenas aguantaba unos días, para volver a dejarla y volver a sentirse culpable.

No era fácil vivir cargando con un montón de kilos de más y un perpetuo sentimiento de culpabilidad.

Ignorando la sensación de vacío en el estómago, empezó a registrarse en páginas de contactos eróticos. Se pasó dos horas buscando hasta que por fin encontró lo que necesitaba: una chica joven, morena y muy guapa, con pinta de adolescente, que había colgado algunas fotografías eróticas vestida con chaquetas y corbatas de hombre. Alicia enrojeció de alegría cuando comprobó que había incluso fotos de la chica caminando por Madrid.

Acto seguido creó un perfil falso en Facebook utilizando algunas de las fotos de aquella chica y un nombre inventado: Aurora.

Miró el reloj y supo que no le quedaban más de seis horas de sueño. Lo malo es que antes de irse a la cama tenía que encontrar el verdadero perfil de Borja Granero en Tuenti o, mejor aún, en Facebook.

Su amiga Julia apareció entonces en el Messenger.

Julia: qué horas son estas?

Alicia: estoy ayudando a Nelson

Julia: Nelson es el grandote ese medio tonto?

Alicia: no seas idiota, Nelson es mi amigo

Julia: y qué le pasa?

Alicia: el idiota de Borja y sus amigotes no paran de meterse con él

Julia: y tú qué puedes hacer?

Alicia: voy a acabar con esto. Voy a darle una lección al imbécil de Borja.

Julia: tú? Una lección a Borja? Te has vuelto loca? Qué vas a hacer tú?

Alicia suspiró. Julia era su mejor amiga, aunque a veces parecía no entender nada. Aun así la quería mucho. Las dos habían crecido en el mismo barrio, habían ido al mismo colegio, habían hecho muchas cosas juntas. Incluso habían tenido una extraña experiencia lésbica una vez que Alicia se quedó a dormir en su casa cuando tenían quince años. Compartieron la habitación y durmieron en la misma cama, y ninguna de ellas estaba pensando ni remotamente en el sexo hasta que ocurrió: se abrazaron bajo las sábanas y, casi de mutuo acuerdo, comenzaron a acariciarse y a apretarse la una contra la otra. No podría decirse que fuese una experiencia sexual completa. La cosa no pasó de las caricias y los abrazos. No quería decir que fueran lesbianas. Simplemente se dejaron llevar por un impulso. Aquella noche Alicia sintió un fuego en su interior que tardó muchos días en extinguirse. Fue entonces cuando se le ocurrió pensar que no le había importado quedarse desnuda delante de Julia, a pesar de que su amiga era delgada y tenía un bonito cuerpo. Y, aunque su amiga Julia no le dio ninguna importancia a lo sucedido, el episodio se quedó grabado en la mente de Alicia como un nudo no resuelto, algo sobre lo que pensaba a menudo y que

era como un gran misterio en su vida que algún día tendría que resolver.

Julia: entonces, qué vas a hacer??

Alicia: ya lo verás, dentro de unos días mira en la página de informática del instituto

Julia: Uuuuuh, misterio, misterio...

Era extraño: Alicia se daba cuenta de que en el mundo virtual de internet era mucho más valiente que en el mundo real. Allí se atrevía a hacer lo que nunca soñaría en el mundo real.

Fue justo entonces cuando su hermano pequeño, David, comenzó a gritar desde la habitación contigua. Fue un grito desgarrador que se prolongó en el silencio de la noche con la urgencia de una tragedia. Un grito de pánico, de angustia.

Su hermanito David tenía cuatro años y sufría parálisis cerebral de nacimiento.

Alicia escuchó a su madre correr escaleras arriba desde su dormitorio.

Alicia: me tengo que ir, mi hermano tiene otra crisis

Julia: lo siento chica, espero que no sea grave

Alicia: siempre es grave

Su hermano David no podía hablar ni moverse, pero era capaz de gritar con una fuerza estremecedora.

Julia: bueno, avísame cuando hayas hecho lo que sea que vayas a hacer con el idiota de Borja. ¡No quiero perdérmelo!

Alicia: tranquila, te enterarás

Su madre la estaba llamando a gritos para que acudiese. David no se calmaba.

—Mierda —pensó Alicia—, y yo preocupada por joder a Borja. Espero que esta noche no volvamos a terminar en el hospital.

8

CARLA

Sexting: envío de contenidos eróticos o pornográficos propios por medio de teléfonos móviles. Es una práctica común entre jóvenes y cada vez más entre adolescentes. Algunos adolescentes piden a sus parejas fotografías o vídeos de contenido erótico. Cuando rompen, el chico empieza a reenviar esas fotos y difundirlas por internet, propiciando un grave daño y perjuicio a su expareja.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

Cuando uno logra publicar un libro y presentarlo en público quizá sueñe con la fama y la notoriedad. De haber sabido Carla que aquello la conduciría a involucrarse en la persecución de un peligroso ciberacosador, con las trágicas consecuencias que eso tendría en su vida, jamás hubiese aceptado el contrato editorial, ni por toda la fama y el dinero del mundo.

Pero allí estaba, frente a un nutrido grupo de periodistas en los salones del hotel Intercontinental de Madrid, ilusionada con la publicación de su libro y muerta de los nervios porque en breve le tocaría hablar a ella, cuando su

editora acabase de presentarla.

—Carla Barceló es licenciada en Tecnología de la Información por la Universidad Politécnica de Madrid. Comenzó a trabajar como programadora en la división de marketing digital de Accenture, donde participó en diferentes proyectos relacionados con la publicidad en internet. En 2008 fue contratada por la filial de Yahoo en España, donde trabajó en el análisis de las tendencias de los consumidores basados en sus movimientos en las redes sociales. En los últimos tiempos, Carla se ha especializado en el estudio de las redes sociales de adolescentes y menores de edad. Ella, como muchos de nosotros, se ha hecho una pregunta. ¿Son seguras las redes sociales para los menores? Los niños y adolescentes pasan parte de su vida en mundos paralelos como Tuenti y Facebook. Es una realidad imparable y parece que irreversible. Y lo hacen cada vez antes, pese a que ambas redes sociales requieren de una edad mínima de catorce años o de autorización paterna. Más de un diez por ciento de niños de entre solo nueve y diez años tienen un perfil en una red social. Porcentaje que sube hasta un cuarenta por ciento entre los once y doce años. Crear un perfil si eres menor de catorce años es tan fácil como falsear el año de nacimiento. ¿Les suenan términos como *ciberbullying*, *sexting* o *grooming*? Pues más vale que vayan familiarizándose con ellos porque si no hacemos nada por evitarlo, va a ser el mayor problema al que se enfrenten nuestros hijos. Y la mayoría de los padres ni siquiera saben que esos peligros existen...

Carla respiró hondo mientras Elsa Sjöberg, la directora de

la editorial que había publicado su libro, llevaba a cabo la presentación. Carla evitaba mirar de frente al grupo de periodistas que tenía delante. Estaba muerta de los nervios. No había imaginado que su libro despertase tanto interés. Tanta expectación, sin duda, se debía al trabajo de la editorial. La presentación había congregado a más de medio centenar de periodistas especializados del sector tecnológico. El salón del hotel estaba atestado. Incluso una cámara de televisión de Telemadrid se había instalado al fondo.

«Bueno, ¿y si el libro se vende y me soluciona la vida?», pensó. Nunca se sabía. A veces los libros más tontos se convertían en bestsellers, como ese de las dietas que estaba en todos los escaparates, o aquel del ratón y el queso sobre gestión de empresas, que te lo leías y te quedabas igual, pero que no paraba de venderse. Había invertido mucho tiempo en aquel libro y había recopilado mucha información útil para los padres. Había tenido mucha suerte, desde luego, de que una editorial se interesase en publicarlo. Aunque, en realidad, tenía que agradecersele a su hermano por haber hablado de ella a la editora.

Carla trató de controlar los nervios que le provocaban todas las miradas sobre ella, por no hablar del hecho de estar siendo grabada e incluso retransmitida en directo. Era la primera vez que tenía que hablar en público delante de tanta gente y no lo estaba llevando nada bien. Le sudaban las manos y no había pegado ojo en toda la noche.

Buscó apoyo en su hermano Isaac, sentado en las primeras filas. Isaac la sonrió ampliamente, le guiñó un ojo y

lanzó una cómica dentellada al aire en un gesto que significaba «cómetelos a todos». Isaac, vestido con un impecable traje negro y corbata, se puso a hacerle muecas y caras allí, entre todos aquellos periodistas tan serios. Carla sintió que se le aflojaba la risa y apartó la mirada. Isaac sabía cómo hacerla reír y ella sabía seguirle las bromas. Cuando les entraba la risa floja no podían parar. Pero no era cuestión de que le diera un ataque de risa en aquel momento. Mejor pensar en otra cosa. Respiró hondo.

—Y ahora Carla les brindará unas palabras sobre este magnífico trabajo de investigación —dijo la directora de la editorial Temas de Hoy—. Después de la presentación del libro tendrán un turno de preguntas —añadió la editora cediéndole la palabra.

¡Era su turno! Carla inspiró una profunda bocanada de aire. Sintió vértigo, como si estuviese a punto de zambullirse en el mar desde un acantilado. Todo el mundo tenía la vista clavada en ella. Las luces de las cámaras de televisión la deslumbraban cuando miraba al frente.

«Está bien, vamos allá.» Tragó saliva y carraspeó ligeramente.

—Los adolescentes de entre doce y dieciocho años pasan una media de cuatro horas diarias conectados a las redes sociales —comenzó a decir. Enseguida se le secó la boca, pero tenía que seguir—. ¿Se han preguntado alguna vez con quién hablan sus hijos cuando están conectados a internet? Cuando sus hijos se encierran en su habitación durante horas con su ordenador, ¿les gustaría poder colarse y espiar la

pantalla por encima de su hombro sin ser vistos? ¿Qué creen que encontrarían? Tal vez algo así.

Tras ella había una gran pantalla de proyección conectada a un ordenador portátil. Carla apretó una tecla del ordenador y en el proyector aparecieron unas líneas de texto. Para hacer más efectiva su presentación, la editorial había contratado a una pareja de actores de doblaje para que grabasen los diálogos que Carla quería mostrar. De ese modo evitaban que los presentes tuviesen que leer el texto en la pantalla. Carla activó el audio.

—Presten atención a este diálogo —dijo—. Se trata de una chica de trece años que ha recibido un correo electrónico invitándola a entrar en un chat de chicos de su edad.

En los altavoces del salón de conferencias del hotel brotaron una pareja de voces, masculina y femenina, recitando el diálogo que apareció en la pantalla de proyecciones.

Carlos_25. No tienes msn [Messenger]??

Lucia13. No se lo voy a dar a un desconocido.

Carlos_25. Te gusta hablar de sexo?

Lucia13. No sé de sexo.

Carlos_25. Yo te enseño.

Lucia13. No sé, me da miedo.

Carlos_25. Es algo normal.

Lucia13. Por qué no quieres hablar de otra cosa?

Carlos_25. Es que estoy solo. Quiero calentarme.

Lucia13. No quiero seguir hablando.

Carlos_25. A ti ya te salieron pelitos en tu vagina?

—No se estremezcan —dijo Carla—. Lucia13 no es una

adolescente real. Se trata de un alias, una falsa identidad creada por mí. Si entras en un chat con un nombre de chica y en tu perfil se indica que eres menor de edad, al instante te aparecen decenas de ventanitas de otros usuarios pidiéndote conversación. Muchos aseguran ser menores. Pero se los reconoce por la forma de hablar. O, mejor dicho, un adulto puede reconocerlos fácilmente. En cambio, para un niño ya no es tan evidente descubrir el engaño. Un niño no tiene motivos para sospechar que quien está al otro lado no es quien dice ser. Es fácil comprobar lo que le puede llegar a suceder a un menor cuando se conecta a internet. Ustedes pueden hacer la prueba. Uno solo tiene que crear una cuenta de correo electrónico simulando ser alguien que no es. No encontrarán ningún impedimento. Háganse pasar por menores de edad. Tampoco tendrán ninguna dificultad. Yo lo he hecho. He pasado algún tiempo navegando por internet con algunas de esas identidades falsas y la experiencia no ha sido demasiado agradable. Han querido engañarme para que me desnude delante de mi webcam. Me han hecho todo tipo de propuestas obscenas. Piensen que las redes sociales las emplean diariamente millones de jóvenes en todo el mundo. Millones de jóvenes inocentes e inexpertos que son el blanco perfecto de acosadores y pedófilos.

Carla pulsó una tecla del ordenador y cambió el contenido proyectado en la pantalla. Estaba lanzada. Había perdido el miedo y empezaba a sentir que controlaba la situación.

—La primera incursión de Lucia13 en un chat de

adolescentes tuvo el resultado que pueden ver en la imagen —explicó—. Al instante, un usuario desconocido llamado Universitario me abrió un cuadro de diálogo privado.

Universitario: Ola wapa.

Lucia13: Ola!!!

Universitario: te gusta follar?

El eco de las voces grabadas que recitaban el diálogo quedó suspendido en la sala durante unos instantes.

—Directo al grano —dijo Carla—. Lucia13 se movió por varios chats con canales específicos para adolescentes. En todos tuvo que soportar barbaridades similares. —Carla apretó una tecla y el texto de la presentación cambió de nuevo.

Hola wapa, te gusta el morbo?

Te interesa la moda? Mándame fotos y te digo si tienes posibilidades

Te gusta masturbarte?

Te gustaría chupármela?

Me dejarías besar tus pies?

Ya se notan tus tetas?

¿Quieres aprender a follar?

—Lo que para un adulto resulta ofensivo puede despertar la curiosidad de muchos niños —explicó Carla—. Piensen en sus hijos y en el tipo de información que pueden estar recibiendo de internet.

Carla se dio cuenta de que algo iba mal. El público parecía mudo. Esperaba alguna reacción, expresiones de

asombro, pero todos parecían vacas sagradas mirándola fijamente. Había cierta tensión en el ambiente, aunque no alcanzaba a entender a qué se debía.

En ese momento, uno de los cámaras de Telemadrid se subió a la tarima de oradores y se aproximó a donde estaba ella, caminando un poco encorvado, con pasos cortos y rápidos. El cámara era un chico joven de veintitantos años.

Fue entonces cuando escuchó por primera vez ciertos murmullos provenientes de los espectadores.

El chico cubrió el micrófono de Carla y la habló al oído.

—Oiga, tiene usted que cambiar el tono de su presentación, no puede seguir usando palabras como las que está usando.

Los murmullos del público crecían en intensidad. Carla se dio cuenta de que la conversación se estaba filtrando por el micrófono que tenía frente a ella. Sintió que se ruborizaba.

—Yo... yo no... yo no estoy usando malas palabras, solo las muestro... en conversaciones reales... —respondió, también susurrando, mirando hacia el suelo con el ceño fruncido.

—¿De qué habla? —dijo la editora airada—. No sabía que estábamos haciendo un programa infantil.

—Tiene que dejar de usar esas palabras malsonantes. — El cámara la observó con los ojos entornados.

—Oye, no vamos a cambiar nada. —La editora lo fulminó con la mirada—. ¿Qué te has creído? No puedes interrumpirnos así.

—Deberían haberse preparado, haber censurado ciertas

palabras.

Aquello sí que era increíble, se dijo Carla. Estaba intentando explicar lo que los niños se encontraban cada vez que entraban en las redes sociales y aquel individuo le estaba diciendo que no podía mostrarlo a un grupo de periodistas adultos porque resultaba ofensivo. ¡Era absurdo!

—Nadie me dijo nada de esto —dijo Carla, con los ojos muy abiertos mirando a los zapatos del joven—. No puedo, no voy a cambiar nada ahora, esto es muy embarazoso, haga el favor de marcharse.

A pesar de que hablaban en susurros y el micrófono estaba cubierto por la mano del cámara, el público fue capaz de escuchar las últimas palabras de Carla. El malestar y las quejas ya eran sonoras.

—Vamos a tener que cortar la retransmisión por radio y cuando emitamos extractos en televisión tendremos que editar todas esas partes, no nos hacemos responsables del resultado.

—Hagan lo que tengan que hacer —dijo la editora con voz de hielo—. Ahora váyase y déjenos hacer nuestro trabajo.

El cámara se marchó haciendo aspavientos. Carla miró al público, que seguía murmurando.

Miró a su hermano Isaac, que le dibujaba círculos en el aire con el dedo: «sigue como si nada hubiera pasado».

Isaac improvisaría uno de sus chistes en el acto para quitarle hierro al asunto. Pero ella no era Isaac. Estaba como bloqueada. No sabía ni por dónde iba.

Apretó una tecla del ordenador, lo cual hizo que la imagen de la gran pantalla volviese a cambiar. La voz del actor de doblaje, sincronizada con el texto de la presentación, resonó en la sala.

Quiero chuparte el chichi
Yo te enseño a follar duro

Se escucharon algunas risas. Mierda, aquello no era lo que quería mostrar a continuación. Carla interpretó las risas como una señal de apoyo. Tal y como le había indicado su hermano, tenía que seguir adelante como si nada.

—Como les decía antes de la interrupción, quienes hacen este tipo de propuestas obscenas responden a un perfil marcado y, por lo general, poco peligroso porque sus intenciones obscenas son demasiado evidentes y espantan a la mayoría de los jóvenes.

Bien. Había recuperado el control. No se le daba mal aquello de hablar en público.

—Hay otro perfil de acosador —continuó explicando—, uno mucho más peligroso. Son los pedófilos seductores. Son mucho más peligrosos porque escriben como menores, usan emoticonos, símbolos sonrientes con los que adornan sus mensajes, tiñen su texto de rosa u otros colores, como muchos menores. Pero no lo son. La falsa adolescente Lucia13 también se topó con ellos. Alguien con el alias Nekane se presenta a Lucia13. Nekane dice que es sevillana, que tiene 14 años y es novata en el mundillo del chat. «Esto de q va?», pregunta. Enseguida propone algo de intimidad

entre chicas.

Carla pulsó una tecla. Una serie de mensajes aparecieron en el proyector.

Vamos al msn [Messenger]??? Es que esto e muy frio

—Lucia13 duda. Nekane insiste. Le da una dirección de correo electrónico para conectarse con ella. Lucia13 accede. Ya en el Messenger, Nekane le pide a Lucia13 que conecte su cámara web. Lucia13 responde que no tiene. «Y foto?», insiste.

Venga pon una foto q me gustaria ver como eres

—La conversación continúa sin que Lucia13 ponga su foto —explica Carla—. Nekane, en cambio, sí coloca una foto supuestamente suya, una chica rubia con sudadera de una universidad americana sentada en un sofá. Entonces empieza a subir el tono de la conversación.

Tu ya has echo algo con xicos? Yo pokiiiiisimo

Una vez estabamos tres xicas y un xico en una acampada y nos tocamos los 4

No te has tocado con tus amigas? Pero tu sola sí, alguna vez? No te has masturbado?

Yo es k soy un poko gamberra. Kieres ver mas fotos mias?
Hay gente contigo?

—Nekane pasa una secuencia de imágenes, supuestamente ella en sujetador, tumbada en el suelo,

desnuda de cintura para arriba. Le pide a Lucia13 si tiene fotografías similares y que, si no, que se las haga con la webcam. Insiste que es divertido. Lucia13 corta la conversación. En otra conexión, días después, la situación se repite con una chica llamada Sara. También insiste en pasar al Messenger para intimar. Curiosamente su correo electrónico es el mismo que el de Nekane. La conversación se desarrolla de forma prácticamente idéntica.

Ni me enseñas una foto ni pones la cam; sin saber komo eres, esto es mu frio hija

Has besao algun xico?

Atención pregunta... has tocado o te han tocado?

Bueno una vez q se quedaron a dormir laura y cris. Me lo pase muy bien kon las dos; me xupo el xixi laura y yo se lo xupe a cris y fue genial

—La supuesta joven —prosiguió Carla— pasa en ese instante una secuencia de imágenes: una chica en sujetador, después unos pechos en primer plano y tensa la conversación hasta donde puede.

Eres un pko reprimida no? Kiero k te relajés y me describas lo k vas sintiendo, pero tienes q obedecerme esclava, jijijiji, a ver k ropa llevas dime... enseñamela x la cam un segundo, no pongas la cara si no kieres, liberate un poco tia...

—Aquí corté la conversación —señaló Carla—. Mi falso alias Lucia13 no cayó en la trampa, pero algunos adolescentes sí han picado. Según la Brigada de Investigación Tecnológica de la policía, una conversación

como la que han visto puede ser el origen de algo más serio, el *grooming*, un término que desgraciadamente empieza a extenderse. Consiste en el engaño de una persona adulta a un menor a través de programas de conversación tipo Messenger. Lo que busca son imágenes con desnudos del menor que después utilizará para coaccionarle, bajo amenaza de enviar esas imágenes a amigos y familiares y evitar así que la relación se corte. Es decir, abuso sexual virtual.

Carla hizo una pausa para manipular su ordenador. En la pantalla de proyecciones comenzó a fluir el texto de otro diálogo.

—La siguiente conversación de Messenger —explicó— no la mantuvo la falsa adolescente Lucia13. Es real. La presentó un padre a la policía y dio lugar a la detención de uno de los pedófilos más activos de la red. El individuo había desarrollado un sistema muy elaborado para engañar a las jóvenes. Primero entraba en contacto con las menores en algún chat fingiendo ser una chica de catorce años llamada Lucy. Les pedía su cuenta de Messenger, las agregaba como contacto y les enviaba una postal simpática de un corazón, de amor, o un gatito. Haz clic aquí si quieres ver el gatito, decía el mensaje. Si la niña picaba, automáticamente se descargaba un virus en su ordenador. Cuando la chica tecleaba la clave de acceso a su correo electrónico el virus se la estaría enviando también al acosador.

Carla activó el audio de la conversación que mostraba el proyector. Pensó que el actor de doblaje había hecho un buen trabajo. Había algo en aquella voz metálica que le ponía el

vello de punta.

Lucy: Te he robado tu msn, te lo devolveré. Solo quiero q me hagas un favor.

(pausa)

Lucy: Contesta o me meto en tu msn.

Bea: Oyeee komo sabes mi clave?

Lucy: Tu pregunta secreta era muy facil. Me podrias hacer el favor que te pedi?

Bea: X favor me puedes devolver el msn.

Lucy: Primero ponte la cam para conocerte, ok?

Bea: Ok.

Lucy: Primero quiero q sepas q soy les [lesbiana], no te molesta?

Bea: Yo soy bi.

Lucy: Solo tienes que enseñarme las tetas.

Carla detuvo la conversación en ese punto.

—Después de un intercambio de mensajes similar —dijo —, la chica llamada Bea accede a mostrar los pechos unos segundos delante de la cámara web. Recuerden que ella cree estar hablando con una chica de su edad. A partir de ese momento Bea está atrapada. La falsa adolescente le muestra el vídeo que ha grabado mostrando sus pechos.

Carla reanudó la conversación:

Lucy: Viste el video?

Bea: Si, por favor lo puedes borrar?

Lucy: Es un recuerdo para mi, ¿te molesta?

Bea: Mucho, por favor lo puedes borrar?

Lucy: Sabes que he copiado a todos tus contactos? Que harias si se lo mando a todos?

Bea: Me moriria de vergüenza. Por favor no lo hagas.

Lucy: Qué te parece si se lo envío a tus amigos?

Bea: Que me voy a poner a llorar. Estoy temblando.

Lucy: Cierra la puerta para que nadie nos moleste. No quiero que te vean llorando.

Bea: Esta cerrada.

Lucy: Y no hables con nadie.

Bea: Por favor.

Lucy: Soy les [lesbiana], ya te lo dije y quiero hacerme un dedo viendote. Si haces lo que te pido no pasara nada, ok?

Bea: No me pidas nada mas, por favor.

Lucy: Quiero hacerme un dedo viendote. Si no, te juro que mando el video.

Bea: Noooooo. Por favooooor.

Lucy: Tu dime, lo haras o no?

Bea: Que tengo que hacer?

Lucy: Cierra las ventanas y la puerta para que no nos molesten, ok?

Bea: Ya esta.

Lucy: Sera algo rapido. Mientras mejor lo hagas sera mejor.

Bea: Que es???

Lucy: Primero quítate eso negro que llevas arriba. Date prisa.
(pausa)

Bea: Tengo miedo, por favor no me lo hagas hacer.

Lucy: De que tienes miedo?

Bea: De ti.

Lucy: No tengas miedo. Solo haz lo que te pido y me piro.

Bea: Es que no puedo.

Lucy: Entonces lo siento. Te dije que solo seria un momento.
Me voy.

Bea: Donde vas?

Lucy: A enviar tu video a tus amigos!!!!

—En mayo, gracias a la denuncia de Bea y otras de sus víctimas —relató Carla—, detuvieron a la persona que actuaba tras el alias Lucy. Resultó ser un hombre de

nacionalidad argentina de treinta y dos años al que se acusa de robo de contraseñas, coacciones y abusos sexuales. Según la policía, el acosador guardaba más de setecientas direcciones de correo electrónico y sus respectivas contraseñas, todas ellas de chicas de entre ocho y catorce años. Todas organizadas por nacionalidades: argentinas, canadienses, chinas, colombianas, ecuatorianas, mexicanas... El hombre había conseguido grabar al menos ochenta vídeos de adolescentes en actitudes eróticas. Para aumentar el realismo de su personaje sincronizaba sus conversaciones con un vídeo en el que se veía a una menor escribiendo ante el ordenador como si estuviese delante de una webcam. Hacía creer a las niñas que estaban hablando con otra chica de su edad. Y bajaban la guardia.

Carla recorrió a los presentes con la mirada. Se sentía estupendamente hablando en público. ¡Con lo asustada que había estado! Dominaba el tema y estaba cada vez más animada. Le gustaba que todos estuviesen pendientes de ella. Le produjo una extraña excitación nerviosa en la base del estómago.

—A los ojos de un adulto —dijo— puede sorprender lo fácil que resulta engañar a un menor. Daniela, una niña de trece años de origen colombiano, ocultó a su familia durante casi un año que estaba siendo víctima de un chantaje similar al que acabamos de ver. Fue su hermana mayor quien la sorprendió delante de la webcam posando a las órdenes de alguien al otro lado del Messenger. Todo comenzó porque alguien le había enviado un correo electrónico simpático con

virus incorporado. El virus le permitió a alguien tomar el control de la webcam y captar imágenes de la niña. Las primeras imágenes de Daniela ni siquiera eran comprometedoras, pero le bastaron. Con Photoshop unió el rostro de Daniela al cuerpo de una niña desnuda y la amenazó con difundirla entre sus amigas. De ese modo obtuvo los favores de la menor.

Carla paseó la mirada entre los presentes. Prácticamente todos los periodistas se tocaban la cara con la mano de alguna manera, o con el bolígrafo, muchos de ellos se sostenían la barbilla mientras mantenían un gesto de pretendida neutralidad.

—Se trata de un problema difícil de cuantificar —continuó—. Los chavales no acuden a los padres por vergüenza. El año pasado se suicidaron más de una docena de menores por acosos en internet. La vergüenza que sienten los adolescentes es un elemento clave en este grave problema. Algunos de ellos prefieren acudir a la policía antes que a sus propios padres. Lo que les voy a leer a continuación es el mensaje real de auxilio que recibió la policía de Eva, una joven acosada.

Carla leyó textualmente de su libro en una página previamente marcada.

Hola. Soy una menor de 15 años que está siendo abusada por una persona a través de internet. [...] Hace unos seis meses alguien me agregó al Messenger y sin decirme nada entró en mi cuenta, me eliminó todos mis contactos y puso un nombre grosero que al volver a entrar en mi cuenta me dejó

sin palabras. Si no recuerdo mal, ponía: «me afeitó el coño con cera». Yo en mi PC tenía alguna foto mía semidesnuda, no sé cómo la consiguió, desde entonces me amenaza para que le pase fotos desnuda, él me dice cómo las quiere y si no le hago caso, me amenaza con mandar todas mis fotos a mis contactos del Messenger. [...] He cambiado cinco veces de Messenger, no sé cómo lo hace pero me vuelve a encontrar. [...] Me siento controlada y me da miedo conectarme a internet por miedo de que me encuentre. [...] Estoy segura que no solo me lo está haciendo a mí, sino a más chicas. No sé de dónde es ni cómo se llama, ni su edad, ni si es varón o mujer... Aunque imagino que sea un varón. Espero respuestas.

—Hay una frase que me llama poderosamente la atención —apuntó Carla—: «Me siento controlada». Piénsenlo. Nos da una idea de cómo viven los menores este tipo de acoso. «Me siento controlada» —repitió—. Nos da una idea de lo peligrosamente real que es el problema.

Hizo una pausa para tomar aliento. Todos la observaban en silencio, expectantes, inclinados hacia delante. Casi nadie tenía la espalda en contacto con el respaldo de su asiento. Carla se sentía cada vez mejor. ¡Qué sensación que todos estén pendientes de lo que dices!

—Puede que lo siguiente que se estén preguntando es si podemos hacer algo para combatir todo esto. Yo, al menos, me lo he preguntado. ¿La respuesta? Imaginen qué ocurriría si de repente se aboliese el Código Penal, si se derogase el Código Civil y todas las ordenanzas municipales. Imaginen qué ocurriría si se suprimiese el Cuerpo Nacional de Policía, la Guardia Civil y el Ejército. En definitiva, si cada uno de

nosotros pudiera hacer lo que le viniese en gana sin temor al castigo, sin normas que regulasen nuestra convivencia, sin una autoridad que pueda disuadirnos de cometer delitos. Y lo más grave: imaginen, si pueden, qué pasaría si no existiese ningún registro de nuestra identidad. Ni pasaporte, ni carnet de conducir, ni ficha dental, ni ADN, ni registro de huellas dactilares. Solo nuestra palabra para demostrar quiénes somos. Piénsenlo por un momento. ¿Conciben la vida en una sociedad así? ¿Creen que las ciudades serían habitables? ¿Creen que podríamos andar tranquilamente por la calle, conducir nuestro coche, salir de nuestras casas? ¿Creen que sus hijos estarían a salvo? ¿Qué tipo de lugar sería ese? ¿Pueden imaginarlo?

Se detuvo brevemente para tomar aliento. Estaba lanzada. El silencio en la sala era absoluto, apenas el zumbido eléctrico de las luces en el techo y el ronroneo difuso de las máquinas de aire acondicionado.

—Sé que resulta difícil imaginar un mundo así, pero existe. Lo tenemos delante. Vivimos inmersos en él cada día. En ese mundo realizamos nuestras compras, leemos el periódico y educamos a nuestros hijos. Ese mundo sin ley se llama internet.

Un murmullo se extendió en la sala. Se escucharon susurros y carraspeos. Bien, a lo mejor se había pasado un poco, pero no había duda de que los tenía a todos atrapados. Por un instante se vio a sí misma recorriendo el mundo dando conferencias y firmando libros. «La controvertida ensayista Carla Barceló...» ¿Por qué no?

—Si alguien está pensando que las leyes de nuestro mundo real también rigen de alguna forma en internet, se equivoca —dijo con voz experta—. En internet nadie vela por la ética o la moral, no hay normas ni control alguno. No es una afirmación gratuita. Conozco muy bien de lo que hablo. La sola idea de pensar que nuestros hijos se están educando en ese mundo debería darnos mucho que pensar. He escrito este libro porque creo que alguien tenía que alzar la voz, alguien tenía que hablar y decir que no todo vale, que con nuestra complicidad e indiferencia, amparados en el desconocimiento de la tecnología y la dificultad para entender cómo funciona, está creciendo a nuestro alrededor un auténtico mundo de tinieblas, un territorio sin ley que, como mínimo, debería empezar a preocuparnos.

Carla tomó aire. Los rostros que tenía frente a sí parecían desconcertados, quizá no se estaba explicando con tanta claridad como pensaba. Decidió continuar, ignorando una vocecita interior que le decía que algo iba mal.

—Mi opinión es que la mayoría de los peligros que encontramos en internet tienen que ver con el anonimato —explicó—. Lo que los Gobiernos y los reguladores deberían empezar a plantearse son los mecanismos que garanticen la identidad de las personas que acceden a internet. Tenemos derecho a saber con quién hablan nuestros hijos. Algunos se escudan detrás del derecho a la libertad para delinquir impunemente. Hay quienes no quieren oír hablar de nada que tenga que ver con un sistema para luchar contra el anonimato en internet. No hay que olvidar que nuestra libertad acaba

donde empieza la de los demás. Y creo que todos deberían poder saber con quién están hablando sus hijos.

Bueno, allí acababa su presentación. Se quedó callada. La sala estaba en completo silencio. A lo mejor había sido un final un poco brusco. ¿Era su imaginación o todo el mundo estaba en tensión? A lo mejor tendría que haber acabado con un chiste o algo así. A lo mejor no se había explicado tan bien como pensaba. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás.

Buscó con la mirada a su hermano, que la obsequió con una amplia sonrisa. Cuando sus ojos se cruzaron, Isaac agitó las palmas de las manos en un aplauso silencioso.

—Gracias Carla, una estupenda exposición —intervino Elsa, su editora—. Les aseguro que en este libro encontrarán muchos más ejemplos de acoso a menores que les pondrán la piel de gallina. Y ahora es el turno de sus preguntas.

Varias manos se levantaron a la vez. La editora hizo un gesto hacia uno de los periodistas que había pedido el turno.

—Usted critica duramente el anonimato en la red —dijo el periodista apuntándola con un bolígrafo—. Defiende que internet necesita un mecanismo para que cualquiera pueda ser identificado en cualquier momento. Sin embargo, para muchos, internet representa el triunfo máximo de la libertad, de la libre circulación de ideas y personas más allá de las fronteras físicas de los países. Sin el anonimato no hubiesen sido posibles las revoluciones de Túnez, de Egipto o de Libia. ¿Cómo encaja eso con los mecanismos de censura y control de corte dictatorial a los usuarios de internet que usted defiende?

Carla le miró horrorizada. ¿Censura dictatorial? ¿De dónde se había sacado eso? ¿Tan mal se había explicado para que sus palabras fuesen malinterpretadas de aquella manera?

—¿Censura? No, por supuesto que no, ¡qué estupidez! —dijo con un tono de voz demasiado elevado y demasiado agudo—. De lo que yo hablo es de controlar...

—Censura y control suenan para mí muy parecidos —interrumpió el periodista, que seguía apuntándola con el bolígrafo. Tenía la barbilla alzada y sacaba pecho como un pavo real—. ¿Quién dice qué es lo que hay que controlar? ¿Y quién controla al controlador? Perdóneme: su discurso me trae a la mente las palabras «fascismo» y «dictadura».

El periodista le dirigió una sonrisa con las cejas levantadas, manteniendo los ojos entornados.

—No, no. —Carla movió la cabeza. Notaba una fuente de calor en las sienes y se sentía aturdida. De pronto tuvo la sensación de que la luz del foco que iluminaba para la cámara de Telemadrid se intensificaba y la deslumbraba—. Lo que yo quiero decir, lo que intento explicar... (hay muchos ejemplos) es que no todo vale en internet. Sobre todo cuando hay involucrados menores de edad. Fuera de la red existen carnets de conducir, pasaportes, actas notariales, partidas de nacimiento, registradores de la propiedad. Vivimos en un mundo saturado de burocracia donde apenas podemos dar un paso sin rellenar un impreso con nuestro nombre. ¿No les parece absurdo que en internet no exista ningún tipo de control? —alzó la voz, airada—. No se trata de controlarlo todo, ¡pero tampoco de no controlar nada!

—Nuestros padres lucharon duramente para que en España pudiésemos tener democracia —dijo otro de los presentes. Su voz sonaba enojada e iba subiendo de volumen y tono una palabra tras otra—. Algunos seguimos defendiendo la democracia, aunque al parecer hay otros que están empeñados en cargársela. Gracias a Dios, control y sanción no son términos que se estén aplicando a internet en este país. Su opinión me parece retrógrada. ¿De dónde ha sacado sus ideas? ¿De los dirigentes comunistas chinos? —Sonrió malévolamente.

—No... no creo que lo que estoy diciendo tenga que interpretarse de esa forma —replicó Carla. Tuvo la sensación de que todos la odiaban por algún motivo que no alcanzaba a comprender.

—Bueno, usted ha dicho en su libro —el hombre blandió su ejemplar por encima de la cabeza como si se tratase de algún arma arrojadiza—, ha dicho, y cito *literalmente*, «aquí tenemos un claro ejemplo de una página web que debería ser controlada con mecanismos de identidad más severos o cerrada para evitar males mayores». —En ese punto empezó a negar con la cabeza mientras asestaba dos preguntas con manifiesto desprecio—. ¿Cómo quiere que interpretemos sus palabras entonces? ¿Cree que es interpretable su idea de cerrar páginas que a usted no le gustan?

Carla no podía creer lo que estaba escuchando. La frase que había citado el periodista, absolutamente sacada de contexto, se refería a un caso sangrante que estaba provocando decenas de acosos a menores. La culpable era

una red social para adolescentes llamada MyLife, una web de preguntas y respuestas que estaba haciendo saltar muchas alarmas. La red permitía comentarios anónimos, lo que fomentaba los comentarios insultantes, el acoso y la intimidación en el ámbito escolar.

—Controlar una página web no es censura —dijo Carla con todo el aplomo que fue capaz de reunir—. Si una página web es dañina, tiene que ser cerrada, igual que se retiran productos defectuosos del mercado.

¡Bien por el argumento! El tío se había quedado con la boca abierta, sin saber qué responder. Tenía que aprovechar la ventaja y poner en contexto la frase que había mencionado de su libro.

—Le voy a explicar qué es lo que está pasando en esa página web que usted defiende —dijo.

El periodista alzó las cejas y meneó la cabeza. Carla no le dejó replicar. Tenía el cuerpo girado hacia el periodista, con el brazo derecho cubriendo su abdomen como si necesitara rascarse el costado izquierdo ante un picor inexistente, el brazo izquierdo descansando sobre su cadera, con ese puño cerrado y el pie derecho un poco más adelantado que el izquierdo, la espalda mínimamente curvada, como un corredor esperando el pistoletazo de salida.

—El funcionamiento de la red social MyLife es muy sencillo —explicó—. Sirve para hacer preguntas y recibir respuestas. Nada peligroso aparentemente. El sitio invita a los jóvenes a abrir una cuenta y hacer preguntas a sus conocidos, normalmente los compañeros de clase. MyLife

explota el deseo natural de todos los adolescentes por saber lo que se opina de ellos. Quieren saber si les queda bien un peinado, la ropa que llevan o cómo les luce un tatuaje... El intercambio de opiniones se realiza de forma consentida. Te registras para tener tu propia cuenta y luego invitas a otros a que te envíen sus opiniones *sinceras*. —Al pronunciar la palabra *sinceras* Carla hizo un gesto de comillas doblando los dedos de ambas manos—. Sus creadores dicen que se trata de una iniciativa interesante que invita a la sinceridad. ¿Cuál es el problema entonces? Que para responder no es necesario identificarse. Uno puede opinar de forma anónima. ¿El resultado? Los mensajes que reciben los jóvenes son de una brutal honestidad. ¿O habría que decir de una brutal crueldad?

Carla buscó en su libro el capítulo donde hablaba de la red MyLife. Leyó en voz alta:

Todos piensan que eres una idiota creída, escribe un chico.
Tienes pinta de putilla, opina otro.
Te crees muy guapa, pero eres gorda.

—Solo son ejemplos de los mensajes que cualquier chico o chica puede recibir, tomados al azar de entre los miles que se producen diariamente —explicó—. La mayoría actúa como si no les importara lo que se dice de ellos. Pero sí les importa. Como el intercambio de mensajes es de mutuo acuerdo, ya no parece acoso en absoluto. En muchas ocasiones los jóvenes piensan que esas críticas son fundadas. Estoy gorda, soy fea, no tengo gracia... Los adolescentes ven

confirmados sus mayores temores. Quienes les insultan no sienten el menor pudor, amparados en el anonimato.

Carla leyó otro de los mensajes:

Jamey es estúpido, gordo, feo y gay. Los homosexuales van directamente al infierno.

—Jamey es un chico americano que se suicidó hace unos meses —explicó—. Después de una charla online en la que hablaba acerca de su confusión sobre si era homosexual o no, comenzó a recibir mensajes homófobos. Cuando respondió a algunos comentarios explicando que le estaban haciendo sentirse muy infeliz, los insultos se intensificaron. En un mensaje poco antes de morir, el chico dio a entender que estaba pensando en quitarse la vida por lo mal que lo estaba pasando. Este es solo uno de los cientos de mensajes que recibió a continuación:

No me importa si te mueres. A nadie le importará, así que hazlo, haznos un día feliz a todos.

Carla clavó su mirada en el periodista que había mencionado el asunto. La adrenalina corría por sus venas.

—¿Hay algún valor positivo en un sitio como MyLife respecto a otras redes sociales no anónimas como Facebook? En mi opinión, la respuesta es un rotundo no. MyLife legitima la crueldad al permitir comentarios anónimos. Supone una invitación para ser cruel con los demás sin asumir ninguna responsabilidad. ¿Qué pensaría si es su hijo

quien recibe ese tipo de comentarios? —preguntó airada—. Mi opinión es que MyLife debería ser sometida a un riguroso control. Debería existir una legislación que regulase el funcionamiento de este tipo de redes sociales. Y, puesto que estamos hablando de menores de edad, la empresa responsable del funcionamiento de esa red debería ser obligada a tomar medidas, so pena de ser cerrada cautelarmente. Si no se toman medidas, se estará haciendo un daño irreparable a nuestra juventud. Espero que ahora se entienda el sentido de la frase que usted ha comentado.

¡Trágate esa!, se dijo a sí misma triunfal, mirando al periodista. Carla se dio cuenta de que tenía los brazos cruzados y no pudo recordar cómo había llegado a adoptar aquella postura tan poco amigable sobre el escenario. Las mejillas le ardían.

—Bien, esa fue la última pregunta. No hay tiempo para más —dijo Elsa, la editora, dando por concluida la presentación.

Carla estaba abochornada. Tenía la impresión de que el acto se suspendía antes de tiempo por su culpa.

—Tranquila —dijo la editora en un susurro cuando todos se ponían en pie—. Lo has hecho muy bien. No te preocupes. —La editora tenía las palmas de las manos abiertas y asentía levemente.

Los periodistas se fueron levantando para abandonar la sala. Las voces subieron de tono, comenzaron a sonar teléfonos móviles y el barullo creció en intensidad como el rumor del oleaje que arrecia con la tempestad. Su hermano

Isaac subió de un salto al estrado donde se encontraba.

—Bravo, hermana —dijo obsequiándola con una de sus encantadoras sonrisas—. Los has dejado sin argumentos.

—He sido horrible —respondió Carla—. No me esperaba un ataque tan directo. No estaba preparada.

—Te acostumbrarás a las críticas —dijo la editora, que sonreía despreocupada—. Toda esta polémica nos ayudará a vender el libro. Lo que importa es que se hable de él, créeme, esos idiotas nos están haciendo un favor al atacarte.

Carla se relajó un poco al comprobar la tranquilidad con la que su editora afrontaba la situación. Elsa Sjöberg, tan guapa y elegante, desbordaba energía y confianza en sí misma. Se notaba que estaba acostumbrada a tratar con ese tipo de situaciones. Su línea editorial no eludía el conflicto y abordaba los temas más polémicos: la guerra de Irak, el cambio climático, la corrupción política, la crisis económica... Ni siquiera parecía nerviosa ni preocupada.

«Y yo casi me echo a llorar por una crítica», se dijo Carla. Se sentía como una niña pequeña a la que regañan injustamente. Cuando era una adolescente siempre había pensado que al hacerse mayor y madurar se convertiría en una mujer fuerte y segura de sí misma. Según pasaban los años tenía la sensación de que eso llegaría más adelante. El problema era que ya tenía treinta y cinco y por dentro se sentía todavía como si tuviera trece. Y allí estaba Elsa, tan sofisticada y tan segura de sí misma. ¡Y encima era más joven que ella! No pudo evitar torcer el gesto.

—No deberías tomarte tan en serio lo que opinen todos

esos —terció su hermano Isaac—. Los periodistas se creen que sus opiniones valen más que las de cualquiera. En realidad solo se escuchan a sí mismos. Creo que fue Forges quien dijo que los periódicos en España se hacen para que los lean los periodistas, luego los banqueros, después para hacer temblar a los políticos y, por último, y en despreciable cantidad, para que los hojee el público.

Carla sonrió sin ganas. La editora la tomó del brazo.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien —dijo queriendo consolarla.

Carla se separó de ella fingiendo que recogía su ordenador. Estaba de mal humor y no entendía por qué. Si todos le decían que lo había hecho tan bien, ¿por qué no se lo acababa de creer? A lo mejor estaba de mal humor porque Elsa, que era más joven que ella, la trataba con condescendencia. La miró de reojo mientras enrollaba el cable del ordenador. Tan guapa, tan rubia y tan elegante. Tan segura de sí misma. Se la veía tan fresca y descansada como si acabara de levantarse. Ella en cambio estaba sudada, le picaban las medias un horror y la presentación la había dejado agotada. Parecía que acababa de salir de un combate de lucha libre.

«Mira que fantasear con dar conferencias por el mundo... ¡y ni siquiera sabes encajar una crítica!»

—Me muero de hambre —dijo su hermano—. ¿Te vienes a cenar con nosotros? —preguntó a Elsa.

—Me encantaría, pero esta noche prometí a mi madre que la llevaría a la ópera. Tengo entradas para el *Parsifal* de

Wagner.

Carla soltó un bufido. ¿Quién llevaba a su madre a la ópera? Ella había planeado pasar la noche viendo algún programa de Telecinco. O mejor aún, vería una película de Disney con Aarón —a su hijo le hubiesen encantado las películas de Disney— y se acostaría temprano. Estaba muerta de cansancio.

—Podemos vernos otro día —propuso la editora a su hermano—. ¿Qué tal mañana?

—Mañana despejaré mi agenda y seré todo tuyo —respondió Isaac. Cuando sonreía, sus ojos se iluminaban con dulzura.

—Genial. Prepárate porque soy muy exigente —dijo la editora devolviéndole la sonrisa. Tenía unos ojos azules, intensos.

—Lo tendré muy en cuenta. Lo resisto todo, menos la tentación.

—Eso espero. En realidad tengo gustos simples... Solo me satisface lo mejor.

Isaac soltó una carcajada. Carla tenía que reconocer que, además de guapa, Elsa era una mujer inteligente que no carecía de sentido del humor. Era capaz de llevarle la réplica a Isaac sin inmutarse. Carla sabía que lo que su hermano apreciaba más en una mujer era el sentido del humor. Como solía decir, «la risa no era un mal comienzo para el amor y estaba lejos de ser un mal final».

Elsa, por su parte, se comía a Isaac con los ojos. Lo cierto es que las mujeres adoraban a su hermano. Isaac era una de

esas personas cuya compañía es muy apreciada en cualquier lugar y circunstancia. No solo porque era un hombre atractivo o por su sentido del humor y su ingenio desbordante. Había algo en la forma en la que sus ojos se detenían en la gente que le hacía ganarse el aprecio de aquellos en los que recaía su mirada. En lugar de mirar, Isaac parecía admirar. Como si sus ojos apreciaran todo aquello que observaban y le diesen un valor incalculable, único. Cuando hablabas con Isaac tenías la impresión de convertirte en el centro del mundo.

Algunos lo llamaban «carisma». Para Carla el atractivo de su hermano se debía a la energía tranquila que parecía desprender. Viéndole, uno tenía la impresión de que Isaac vivía el momento presente con una intensidad real, que gozaba y disfrutaba de cada segundo, que cada instante era para él una oportunidad única que merecía ser apreciada. Los pensamientos de Isaac eran como un río de aguas tranquilas que nunca permanecen quietas, siempre fluyendo, siempre adaptándose al presente y evitando los pensamientos negativos, al igual que la corriente se desliza entre las rocas.

Carla envidiaba la capacidad de su hermano para disfrutar del presente. Era consciente de que su gran problema era, precisamente, su dificultad para dejar atrás el pasado. Carla no podía evitar revivir sus errores una y otra vez. Analizaba lo que había hecho mal. Se empeñaba en encontrar cuál hubiera sido el modo correcto de actuar, aunque sabía que ya era tarde.

La mancha, la terrible mancha estaba allí, un nódulo

oscuro enquistado en su corazón que le pesaba en el alma. Esa mancha se llamaba Aarón, su hijo.

El pasado ya no podía cambiarse. Sabía que era inútil atormentarse. Los problemas nunca se presentaban dos veces del mismo modo, así que de nada servía resolver un problema que ya quedó atrás. Porque los problemas del presente serían diferentes y ella también lo sería, así que el único modo de superarlos con éxito era vivir intensamente el presente, vivir conectada al momento actual.

—Tus pensamientos de antes ya no están. No hay nada que puedas hacer con ellos, como no sea agotarte reviviendo las experiencias que te causaron. Tus pensamientos futuros aún no se han formado, no sabes cuáles serán. Tu pensamiento actual, lo que estás pensando en este mismo momento, es lo único que está totalmente bajo tu control.

Para su psicoterapeuta era fácil decirlo. Pero Carla no podía evitar pensar una y otra vez en lo que jamás debería haber hecho, en cómo y por qué lo hizo. En lo diferentes que podrían haber sido las cosas.

Aarón, su hijo perdido, el dulce Aarón al que cantaba una nana cada noche... Aarón pertenecía a una dimensión aparte, no era real, por más que se empeñara en entrelazarse con sus pensamientos.

Carla, sin quererlo, lo mantenía vivo, y ese era su mayor secreto, un secreto que no revelaba ni a su propio hermano. Aarón estaba presente en cada suceso de su vida. La risa de Aarón, el llanto de Aarón... Aarón había estado llorando en la sala de conferencias mientras acosaban a su mamá con

injustos comentarios. Aarón estaba bebiendo una Coca-Cola junto a ella. Aarón adoraba a su tío Isaac.

Pero Aarón ni siquiera había llegado a nacer. Y su hermano Isaac no podía imaginarse su existencia, ni siquiera su posibilidad.

Cada cosa que Carla vivía la vivía por los dos. Cuando escuchaba una vieja canción, pensaba cómo sonaría a sus oídos. Cuando reponían una película de su niñez, imaginaba cómo la vería él. Cada cosa que para ella resultaba familiar podía ser nueva y excitante para Aarón.

Toda imagen atravesaba dos prismas. Y eso resultaba tan inevitable como agotador.

Hizo un esfuerzo para sacudirse esos pensamientos de la cabeza. La editora ya había recogido sus cosas y se disponía a marcharse.

—Hablamos mañana —dijo dándole dos besos.

Se despidió cariñosamente de Isaac, cogió su bolso de mano y se encaminó hacia la salida. En la sala quedaban apenas una docena de periodistas atareados en sus ordenadores portátiles, probablemente escribiendo allí mismo la crónica de la presentación del libro para enviarla a sus periódicos.

—Vamos, hermanita, ánimo —dijo Isaac dándose cuenta de su turbación—. Parece que acabas de asistir a un funeral. Deberías estar contenta. Mañana todos estarán hablando de ti.

—A lo mejor no me gustará oír lo que digan. —Carla sonrió con desgana.

—Ya sabes que si los que hablan mal de mí supieran lo que opino de ellos, hablarían peor.

Carla esbozó una sonrisa amarga.

—La semana pasada descubrí un restaurante en el centro que te va a gustar —dijo su hermano—. La dueña es muy guapa; se llama igual que la mujer de Bin Laden: Estrella Torres.

—¡Eres un idiota! —rio Carla. Cuando Isaac bromeaba sabía ponerse muy serio.

—Lo soy, pero lo del restaurante va en serio. Te va a encantar la comida. Por cierto, tengo un par de nuevas fotografías para nuestra colección.

Isaac sacó su iPhone del bolsillo de la chaqueta y se lo mostró a Carla. En la pantalla aparecía un grafiti pintado en una pared con una frase que decía así: «En las próximas elecciones, vote a la putas, porque los hijos ya nos han defraudado».

Isaac miraba la fotografía con ojos de niño. Aquella era una pequeña afición con la que su hermano disfrutaba mucho: fotografiar con su teléfono móvil cualquier cosa divertida que encontrase por la calle. Subía todas las capturas a Instagram, una red social de fotografía donde contaba ya con miles de seguidores. Según él, aquello era una especie de archivo de todo lo divertido que uno podía encontrarse simplemente paseando por el mundo.

—Tengo otro par que también te gustarán —dijo. Pasó la imagen con un movimiento del pulgar—. Ayer me tropecé con estas dos mientras hacía unas compras...

En la primera fotografía aparecía un casco de motorista embalado en una caja marcada con la etiqueta «Muy frágil».

—Es para desconfiar, ¿no crees?... Esta es la mejor. Había quedado con una amiga, y bueno...

La siguiente fotografía mostraba una caja de preservativos sobre una estantería. En la caja podía leerse una etiqueta con la advertencia: «manténgase en un lugar fresco y seco».

—Pues el sitio donde yo tenía pensado usarlos es más bien todo lo contrario de fresco y seco. —Isaac la miró con expresión inocente, los ojos claros enmarcados en largas pestañas.

La tensión cedió y Carla sintió que se le aflojaba la risa. Su hermano siguió con las bromas, encadenaba un chiste tras otro. Isaac siempre la hacía reír, podía hacerla reír durante horas. Estar a su lado era como estar en una fiesta permanente. Era tan fácil olvidarse de los problemas. Isaac jamás perdía su sentido del humor, en ninguna circunstancia.

«La vida se compone de dolor y alegría en proporciones iguales —solía decir—; el mundo ya se encarga de proveernos de sobra del primer ingrediente, así que yo tengo que esforzarme en poner la alegría para igualar las cosas.»

A pesar de la trágica muerte de sus padres en un accidente de tráfico, si algo les había sobrado cuando eran niños, gracias a la energía de Isaac, había sido la alegría de vivir. Carla hubiese querido transmitir esa misma alegría de vivir a su hijo Aarón, pero a veces le faltaban las fuerzas. Era como si algo dentro de ella se agotase sin previo aviso,

dejándola totalmente vacía.

Metió su ordenador portátil en su maletín y acabó de recoger sus notas.

—Está bien, vamos —dijo echándose el maletín del ordenador al hombro.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien se había acercado hasta el estrado donde se encontraban. Era un hombre bajo y robusto, aunque no llegaba al extremo de ser gordo. Debía tener alrededor de cincuenta años, estaba calvo y lucía un bigotillo grisáceo. Vestía traje negro sin corbata y llevaba un grueso abrigo de paño doblado sobre un brazo y un maletín de documentos en la mano. Tenía unos ojos pequeños y azules que miraban con interés a Carla tras los cristales de unas gafas sin montura.

—He seguido atentamente su charla —manifestó el desconocido dirigiéndose a ella. Tenía una voz grave ligeramente ronca—. He tenido la oportunidad de leer su libro. Me gustaría hablar con usted.

—Lo siento, el turno de preguntas ya ha acabado —respondió Carla. Lo último que necesitaba era enfrentarse a las preguntas de otro periodista.

—No soy periodista. Soy funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales. Trabajo en la Oficina de Protección del Menor. Mi nombre es Héctor Rojas.

El hombre estiró la mano derecha y Carla se la estrechó con desgana.

—Lo siento, si quiere más información puede hablar con mi editora —dijo Carla—. Le daré su teléfono.

—No. Es usted con quien tengo que hablar. Por favor, le ruego que me dedique unos minutos. Tiene que ayudarme.

—¿Ayudarle? —Carla miró al hombre con mayor detenimiento. En la cabeza calva lucía una mancha de nacimiento, ligeramente más oscura que el resto de la piel, del tamaño de la palma de una mano, de forma irregular y que recordaba a la célebre mancha del presidente ruso Gorbachov—. ¿Qué tipo de ayuda? —preguntó.

—¿Ha oído hablar del secuestro de Irena Aksyonov?

Carla intercambió una mirada con su hermano.

—¿La hija del millonario ruso? —Carla asintió con un movimiento de cabeza—. Sí, claro. Estos días no se habla de otra cosa en las noticias. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Quien la secuestró se mueve en las redes sociales para adolescentes. Usted puede ayudarme a averiguar cómo la hizo desaparecer.

9

ALICIA

Borja Granero estaba que no cabía en sí de la emoción. Hacía una semana había conocido a Aurora, una tía buenísima, a través de Facebook. La tía era de Madrid, pero su familia estaba a punto de mudarse a Almería por motivos de trabajo. Su padre era funcionario o algo así, por eso había estado buscando a estudiantes de su instituto porque sabía que la iban a trasladar allí y quería tener amigos cuanto antes.

Después de conectar con ella y hacerse amigos en Facebook, no tardaron en comenzar los mensajes privados primero y los emails después.

Al principio Aurora le mostraba su miedo a no poder adaptarse a la vida en una ciudad tan pequeña como Almería porque estaba claro que «no se puede comparar con Madrid», y Borja le aseguraba que en Almería se lo podía pasar muy bien «si sabía escoger a sus amigos».

En el segundo email, Aurora comentó que «lo peor del traslado va a ser tener que dejarlo con mi novio porque no puedo estar más de tres días sin tener relaciones sexuales, no sabes lo horrible que es tener una adicción así. Tengo que ocultarlo para no crearme fama de putilla en mi nuevo

instituto».

A Borja se le ponía dura cada vez que leía cosas como aquella y no tardó en decirle que él la encontraba «*súper sexy*», y Aurora respondió que «tú no estás nada mal, pero cuando me conozcas no vas a querer acostarte conmigo».

por qué dices eso?
me gusta tener juegos extraños
y a mí también
me pone a cien vestirme de hombre y que el chico se vista de
mujer

Aurora le envió entonces fotos en las que iba vestida de hombre y le dijo que a ver si él era capaz de enviarle fotos vestido de mujer.

Borja se negó en redondo y Aurora dejó de escribirle.

Borja no podía creerlo: se le iba a escapar la tía más buena que iba a haber en el maldito instituto por una gilipollez. Eso no podía ser.

Dos días después, Borja envió un email con dos fotos en las que aparecía con un vestido de su madre, con cara sensual. Aurora le respondió emocionada que si le enviaba dos o tres «con los labios pintados y con gestos aún más sensuales», le iba a hacer «la mamada más gloriosa que puedas imaginar».

Borja no dudó un instante, sobre todo tras recibir la noticia de que Aurora ya estaba en Almería y que iba a comenzar en su instituto «mañana mismo». Le escribió incluso su horario completo en un email; tenían un profesor

común, a última hora, en la clase de inglés.

Mi niña, qué ganas tengo de tenerte en mis brazos, mañana me conocerás. Estamos juntos en la clase de inglés del señor T., que por cierto es un gilipollas de cuidado. En pocos minutos te mando las fotos.

Volvió a colarse en el dormitorio de sus padres, esta vez no se conformó con un vestido y se cogió sujetadores, bragas, medias...

Y, por supuesto, barra de labios.

Se hizo fotos sobre la cama, con las piernas abiertas, haciendo todo tipo de gestos obscenos, corriéndose el lápiz de labios, lanzando besos a la cámara, siempre imaginando la mamada que le iban a hacer «mañana».

«Mañana» llegó por fin, tras una noche *laaarga* en la que Borja tuvo casi que amarrarse para no masturbarse, de tanta excitación acumulada.

Se levantó, se vistió, se cepilló los dientes, desayunó y se metió en el autobús como un autómatas; una cosa tras otra, rítmicamente, haciendo lo imposible por no pensar, manteniendo la mente en blanco, metiéndole prisa a las manecillas de todos los relojes.

¿Sería capaz de aguantar hasta la última hora del día para conocerla? Seguro que se la encontraba por los pasillos o en la hora de la comida.

Había conseguido (una heroicidad comparable a la de no masturbarse en toda la noche) no decir nada de la situación a los colegas: quería darse el gustazo de que le vieran

ligándose a la chica buenísima nueva «nada más conocerla». Se estaba imaginando la cara de admiración que iba a poner Jairo cuando le viera agarrándole el culo a Aurora. Dios mío, aquello iba a ser legendario. Se hablaría de eso durante años.

Intentando mantener la calma entró en el instituto, caminando entre la multitud y el estruendo de la primera campana, el primer aviso, mirando para todos lados, buscándola.

Mientras los estudiantes empezaban a dispersarse de camino a sus respectivas clases, decidió darse una vuelta rápida por los pasillos por si había suerte. No le preocupaba llegar tarde a la clase: la de informática siempre llegaba tarde con su pestilente café en la mano.

Había sido tan idiota. Podría haberse fijado en qué clase tenía Aurora a primera hora del día.

No hubo suerte: los pasillos se acabaron quedando desiertos y se dirigió, finalmente, al aula de informática.

No le vio ningún administrador y no se metió en problemas. En su mente, solo cuatro palabras: «Hoy me la chupan».

Cuando cruzó el umbral de la clase de informática ocurrió algo extrañísimo. Todos los estudiantes, sentados ya frente a sus ordenadores, soltaron una especie de grito asombrado al verle.

Luego empezaron las risitas nerviosas.

«¿Qué coño estaba pasando?», pensó mientras dejaba caer su mochila y se sentaba frente a su ordenador.

Ahí estaba la respuesta, frente a sus ojos: una página web

que se llamaba «Borja Granero Fuera del Armario», nutrida de interesantes citas y, por supuesto, sensuales fotografías.

Cuando Borja se cayó de la silla horrorizado, las risas de sus compañeros se podían escuchar desde el patio.

Borja no advirtió que Alicia Roca, tres filas atrás, era la única estudiante que, además de reprimir las risas, no podía disimular una satisfacción más profunda ante la situación.

Aunque se moría de las ganas, Alicia no pudo compartir lo que había hecho con ninguno de sus compañeros de clase. Ni siquiera se lo había dicho a su amiga Julia, por si las cosas se torcían. Pero ahora que todo había salido bien estaba deseando contarle a su amiga la cara que había puesto el imbécil de Borja cuando vio colgadas en internet sus fotos de travestido. Se había llevado su merecido. Alicia estaba superorgullosa de lo que había hecho, aunque no pudiera colgarse el mérito ante nadie. Bueno, sí, ante su amiga Julia.

Alicia se encontraba en su habitación tumbada sobre la cama, con el ordenador portátil abierto frente a ella y los auriculares conectados escuchando música. Julia no estaba conectada.

Le envió un texto a través de Whatsapp.

Conéctate tía

Julia no se conectaba. Y aquello no lo quería poner por escrito en un email.

En los pequeños altavoces incrustados en sus oídos estaba sonando una canción de David Bowie, su cantante favorito. La canción era *Space Oddity*, una *Odisea espacial*. La letra de la canción iba de una conversación entre un astronauta y el control de Tierra. Algo falla y el astronauta acaba perdido en mitad del espacio. En el control de Tierra todos saben ya que la nave no va a regresar, que el astronauta está condenado, pero nadie se atreve a decírselo. Alicia imaginaba a aquel pobre astronauta perdido en el espacio, admirando las estrellas sin saber que iba a morir. Era tan triste y tan maravilloso a la vez.

Cada vez que escuchaba una de las estrofas se estremecía de la emoción:

*Y creo que mi nave espacial sabe hacia dónde ir.
Díganle a mi esposa que la amo mucho, ella lo sabe.*

Le daban ganas de ponerse a llorar.

Ojalá alguien le dijese a ella alguna vez que la amaba mucho por lo menos con la mitad de emoción con la que el astronauta de la canción se lo decía a su esposa. La mujer del astronauta tenía mucha suerte. El pensamiento de su esposo, mientras flotaba en mitad del espacio rodeado de maravillas, era para ella y nadie más.

Alicia se moría por la música. No era por presumir, pero tenía una bonita voz, buen oído y facilidad para componer

melodías.

La verdad es que la voz era la única parte de su cuerpo de la que podía presumir, ¡y ni siquiera era una parte de su cuerpo! Del resto no le gustaban sus muslos ni sus caderas. Digámoslo claramente: estaba gorda. Siempre había sido «la chica gordita», y eso le reventaba.

De lo que estaba orgullosísima era de su voz. Sabía tocar la guitarra y se volvía loca por la música. Podría pasarse la vida tocando la guitarra. Los sonidos que la embelesaban siempre sonaban a inglés, a consonantes que chocan entre sí como chasquidos eléctricos, el sonido de la *z* inglesa, que zumbaba como una mosca y le daba mágicos matices a las palabras, la suavidad de la *h* que acariciaba sus oídos sin llegar a tocarlos.

Si pudiese utilizar la voz para el sexo, estaba segura de que le saldría mejor que a cualquiera de sus compañeras de clase. En una ocasión contactó con un chico en un chat de amistad. El chico era realmente interesante: le gustaba David Bowie y P. J. Harvey, y hasta tocaba la guitarra y no cantaba mal. Después de unos intercambios de mensajes y unas cuantas conversaciones en el chat, el chico le pidió lo que Alicia más temía: que hablasen por la webcam. Alicia accedió, pero desconectó la cámara fingiendo que estaba rota.

Cuando el chico escuchó su voz quedó impresionado.

Debes estar buenísima. ¡Dios mío, tu voz me pone a cien!

Después de aquello Alicia no volvió a contactar con él.

Aquel chico había sido lo más parecido a un novio que había tenido y ni siquiera había dejado que le viese la cara. Era muy deprimente.

Julia seguía sin conectarse. Sin saber qué más hacer, se metió en Google y le dio a la sección de noticias. La noticia del día seguía siendo el tema de Irena Aksyonov, la joven millonaria desaparecida en Marbella.

En la web había una fotografía de la chica. Era guapísima, alta, rubia y delgada, con unos ojos preciosos. El padre era una especie de empresario ruso o algo parecido y vivían en una casa lujosísima en Marbella con las mejores medidas de seguridad posibles, y a pesar de todo se las habían arreglado para meterse en la casa y llevarse a la pobre chica sin que nadie pudiese evitarlo.

—Pobre —pensó avergonzándose de sus propios problemas.

Lo que al parecer volvía locos a los policías era que los secuestradores no habían dejado ni una sola pista. No había rastro de que hubiesen forzado las puertas ni nada de eso. La mansión tenía guardias y cámaras y todas esas medidas de seguridad de millonarios, y aun así la chica había desaparecido. Como por arte de magia.

De lo que no había ninguna duda era de que a Irena Aksyonov le había ocurrido algo malo. Habían encontrado sangre en su habitación y también en el jardín.

La investigación se había desviado precisamente hacia el propio padre, que parecía ser ahora el principal sospechoso.

Alicia recordaba haber visto al padre hablando en televisión completamente sobrecogido por el dolor. Era un tío con un aspecto durísimo, parecía de hierro, y sin embargo no podía contener las lágrimas ante la desaparición de su hija. El tío tenía que ser falsísimo.

Alicia pensó en su propio padre, que había dejado tirada a su madre con dos hijos, uno de ellos con una grave enfermedad. El espíritu humano está podrido.

Se había puesto a llover. Las gotas de agua repiqueteaban en el cristal de la ventana y el ulular del viento contra las paredes producía la impresión de que aquella vieja casa entera se desplazaba hacia algún lugar. Alicia fantaseó con la idea de que su habitación estaba desconectada del mundo. Su habitación era una cápsula espacial que avanzaba a la deriva, adentrándose en la oscuridad del espacio exterior. Miró a su alrededor, como si quisiera escanear las paredes de su cuarto, sus pósteres de grupos musicales, intentando confirmar que su habitación estaba desconectada del resto de la casa, que su vida estaba desconectada de la vida de su madre, y le vino a la mente Irena Aksyonov secuestrada en un cuarto oscuro, sin ventanas, deseando volver a conectarse con su familia, con su vida de antes de lujo y riqueza, la vida que Alicia deseaba tener. ¡Qué injusto era todo!

Recibió un mensaje en el móvil por Whatsapp. ¡Era Julia!

Alicia escribió emocionada. Por fin podía contarle cómo había ayudado a Nelson y lo que había pasado con el idiota de Borja.

Alicia: por fin te conectas tía

Julia: Alicia! ALICIA ALICIA

Alicia: xq gritas??

Julia: TIA, TENGO NOTICIAS

Alicia: ¿?

Cuando Julia escribió la siguiente línea, Alicia sintió que el mundo se le venía encima.

Julia: Tengo NOVIO!!!

Alicia se quedó muda con la vista clavada en esas dos palabras seguidas de tres signos de admiración. En solo dos segundos fue capaz de procesar una serie de pensamientos humillantes. Deseó ser Irena Aksyonov, deseó que la hubiesen secuestrado, desaparecer, y se lamentó de que, posiblemente, solo podría tener relaciones sexuales si la violaban. Se horrorizó y se despreció, pero sobre todo supo que tenía que responder al comentario de Julia, inmediatamente.

Alicia: Tía, qué alegría!

(Julia está escribiendo...)

Fue entonces cuando se le encendió una pequeña luz de esperanza: tal vez Julia estaba bromeando.

(Julia está escribiendo...)

Eso era, seguro, todo quedaría claro en la próxima frase, la frase que le estaba escribiendo en ese momento.

Julia: Es un tío buenísimo!!! Lo conocí el fin de semana en

una fiesta en casa de una amiga. ¡Estoy súper feliz!

Alicia sintió como un aldabonazo en el alma. No quedaba esperanza. Solo tenía una amiga, y, aunque cada vez se veían menos, aunque era como tener media amiga, incluso eso lo iba a perder. Cuando Julia tuviese novio se olvidaría de ella, de la triste y gorda amiga de infancia a la que nadie amaría jamás.

Alicia: Eso es genial!!! Cuéntamelo todo!!!

Afortunadamente, Julia no podía verle la cara mientras escribía aquello. No era genial, ni quería que le contase nada de nada. Solo quería llorar y desaparecer, salir de aquel estúpido cuerpo.

Julia: Y ya nos hemos acostado!!! —continuó su amiga.

Alicia: Oooh, no me lo puedo creer!!!

Julia: Pues créetelo, y fue maravilloso!!! Me voy a acordar toda la vida. Fue como un sueño hecho realidad!!! yiuuuuuu

La línea de mensajes se llenó de corazones y Alicia llenó su mensaje de caras sonrientes mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Alicia, que no podía soportar la hipocresía, estaba siendo la persona más hipócrita del universo.

En internet era muy fácil pretender ser algo que no eres.

Y no es que no se alegrase por su amiga. Lo que provocó que tuviese ganas de morirse era la sensación de que se

estaba perdiendo algo irrecuperable, que la vida era como un tren que pasaba muy despacio ante sus ojos mientras ella era incapaz de dar un paso para subirse en marcha, ni siquiera al último vagón de cola.

Cuando Julia se puso a contar todos los detalles de cómo había hecho el amor por primera vez, Alicia fingió que se quedaba sin batería y apagó el teléfono. Aquello era más de lo que podía soportar.

Se dejó caer en la cama con la cabeza hundida en la almohada.

«Soy una persona horrible. Debería estar contenta por mi amiga.»

Tenía que admitirlo: tener una amiga en su misma situación, sin novio, le hacía sentirse bien, por horrible que aquello sonara, por inadmisible que aquello fuera.

«Yo no tengo novio, pero Julia tampoco», era un triste consuelo con el que ya no contaba.

¿Por qué se iba a enamorar alguien de Alicia Roca?
¿Había algo en su interior que mereciese la pena?

¿Qué tipo de persona era en realidad?

Tumbada sobre su cama, con los ecos de los gritos de la última crisis de su hermano aún atrapados en las paredes, en los pósteres de grupos musicales como Silversun Pickups o Grizzly Bear, de David Bowie o de su diosa particular, P. J. Harvey, Alicia intentaba verse a sí misma, encontrar algo bueno.

¿Qué define mejor a una persona? ¿Son sus acciones, lo que piensan sus amigos, su entorno, sus gustos, sus objetos,

su ordenador, su sexualidad?

¿Las miles de canciones ilegales que guardaba en su portátil?

¿Qué palabras tendría que introducir en Google para que el resultado de la búsqueda fuese Alicia Roca?

Adolescente, pobre, hermano enfermo, padre desaparecido, sobrepeso, ¿bisexual?

Por no saber, no sabía siquiera si prefería a los hombres o a las mujeres.

¿Qué pensarían de ella sus compañeros de clase? Se vio a sí misma a través de los ojos de los demás como esa chica rara vestida de negro, acomplejada y gordita que casi no hablaba con nadie. Esa no era ella. No se identificaba con esa imagen, no era así como se veía a sí misma en su interior. En su interior estaba llena de poesía, de música, de emociones y de cosas bonitas...

Jo, estaba la mar de deprimida. Se incorporó y agarró su guitarra. En la ventana, en la penumbra del exterior, se adivinaba la montaña de neumáticos apilados en la puerta de su casa, aquel monstruo de goma negra. Era por esa montaña de neumáticos por lo que todos los niños del vecindario conocían su casa como la Casa de las Ruedas. Más allá la vista se perdía entre plásticos de invernaderos y descampados polvorientos.

¿Por qué habían tenido que dejar el piso de Almería? Cómo odiaba aquella casa perdida en mitad de la nada, ribeteada por invernaderos abandonados y almacenes de chatarra, de locales sin techo delimitados por láminas

metálicas oxidadas, unas azules, otras grises, que parecían estar mal clavadas en el suelo polvoriento.

Con la mirada aún empañada por las lágrimas empezó a tocar suavemente la guitarra. Lo que nadie podía negarle era su voz. Era grave y profunda, potente y llena de matices, y podía moldearla a su antojo, reverberando con los acordes de guitarra, creando melodías que jugaban con las palabras.

Tocaba lo más suavemente posible para no despertar a su madre ni a su hermano pequeño, no en balde eran más de la una de la mañana.

Menuda putada es pasarse el día muerta de sueño y cuando llega la noche no ser capaz de pegar ojo. Sus manos se movían instintivamente, marcando un acorde tras otro, dejándose llevar por la melodía apagada, sin una idea de cuál sería el acorde que vendría a continuación, pero sin perder nunca el ritmo.

Mientras la lluvia golpeaba el cristal de la ventana, intentó recuperar la idea de que su habitación estaba desconectada del mundo, su habitación era una cápsula espacial que avanzaba a la deriva, adentrándose en la oscuridad del espacio exterior, dando vueltas y vueltas alrededor de la Tierra, alejándose en lugar de caer, en órbitas cada vez más amplias, hasta que tardase años en completar una vuelta.

Con esa idea en mente consiguió encadenar dos parejas de acordes que sonaban bien y una melodía vocal surgió en su mente como enviada desde el espacio.

Oh, mi mundo está cayendo en el olvido

Era algo muy simple, muy bonito, muy enigmático y absolutamente cíclico, «como una lavadora estelar». La música brotó de sus dedos y una melodía improvisada de su garganta:

*Invento mi mundo porque me dijeron que escalara
Me dieron cuerdas, agua y todo lo necesario
Pero no encontraba las montañas
También querían que bailara sin música y nadara sin agua
Tal como hacen ellos, tal como hacen todos
Como payasos, como zombis girando en curvas imaginarias
Cruzando a nado lagos secos y desiertos
Volando sin aire
Viendo luz en la oscura noche y poemas en hojas blancas
Por eso invento mi mundo*

¡Guau! Eso sonaba muy bien. En la página web de la revista musical *Q* había visto un anuncio de un concurso de talentos. Podría enviar aquella canción. Se metió en internet y buscó el anuncio. Había que enviar tres canciones originales. Un jurado seleccionaría al mejor artista y el ganador lograba un contrato discográfico para grabar y promocionar un disco. Jo, ganar ese concurso sería como un sueño hecho realidad.

Pero sería imposible grabar canciones con su viejo portátil, que se quedaba colgado cada dos por tres. Para colmo, tocaba solo las cinco cuerdas de arriba de la guitarra, la primera se le había partido y no tenía de recambio.

Le tenía cariño a su guitarra, el mismo cariño que le

tienes a una mascota que está a punto de morir.

Si no grababa aquella melodía de alguna manera, caería en el olvido, tal como rezaba la letra que acababa de imaginarse.

Putita pobreza, pensó, si tuviera su propio dinero se compraría una guitarra en condiciones, un portátil Mac con Garageband.

Le parecía tan injusto que algunos de sus compañeros de clase tuvieran Mac en casa, sin saber siquiera que con Garageband tenían todo un completísimo estudio de grabación dentro de su propio ordenador.

Decidió que de todos modos ensayaría unos días y grabaría tres o cuatro de sus canciones usando el micrófono interno del portátil. Luego intentaría mejorar el sonido de alguna manera. Tenía que ganar aquel concurso. Tenía que cambiar su vida. Por lo menos tenía que intentarlo.

Putita miseria.

De nada valía lamentarse, así que dejó la triste guitarra sobre la cama y abrió el deprimente portátil.

La visión de desconocidos haciéndose todo tipo de guarrerías le solía producir un efecto a medio camino entre la fascinación y el horror, excitación y rechazo, o sea que decidió meterse en páginas pornográficas gratuitas.

Había en la pornografía un elemento de violencia, de desprecio tal vez, que no lograba conciliar con su idea del sexo.

Estaba claro, el amor era una cosa y el sexo otra muy diferente.

¿Cómo le haría el amor a ella el David Bowie de sus pósteres?

Sería dulce y sensual, como un alienígena, besaría sus pechos, atraparía su lengua mientras le echaba el pelo hacia atrás y le acariciaba las orejas.

¿Y cómo le haría el amor el señor T., el profesor de español? Aunque era un tío bueno, la idea de estar entre sus brazos no le produjo ningún sentimiento especial. Y eso era extraño.

Fue entonces cuando se le ocurrió, por vez primera, ver los vídeos de lesbianas.

No lo había hecho hasta entonces por el asco que el tema levantaba en sus compañeras de clase.

Preparada y mentalizada para horrorizarse en cuanto viera las primeras escenas del primer vídeo, hizo clic en el enlace de la sección de lesbianas. Eligió un vídeo al azar.

«Porno gay —pensó—. Supongo que, siguiendo la lógica de Nelson, estar haciendo esto me convierte oficialmente en bisexual.»

El título del clip era: *Se cierra una puerta para que se abra otra.*

—Joder, qué literario...

Dos mujeres, una de unos treinta años y otra de unos veinte están hablando, vestidas, sentadas en una cama.

Alicia tenía el volumen del ordenador bajado para que su madre no escuchara gemidos ni cosas raras, pero decidió ponerse los auriculares ante el entusiasmo que mostraban las dos mujeres en su conversación, sin hacer ningún tipo de

gestos sensuales.

Empezó a escuchar la conversación en este punto:

Mujer de 30: ¿No es esa la manera en la que debería trabajarse desde las posiciones de poder, trabajando duro para que los ciudadanos dieran lo mejor de sí mismos?

Mujer de 20: Sin duda es en la realización personal donde se halla la verdadera felicidad del individuo, lo demás son zarandajas.

Mujer de 30: Y siguiendo con ese punto, si nos animáramos a intervenir nosotras en asuntos de política, por ejemplo en temas urbanísticos, ¿no deberíamos asegurarnos primero de que teníamos las habilidades y aptitudes necesarias para realizar tales labores de la mejor manera posible?

Mujer de 20: Sin duda alguna, querida. —Le lleva una mano a una teta—. Me admiran tu sabiduría y tus buenas razones.

«¿Qué mierda es esto?», pensó Alicia, y se fijó en la marca de agua que seguramente se refería a la página original.

«Porno Link SL.»

Se metió en Google y solo encontró una pequeña entrada en *Wikipedia*: «Porno Link SL: Distribuidora pornográfica operativa a principios de los 2000 que se caracterizaba por los guiones con contenido filosófico que mantenían los actores antes de iniciar las relaciones sexuales ante la cámara.»

«Dios, qué interesante», pensó.

Entonces su hermano gritó desde la otra habitación y todo ese mundo pornográfico-filosófico, con todas las ideas asociadas a tan extraño concepto, se disiparon como el humo

en la mente de Alicia.

Escuchó los pasos cansados de su madre. Los gritos de su hermano cada vez eran más fuertes, con más urgencia. Los gritos de su hermano pequeño enfermo eran como pegamento que la mantenían atada a aquella vida, a aquella realidad.

Se dejó caer en la cama. No se iba a dar por vencida. No iba a renunciar a sus sueños. Empezaría una nueva dieta y esta vez no se rendiría. Grabaría sus canciones como fuese y las enviaría al concurso de talentos. Se haría famosa. Alguien se enamoraría de ella.

Iba a cambiar su vida y el cambio empezaba aquí y ahora.

Sí, claro. Lo mismo se decía cada noche, antes de quedarse dormida. El problema era que al día siguiente todo volvía a ser como siempre, una vez más.

Su hermano seguía gritando. Alicia se tapó la cabeza con la almohada. «Por favor, que no tengamos que acabar en el hospital una noche más.»

«No. Esta vez voy en serio. Esta vez mi vida va a cambiar», no paraba de repetirse una y otra vez mientras corría hacia la habitación de su hermano pequeño.

Un tornado que te atrapa de repente, te eleva por los aires, te zarandea, te pone cabeza abajo y, cuando quieres acordar, acabas en un lugar extraño a kilómetros de donde estabas, exhausto y medio muerto: así irrumpió Erica Dueñas

en la vida de Alicia.

Erica, la «chica nueva», entró en escena con todo el misterio y fascinación que acompañan siempre a esos estudiantes que llegan cuando nadie se lo espera, añadidos a su maquillaje púrpura, sus pendientes en la nariz y en los labios (en las orejas ni uno solo) y sus movimientos de gata.

Verla por primera vez mientras entraba tarde en la clase de arte, pidiendo perdón al profesor entornando los ojos con cierta burla sutil y disimulada, fue un impacto tremendo para Alicia. Era enigmática, suave, dulce, misteriosa.

Erica se deslizaba entre los bustos de cerámica mirando los lienzos y la decoración de las paredes con altivez como si ella fuese la única obra de arte que había en la habitación. Los objetos, al menos, recibían alguna atención de su parte; los estudiantes parecían no existir para ella, a pesar de que todos la estaban mirando.

Se plantó finalmente en mitad de la clase, donde los distintos focos de luz que el profesor de arte tenía estratégicamente colocados confluían de manera que Erica parecía no tener sombras, como un ángel que flota sobre un lago en el centro del paraíso. Su torso parecía elástico bajo aquel jersey negro ajustado.

Erica paseó la mirada entre sus compañeros como buscando algo, hasta que Alicia sintió que sus ojos se detenían en ella.

Alicia tragó saliva. Sus pupilas se dilataron.

Erica volvió a sortear aquellos insignificantes lienzos, se aproximó hasta la mesa de trabajo en la que se encontraba

Alicia y se sentó a su lado.

Alicia sentía que el corazón se le quería salir del pecho. Aspiró un perfume fuerte, sus fosas nasales se inundaron de algo ácido y dulce a un tiempo. Erica llevaba una minifalda muy apretada que apenas cubría el arranque de los muslos, medias transparentes y unos botines de piel teñidos de color púrpura.

—Ese tío es marica —dijo a Alicia en voz baja después de abrir el libro de arte sobre el pupitre.

—¿Te refieres al profesor? ¿Cómo lo sabes?

—Cuando he entrado en clase ni siquiera me ha mirado las piernas. Todos los tíos se vuelven locos con mis piernas. ¿A ti qué te parecen?

Erica elevó la pantorrilla de la pierna izquierda cruzada sobre la derecha. Estiró la mano y se pasó la yema de los dedos con suavidad, desde el empeine del pie hasta los muslos.

Alicia se ruborizó al ver cómo la miraba Erica.

—Tienes unos ojos muy bonitos, ¿sabes? —espetó Erica—. No deberías taparlos con el pelo.

Le apartó el flequillo. Alicia se estremeció con el roce de sus dedos en las mejillas. Miró a su alrededor: nadie las miraba. El profesor estaba explicando algo acerca de retablos medievales y campesinos atemorizados por la religión católica. Jesica, sentada frente a ellas, masticaba chicle y leía una revista de moda. Algunos alumnos escuchaban al profesor. Otros dormían recostados en las mesas o escuchaban música con la mirada perdida en el techo.

—¿Quieres venir a mi casa al acabar las clases? — preguntó Erica—. Tengo maría.

Alicia aceptó como quien acepta compartir un cigarrillo, con la mayor indiferencia que supo mostrar.

Se pasó el resto de las clases en un estado de ansiedad que no había sentido hasta entonces, mirando los relojes de cada clase como si quisiera acelerarlos con la vista.

La clase de inglés del señor T., la última de cada día, terminó por fin y Alicia se apresuró a salir a los pasillos para llamar a su madre. Le dijo que iba a trabajar en un proyecto de clase con una compañera, que llegaría a casa «unas dos horas más tarde que de costumbre». Acto seguido, se subió al coche de Erica. ¡Erica tenía coche! Un Mini Coupé pequeño, precioso, de color púrpura.

De camino a su casa, mientras hacía rugir el motor, Erica le contó que acababa de cumplir los dieciocho y que aquel era su regalo de cumpleaños.

Increíble.

Erica condujo con dirección sur desde La Cañada hasta toparse con la Universidad de Almería. Cogió la carretera que bordeaba la costa, pasándose de sobra la velocidad máxima, con el mar a ambos lados; a la izquierda el Mediterráneo, agitado, víctima del viento, enfadado pero bellísimo; a la derecha un mar de plástico de invernaderos grisáceo-amarillentos, mucho menos estimulante, que parecía extenderse hasta las montañas difusas que recortaban la línea del horizonte. Alicia pensó que, estéticamente hablando, Dios superaba con mucho a los hombres y que era la mar de

raro eso de no creer en Dios pero sí en su sentido estético.

Erica conducía con su brazo interminable estirado, la mano izquierda relajada, apoyada sobre el volante, mientras mantenía la derecha sobre el cambio de marchas.

Erica era guay hasta en su manera conducir.

Ninguna de las dos decía una palabra. Erica llevaba la ventanilla bajada y se podía escuchar el motor y el sonido de las olas grises. Alicia estaba embelesada con el perfil a contraluz de Erica, con su nariz recta y levemente respingona, sus labios carnosos.

Llegaron a Nueva Almería, una de las urbanizaciones más lujosas de la ciudad. Alicia no podía dejar de avergonzarse al comparar mentalmente su casa, la tristemente famosa Casa de las Ruedas, con aquellos chalets tan bonitos, algunos adosados, otros independientes, la gran mayoría con su pequeño jardín.

El de Erica no parecía llevar construido ni cinco minutos; de dos plantas y un ático. Alicia imaginó qué pensarían los padres de Erica cuando la vieran. La mirarían de arriba abajo, juzgando sus ropas baratas de color negro y su exceso de peso.

Para su alivio, Erica le explicó que sus padres eran médicos y que no llegarían hasta bien entrada la noche. Cruzaron un portón de entrada y Erica detuvo el coche junto a la puerta del garaje. Era una casa preciosa, con un jardín muy cuidado, una piscina cubierta e incluso un invernadero de cristal. Erica debió de darse cuenta de la cara de sorpresa que ponía Alicia.

—Cuando tenga mi propia casa va a ser entera de color púrpura, pienso pintar hasta el césped.

El interior de la casa era como una revista de decoración de interiores. Muebles de diseño, alfombras a juego, enormes sofás de piel, cuadros y esculturas con pinta de ser muy caros, una gigantesca televisión de alta definición.

Erica se dejó caer en uno de los sillones, rebuscó en su mochila y sacó una cajita de madera.

—Ponte cómoda —le dijo mientras sacaba un porro y lo encendía. Dio dos caladas profundas y se dejó caer hacia atrás, con los pies sobre la mesita de té. Alargó el brazo ofreciendo el porro.

Alicia lo cogió y dio una calada temerosa, esforzándose en no toser. ¡Jo! ¡Qué nerviosa estaba! Sintió que algo se le removía en el estómago y después un agradable mareo.

—Un día le voy a meter fuego a esta casa —soltó Erica ante el desconcierto de su invitada.

Erica se puso en pie de un salto y fue hasta un reproductor de música con pinta de nave espacial que había junto a la chimenea. Lo encendió y giró la rueda del volumen al máximo. Dos altavoces tan altos como ella comenzaron a rugir con un ritmo atronador.

—¿Te gusta Lady Gaga? —gritó Erica para hacerse oír por encima de la música—. ¡Es mi diosa!

Con la música a tope se puso a bailar como movimientos provocativos, poses exageradas y sexis. Se acercó a Alicia, la agarró de las manos, tiró de ella y se pusieron a bailar sobre la alfombra, danzando cada vez de forma más loca mientras

se pasaban el porro y reían. Daban saltos y no paraban de reír. Alicia se olvidó de sus caderas anchas y de sus muslos gruesos. Se sentía ligera, como flotando sobre la música, como si la música la empujase hacia arriba.

«¿Dónde te habías metido hasta ahora, Erica?»

—¡Vamos a mi habitación! ¡Necesito amor! —gritó Erica.

Agarró a Alicia de la mano y tiró de ella escaleras arriba. Erica tenía una habitación enorme, con las paredes pintadas de púrpura y una gran cama en forma de corazón. Estaba claro que Erica, igual que ella, quería establecer una separación entre su habitación y el resto de su casa, el resto del mundo. La diferencia es que Erica lo había conseguido.

Erica se quitó los botines y se tiró encima de la cama de un salto. Alicia se tumbó a su lado boca arriba. La música retumbaba desde el piso inferior haciendo vibrar el suelo. Erica encendió otro porro. Durante unos instantes fumaron en silencio, mirando el techo con los ojos entrecerrados, soñadores. El humo flotó sobre ellas, serpenteando y enroscándose sobre sí mismo como un ser vivo.

—¿Tus padres no van a notar el olor? —preguntó Alicia.

—Mis padres están tan metidos en lo suyo que no se enteran de nada. Casi nunca les veo. Si me preguntan por el olor les digo que he encendido incienso. Y si no se lo creen... ¡que les jodan! —Soltó una risita descontrolada—. Mis padres son unos capullos.

—¿Cómo puedes decir eso de tus padres? ¡Mira todas las cosas que tienes! —replicó Alicia, que enseguida se

arrepintió por el comentario.

—Yayayayaya... mis padres tienen pasta, vale. Mira esa tía, la rusa que han secuestrado: sus padres sí que tienen pasta.

—Se llama Irena... Bueno, esa es millonaria, claro.

—Sí, la tía rusa esa... ¿de qué les ha servido el dinero? La han secuestrado igual. Ahora dicen que ha sido el padre el que la ha matado. Gilipolleces. Seguro que se ha secuestrado ella sola, harta de que la estén jodiendo todo el día, seguro que está escondida por ahí, en una casa de okupas y se pasa el día follando y fumando porros. ¡Cómo la envidio!

Alicia no sabía qué responder. Era fascinante que Erica envidiase a Irena Aksyonov, era fascinante que tuviese su propio coche. Era igual de fascinante que dijera que iba a quemar su propia casa. Era fascinante que tuviera un puñetero MacBook Pro en el escritorio de su habitación.

La música de Lady Gaga seguía atronando desde el salón de la primera planta.

Sin venir a cuento, Erica soltó una carcajada y reanudó la conversación.

—Mis padres son un asco. ¿Cómo son los tuyos?

—Mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía once años, poco después de que naciera mi hermano. Desde entonces no he vuelto a verlo; tampoco es que pasara mucho tiempo conmigo cuando vivía con nosotros, se pasaba el día fuera. Cuando se largó, mi madre quemó todas sus fotos y ya no me acuerdo ni de qué cara tenía.

—Ojalá mis padres se divorciasen. Seguro que entonces

me dejarían tranquila. Seguro que tu madre no está todo el día metiéndose en tu vida como la mía.

—Mi madre... me deja en paz, y eso es lo mejor que puedo decir de ella. Está muy ocupada con mi hermano pequeño. El pobrecito está muy enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene parálisis cerebral. —Alicia tragó saliva.

—¡Joder! Eso es muy grave, ¿no?

—Mucho, es de nacimiento. No se puede mover. Tampoco habla. Se pone a gritar sin control de noche. Creo que por eso mi padre nos ha abandonado, el muy cobarde de mierda. Mi padre se ha ido y mi madre se lio a beber por lo mismo. Ella no quiere reconocerlo, pero creo que tiene problemas de alcoholismo.

—¿Ves lo que te digo? Los padres son un asco. ¡Todos, sin una puta excepción! En cuanto pueda me largo de casa. ¿Sabes que en internet un tío me ofreció mil euros por acostarme con él? ¡Imagínate! ¡Mil euros por un polvo! ¡Si sabes utilizar bien tu cuerpo puedes tener todo lo que quieras!

—¿Te acostarías con alguien por dinero?

—¡Claro! ¿Qué hay de malo en el sexo? Tú no serás una estrecha o algo así, ¿eh?

—No, no, claro que no...

—¿Cómo fue tu primera vez?

—Bueno... pues... normal —contestó atropelladamente, mordiéndose el labio inferior.

Erica ni siquiera la estaba mirando. Un tren se le

escapaba a Alicia, tenía que decir algo inmediatamente, pero no podía decir nada sobre su primera vez porque no la había tenido jamás y se moría de vergüenza si tenía que reconocer que nunca se había acostado con nadie.

—¿Cómo fue la tuya? —preguntó para salir del paso.

Erica tenía la vista clavada en uno de sus pósteres. Echó una bocanada de humo.

—Total. Yo tenía catorce, me lo hice con un compañero de clase. Follamos aquí mismo, bueno en esta misma cama quiero decir, pero en la casa de Madrid, antes de la mudanza. Yo estaba ciega de yerba, muy mareada, intenté que no se notara que era mi primera vez. Al final el sexo es como un deporte complicado. —Erica flexionó las piernas llevándose las rodillas al pecho, después las volvió a estirar. La falda se le arrugó hasta la cintura, dejando al descubierto las bragas que eran, cómo no, de color púrpura—. Te hace falta coordinación muscular, hay que practicar mucho para hacerlo bien. La primera vez no lo hice nada bien, pero no hay que avergonzarse. Tampoco pasa nada si al principio no estás a la altura, es solo cuestión de práctica.

Erica se incorporó y se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas bajo los glúteos. Alicia se incorporó con dificultad. Estaba muy mareada por la yerba.

—¿Y tú, cómo te lo hiciste la primera vez? —insistió Erica.

—Pues... me ocurrió más o menos como a ti —mintió Alicia enrojando. Era incapaz de confesar que nunca lo había hecho.

—¿Sabes que me gustan mucho tus ojos? —dijo Erica. Le apartó el flequillo de la cara y le acarició las mejillas—. Tus ojos dicen algo, aunque hay que adivinarlo.

Entonces Erica atrapó su cara con ambas manos y se la llevó a la suya. Los labios de Erica tocaron los de Alicia y pareció que la arrastraba un remolino. Alicia sintió la lengua de Erica en el interior de su boca buscando la suya con avidez. La cabeza le daba vueltas y se sentía como si estuviera cayendo y cayendo. Sintió mucho calor y a la vez un escalofrío. Recuperó brevemente el sentido y se dio cuenta de que Erica le había quitado la camiseta y le estaba acariciando los pechos. Erica buscaba sus pezones con los labios y su lengua los lamió suavemente. Alicia arqueó la espalda y estuvo a punto de gritar por lo maravilloso de aquella sensación.

Erica le bajó los pantalones y las bragas. Alicia se resistió unos segundos a abrir las piernas, aunque acabó cediendo ante los avances de Erica.

Cuando Erica llevaba segundos besándola en sus partes íntimas, Alicia decidió dejarse llevar por completo, dejarse llevar hasta donde aquello tuviera que llegar.

No tardaría en arrepentirse.

Erica se incorporó sobre la cama y sacó de la nada un pene de plástico de color negro, enorme. Lo agitó con aire circense, como si fuese una varita mágica, y lo llevó hacia el sexo de Alicia con determinación. Alicia cerró las piernas y se incorporó violentamente.

—¡No!

10

CARLA

Carla y su hermano Isaac ocuparon una mesa en la cafetería del hotel acompañados por el hombre que les había abordado tras la presentación del libro.

Mientras se acomodaban, Carla estudió con disimulo al desconocido. Era un hombre de mediana edad, de apariencia afable y complexión robusta, aunque no llegaba al extremo de ser gordo. Debía tener alrededor de cincuenta años. Estaba calvo y lucía un bigotillo grisáceo. Llevaba gafas que le resbalaban por la nariz de modo que miraba todo el tiempo por encima de ellas. Carla se fijó en que tenía una especie de mancha de nacimiento en la calva, en la parte superior izquierda de la cabeza. Era una mancha grande, del tamaño de la palma de una mano, con una forma intrincada y simétrica, semejante a una de esas manchas que utilizan los psiquiatras en los test de personalidad. Su psicoterapeuta le había hecho uno de esos test en una ocasión, en una de las primeras visitas, pero nunca le había comentado los resultados. Carla había hecho después el test en internet por su cuenta y le había salido que era gay con ansiedad de castración y fijación vulvar... Se juró que nunca más haría un

test por internet.

Si no recordaba mal algunas de las interpretaciones que había leído, la mancha de aquel hombre parecía una mariposa (¿hostilidad?), o un murciélago (¿miedo?), o una máscara (¿rechazo?). Carla apartó la mirada, no era cuestión de psicoanalizarse a sí misma con la mancha en la piel de un desconocido.

La cafetería estaba en silencio, ocupada por algunos ejecutivos trajeados que bebían whisky con aire cansado y consultaban sus teléfonos móviles con desgana. Carla se sentó junto a su hermano Isaac y el hombre de la mancha se acomodó frente a ellos. Pidieron unos cafés.

—Disculpe que la haya abordado de este modo —dijo el desconocido. Tenía un tono de voz pausado, muy educado—. No quería perder la oportunidad de hablar con usted. Sepa que he leído su libro con mucha atención y me parece un trabajo excelente. Es usted una gran conocedora de las redes sociales.

—Bueno... gracias —respondió Carla impaciente—. ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

Carla tenía las piernas muy juntas y las puntas de los pies apuntando hacia la salida. Notaba una desagradable humedad bajo las axilas y las medias le picaban una barbaridad. Estaba agotada. Había perdido el apetito y ya ni siquiera le apetecía salir a cenar. Lo único que quería era darse una ducha, ponerse un pijama y sentarse en su sillón a ver una película de dibujos animados. A su hijo Aarón le hubiesen encantado las películas de Disney. Los dos se lo pasarían en grande con

las películas de dibujos.

—¿Por qué ha dicho que mi hermana podría ayudar en la investigación de Irena Aksyonov? —preguntó Isaac inclinándose hacia delante.

—Se lo explicaré en unos instantes. Antes permítanme presentarme como es debido. —El hombre les miró con expresión afable por encima de sus gafas. Tenía unos ojos pequeños y azules muy expresivos—. Mi nombre es Héctor Rojas. Trabajo en la Oficina de Protección del Menor.

Sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior de la americana y la depositó sobre la mesa. En la tarjeta podía leerse su nombre —Héctor Rojas—, su cargo —funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales—, un teléfono móvil y la dirección de una oficina de Madrid en el paseo de la Castellana.

—La Oficina de Protección del Menor es un organismo que depende del Ministerio de Asuntos Sociales —explicó—. Analizamos las situaciones de riesgo de los menores. Una especie de centro de datos, para entendernos. Cada vez que hay un incidente relacionado con un menor, un maltrato o una muerte, la policía tiene la obligación de enviarnos una copia del informe. En la Oficina estudiamos cada suceso. Establecemos un perfil sociológico de la víctima. Analizamos las causas del incidente y proponemos medidas de prevención. Cada año elaboramos una memoria anual que se presenta al director general. El informe va luego a los políticos, que se supone que utilizan esa información para elaborar planes de prevención.

Carla asentía despacio. Su hermano escuchaba con atención.

—Pero no he venido a explicarles el funcionamiento de la Oficina. Verán, quiero hablarles de un suceso que ocurrió hace un año. Todo empezó cuando trabajaba en el expediente de la muerte de un joven. Tenía dieciséis años y se había suicidado. Su padre encontró al chico muerto en la bañera. Se había cortado las venas. La policía hizo la habitual investigación rutinaria. Se hicieron fotos del cadáver. Se tomó declaración al padre y a algunos amigos del joven. Aparentemente, el caso no tenía nada de extraordinario, más allá de la propia tragedia, claro está. El perfil sociológico puso de manifiesto que el chico que se quitó la vida era homosexual, educado en una familia de clase alta, muy conservadora. Huérfano de madre, se crio con su padre, que era militar de alto rango y de convicciones muy rígidas. La relación con su padre empeoró mucho cuando el chico comenzó a manifestar su tendencia homosexual. Según su padre, unos meses antes de quitarse la vida el chico se había vuelto muy irascible y agresivo. Discutían con frecuencia. Una noche, después de una fuerte discusión, encontró a su hijo muerto en la bañera. Se había cortado las venas.

El funcionario miró a Carla por encima de sus gafas. Sus manos descansaban sobre la mesa de la cafetería con los dedos entrelazados. Acompañaba sus palabras con movimientos de los pulgares, separándolos y juntándolos.

—Hasta aquí, tristemente, nada extraordinario —prosiguió—. El suicidio de adolescentes homosexuales

triplica la media de suicidios de adolescentes con tendencia heterosexual. Pero hubo un detalle que quedó grabado en mi mente, un detalle al que no di demasiada importancia en aquel momento. En el expediente policial pude ver una fotografía del chico muerto. Estaba desnudo en la bañera. En el pecho tenía tatuadas unas palabras. Una frase, en realidad. «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí», recitó.

Carla levantó una ceja. ¡Vaya frase para un tatuaje! Su hermano Isaac frunció el ceño, pensativo. Se inclinó hacia delante.

—Esas palabras me resultan familiares —dijo—. Juraría que ya las he escuchado antes. ¿Tiene por casualidad alguna relación con la desaparición de Irena Aksyonov?

El funcionario le observó con detenimiento.

—Así es. ¿Cómo lo ha sabido?

—Soy periodista. Trabajo en la redacción de sucesos del periódico *El Mundo*. Me encargaron la crónica del secuestro.

—Entonces habrá leído el informe de la policía.

Isaac asintió.

—Fue en el informe donde leyó esa misma frase. Supongo que no le prestaría mucha atención. ¿Recuerda dónde la vio?

—No, no estoy seguro. —Isaac cerró los ojos y se masajeó la frente como si quisiera succionar con la mano un recuerdo oculto en su mente—. Tendría que volver a leerlo. ¿Es importante?

—Esa misma frase era uno de los mensajes de texto que había en el teléfono móvil de Irena Aksyonov cuando

desapareció.

—Sí, es verdad, ahora lo recuerdo —exclamó Isaac—. ¿Qué relación hay?

—Permítanme que continúe con mi historia —dijo el funcionario asintiendo—. Entonces entenderán. Tampoco yo, cuando vi esa frase por primera vez tatuada en el cuerpo del chico muerto, le di más importancia que la extravagancia de un adolescente... Casi un año después volví a encontrarme con esas palabras en otro expediente. La misma frase. En esta ocasión se trataba del informe sobre la muerte de un bebé de dos años de edad. Me acordé entonces del tatuaje de aquel joven. La coincidencia me resultó muy llamativa.

—¿Y dónde encontraron esa frase? —preguntó Isaac—. ¿También en el teléfono del padre?

—No exactamente. El bebé murió asfixiado dentro de un coche en unas circunstancias bastante extrañas —explicó el funcionario—. Su padre se quedó dormido durante horas en el interior del vehículo con su hijo dentro. El coche estaba estacionado a pleno sol, en verano; la temperatura subió tanto que el frágil organismo del pequeño no pudo resistir y murió.

—¿Qué horror! —exclamó Carla. Sintió un dolor sordo en la base del estómago—. ¿Cómo pudo pasar algo así?

Héctor Rojas se humedeció los labios y permaneció unos instantes pensativo mientras dirigía sus pupilas hacia arriba y a su derecha, antes de proseguir:

—La policía lo investigó. El expediente llegó a mi oficina unos días después del terrible suceso. El padre del bebé era viudo. Trabajaba como analista de bolsa en una

empresa de inversión de valores. Su esposa había muerto en un accidente de tráfico poco después de tener al bebé. El matrimonio tenía otra hija, una adolescente de catorce años. En un análisis toxicológico la policía descubrió que el padre del bebé muerto consumía habitualmente anfetaminas y barbitúricos...

—¿Por qué le hicieron un análisis toxicológico al padre?
—interrumpió Isaac.

—Cuando se suicidó. Después de la muerte del bebé. Ahora llegaremos. Para entenderlo tiene que saber lo que sucedió. —El funcionario le miró por encima de las gafas—. Como les decía, ese hombre consumía anfetaminas para mantener el ritmo de trabajo durante el día, y los barbitúricos para relajarse y dormir por la noche. Una mañana, siguiendo su rutina diaria, instaló a su hijo pequeño en la silla del asiento trasero de su coche para llevarlo a la guardería donde el bebé pasaba el día. En el trayecto el hombre se quedó inexplicablemente dormido al volante. Él mismo lo relataría después a la policía. Empezó a sentirse mal, a sufrir mareos y una insoportable somnolencia. Fue incapaz de seguir conduciendo y tuvo que pararse unos momentos. Aparcó el coche. Entonces se quedó profundamente dormido en el mismo coche, sobre el volante. Su hijo pequeño estaba en su silla del asiento trasero. El hombre estuvo inconsciente durante más de diez horas. Era verano y el coche había quedado aparcado a pleno sol con las ventanillas subidas. Al apagar el motor, el aire acondicionado se interrumpió. A lo largo del día, el sol hizo que la temperatura en el interior

alcanzase más de cincuenta grados. Aunque con problemas de deshidratación, el hombre sobrevivió. El bebé no tuvo tanta suerte. Su débil organismo no resistió el calor.

—¡Dios mío, eso es terrible! —exclamó Carla entornando los ojos y arrugando la nariz. Pensó en su hijo Aarón; si le ocurriera algo parecido... Eso no era posible. Ella hubiese sido extremadamente cuidadosa en lo que se refería a su hijo.

—Un suceso muy lamentable —asintió el funcionario. Apretó los labios y entornó los ojos—. Tanto que el pobre hombre no pudo soportar que su hijo hubiese muerto por su culpa. Se suicidó unos días más tarde. Se arrojó por una ventana.

Sus pupilas se movieron de un lado a otro, frunció los labios.

—Hasta aquí podemos pensar que se trata de otra sórdida historia de negligencia paterna —prosiguió—. La policía estableció que el hombre había confundido las pastillas para dormir con las anfetaminas. Él siempre lo negó. Aseguraba que era imposible confundir esas pastillas. Le acusaron de homicidio imprudente. Como les he dicho, se quitó la vida antes de que pudieran juzgarle.

—Es lógico que lo negara. Parece un caso claro de negligencia —manifestó Isaac.

—Es lo que cualquiera pensaría. —El funcionario movió levemente la cabeza de izquierda a derecha—. Pero cuando inspeccioné el atestado policial encontré un detalle que me llamó poderosamente la atención. En el interior del coche,

sobre el salpicadero, había un pedazo de papel con una nota. El padre del bebé aseguraba que esa nota no estaba allí cuando cayó inconsciente. El pobre hombre insistía en que alguien había tenido que abrir la puerta del coche para dejar ese papel mientras él estaba inconsciente. La policía no le dio demasiado crédito. Se limitaron a señalarlo en el informe sin concederle mayor importancia. ¿Por qué motivo alguien iba a abrir el coche y dejar una nota sin despertar a su ocupante? Máxime cuando en el coche había un bebé en peligro.

—No tiene mucho sentido —dijo Isaac—. ¿Y qué decía esa nota?

—Una sola frase: «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —recitó Héctor Rojas con los ojos entrecerrados—. Cuando leí esas palabras me vino a la mente el tatuaje del chico muerto. Me pareció que podría tener alguna relación.

—¿La había? —preguntó Carla intrigada. La historia del bebé muerto la había estremecido hasta los huesos. Había olvidado el cansancio y el malestar.

—En mi opinión, sí —respondió el funcionario—. Creo que hay una relación. Verán. Después de aquello comencé a revisar todos los expedientes del último año, incluidos los que no habían pasado directamente por mis manos. Volví a encontrarme con esa misma frase una tercera vez, en el expediente de un joven fallecido en un accidente de tráfico. Aparentemente, el accidente había sido fortuito y no guardaba ninguna relación con los casos que acabo de relatarles, salvo por la aparición, otra vez, de esas mismas

palabras.

Héctor Rojas hizo una pausa para ajustarse las gafas, que le resbalaban sobre la nariz.

—El chico que murió en el accidente se había fugado de casa. Su padre había denunciado su desaparición a la policía dos días antes. Al parecer, la relación entre ambos no era buena. El padre era viudo y el chico era su único hijo. Su padre dice que el chico había empezado a consumir drogas. Pastillas, anfetaminas, cocaína. El joven cada vez se mostraba más irascible y descontrolado. Discutían mucho. Después de una fuerte pelea, el muchacho le robó el coche y se fugó de casa. Unos días más tarde, el chico tuvo un accidente de tráfico en el que perdió la vida. De nuevo, aparentemente, nada extraordinario en el suceso, salvo que el joven también lucía un curioso tatuaje en uno de los brazos.

—¿Otra vez la misma frase? —preguntó Carla, cada vez más intrigada por la historia.

—Exacto. De nuevo las mismas palabras. —Héctor Rojas clavó la mirada en ella—. La coincidencia de esa frase me llevó a pensar que podía haber una conexión entre los tres sucesos. Las mismas palabras. No podía ser casualidad. Revisé con más detalle aquellos tres casos. Encontré elementos comunes... cuando menos inquietantes. Elementos que tienen que ver con internet y con las redes sociales.

—¿Con las redes sociales? —preguntó Carla, que no veía la relación.

—Así es, lo entenderán cuando les cuente lo que descubrí —respondió el funcionario.

Héctor Rojas frunció el ceño. En su frente se formaron arrugas que se prolongaban hacia la piel desnuda de su cabeza. Carla tuvo la impresión de que la mancha que lucía en la piel del cráneo cambiaba de forma. Ya no parecía una mariposa o un murciélago, sino más bien una mujer arrodillada lamentándose.

—Volví a revisar con detenimiento el expediente del joven homosexual que se suicidó —explicó Héctor Rojas—. Descubrí que el muchacho tenía una relación con alguien en internet. Al parecer, se conocieron en un chat de encuentro para homosexuales. Pedí ayuda a la unidad tecnológica de la policía. Logré acceder a algunos fragmentos de las conversaciones del chat. Desconozco la identidad de la otra persona. Nunca reveló nada sobre sí mismo, pero, fuera quien fuese, se ganó la confianza del chico. Le aconsejó con una actitud que pretendía ser alentadora. En los mensajes le animaba a que venciese sus miedos y mostrase sus verdaderos sentimientos al mundo. Debió de ser muy persuasivo porque el chico salió de su cascarón y comenzó a frecuentar ambientes gais. Tuvo relaciones sexuales con otros jóvenes. También con hombres mayores que él. En esos ambientes todo se confunde, promiscuidad con libertad sexual; para un adolescente es fácil cometer muchos errores. Desafortunadamente, alguien le grabó en vídeo en una de esas relaciones sexuales con un hombre mayor. Después le envió una copia del vídeo a su padre. Pueden imaginar que el padre no se lo tomó demasiado bien. Tuvo una pelea terrible con su hijo. Fue poco después de esa discusión cuando el

joven se suicidó.

—Parece un caso evidente de acoso —dijo Carla mirando fijamente al funcionario—. Alguien le tendió una trampa a ese pobre chico. Lo grabó en vídeo manteniendo relaciones sexuales y se lo envió a su padre.

—Así es. —Héctor Rojas asintió sin cambiar el semblante serio—. Mi impresión es que no es un simple caso de acoso. Todo fue una trampa premeditada desde el principio. Alguien quería crearle a ese chico un conflicto en su hogar. De otro modo no le hubiese enviado la grabación expresamente a su padre. Creo que alguien utilizó las redes sociales para captar a ese chico. Se ganó su confianza primero y después lo manipuló. Le tendió una trampa.

Héctor Rojas acompañó sus últimas palabras con un suave golpe en la mesa, como un juez que dicta sentencia.

—Quiere decir que le empujaron a que se quitase la vida —dijo Isaac.

—Así es. Alguien lo tenía todo planeado desde el principio. Conoció al chico homosexual, vio que era una víctima propicia, que tenía problemas con su padre, y llevó a cabo su plan. Al igual que planeó la muerte del bebé.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isaac—. ¿Piensa que la muerte del bebé no fue un accidente?

Héctor Rojas negó con la cabeza mientras hablaba.

—Conseguí una muestra de las anfetaminas que se tomó el hombre el día que se quedó dormido en el coche con su hijo —explicó con gesto sombrío—. Las envié a analizar. No eran anfetaminas. En lugar de estimulantes contenían un

potente somnífero. No había confundido las píldoras. Alguien le vendió unos fármacos manipulados a propósito.

—¡Eso es horrible! —exclamó Carla—. ¿Por qué iba alguien a hacer eso?

Héctor Rojas frunció los labios, manteniendo una seriedad solemne y pesada en los ojos.

—Porque quería matar al bebé y responsabilizar al padre.

Carla le observó con la boca abierta. No podía creer que alguien fuese capaz de planear algo semejante.

—Sé que cuesta creer —asintió el funcionario—. Cuesta creer que alguien pueda ser tan retorcido para hacer algo así. Pero estoy convencido de que eso era exactamente lo que pretendía.

—No estoy seguro de entenderle —intervino Isaac—. ¿Quiere decir que cuando alguien le vendió somníferos en lugar de anfetaminas ya tenía en mente matar al bebé?

Héctor Rojas asintió con los labios fruncidos.

—Cuesta creerlo —dijo Isaac—. ¿Cómo podía adivinar nadie que se quedaría dormido precisamente en el interior del coche con su hijo? Para planear algo tan perverso tendría que conocer con exactitud los hábitos y costumbres de ese hombre, saber que ingería los fármacos por la mañana, que llevaba a su hijo a la guardería, cada cosa y a qué hora...

—Tiene usted razón. Y esa es precisamente la clave del asunto —respondió el funcionario señalando con un dedo al pecho de Isaac—. ¿Recuerdan que les comenté que el hombre tenía otra hija adolescente de catorce años? Cuando hablé con ella descubrí que la relación entre ella y su padre

no era precisamente buena. Según pude averiguar, hacía meses que no se hablaban.

—¿Cree que su hija tuvo algo que ver en lo ocurrido? — preguntó Carla abriendo mucho los ojos.

—No intencionadamente. —Héctor Rojas levantó el dedo índice y negó con la cabeza inclinada, haciéndose eco de la incredulidad de Carla—. Pero alguien la utilizó para sonsacarle información sobre los hábitos de su padre. Verán, pude entrevistarme con la joven. Cuando la conocí presentaba un cuadro grave de anorexia. Ya saben lo fácil que es manipular a ese tipo de adolescentes que tienen la autoestima baja. Mi impresión es que estamos ante un sujeto que entiende muy bien la psicología de los jóvenes, sabe cómo ganárselos. La adolescencia es un periodo emocional muy inestable. ¿Tienen hijos?

Carla negó con la cabeza con un movimiento rígido. Sintió que se le acaloraban las mejillas.

—Mi hermana y yo todavía estamos solteros —dijo Isaac con una sonrisa—. Aunque espero que algún día Carla me dé un precioso sobrino.

—Yo tengo una hija de veinte años —dijo Héctor Rojas. Una sonrisa se abrió paso en su rostro—. Afortunadamente, mi hija ya dejó atrás la etapa de la adolescencia. Sé muy bien lo difícil que resulta esa fase para los padres. Los jóvenes atraviesan un periodo de afirmación de su personalidad. Buscan continuamente respaldo y apoyo para sus ideas. Los

adolescentes tienen la sensación de que sus padres no les entienden. Así que cuando alguien se identifica con sus problemas depositan en ellos toda su confianza. Los depredadores sexuales lo saben muy bien. Por eso les resulta tan fácil manipular y engañar a los jóvenes. Solo tienen que hacerles creer que les entienden, que les apoyan, a diferencia de sus padres, que intentan corregir a sus hijos y conducirles por un camino que los adolescentes rechazan. Mi impresión al hablar con esa chica fue que alguien la había manipulado a distancia. En internet. Ella misma debió de hablarle de los hábitos de su padre. El individuo vio la oportunidad de provocar la tragedia. Le sonsacó información. Averiguó que el padre consumía drogas. Supo que llevaba a su hijo pequeño a la guardería cada mañana en coche. Vio la oportunidad y planeó la tragedia.

—Dios mío, eso es perverso —gimió Carla—: utilizar a la hija adolescente para provocar la muerte de un bebé.

Carla comenzaba a sentir una dolorosa presión en la base del estómago, una náusea del alma. Si aquello era cierto, aquel sujeto era mucho más retorcido que los vulgares acosadores sexuales con los que ella se había topado mientras investigaba para escribir su libro.

—Perverso y muy astuto —apuntó su hermano Isaac—. Entonces ¿cree que quien planeó la muerte de ese bebé es la misma persona que le tendió la trampa al joven homosexual?

—Estoy convencido de ello —respondió el funcionario—. Tenemos, en primer lugar, la coincidencia de la frase tatuada en el pecho del joven. Es la misma frase que alguien

dejó en el interior del vehículo. Una especie de huella o señal. Y, aunque los casos son aparentemente diferentes, en ambos hay adolescentes implicados. El caso del chico que murió en un accidente de tráfico viene a confirmar lo anterior. Piénsenlo. Tenía la misma frase tatuada. Alguien tuvo que convencerle para que se hiciera ese tatuaje. Desconozco qué significado puede tener, pero sospecho que esa frase es una especie de marca o señal que ese individuo deja en sus víctimas.

—Si eso fuese así —dijo Isaac—, ese individuo se parece más a un asesino o a un psicópata que a un acosador sexual de menores. ¿Por qué no acude a la policía? Deberían investigarlo.

—Lo hice. —Héctor Rojas asintió levemente—. El problema, se darán cuenta, es que resulta muy difícil demostrar lo que les acabo de explicar. —Las manos de Héctor se movieron con inquietud—. Incluso asumiendo que alguien manipulase a esos chicos, es complicado demostrar que el responsable sea la misma persona. Es cierto que la policía está investigando cada suceso, pero por separado; no ha abierto una línea común de investigación. El caso del joven homosexual ha sido derivado a la unidad que se ocupa de la extorsión a menores. Está claro que hubo un delito porque alguien grabó al joven teniendo relaciones sexuales. Así que buscan a un acosador sexual que se mueva por los ambientes gays. Sin embargo, el asunto del bebé fallecido está siendo investigado por el Ministerio de Sanidad. La policía considera que podría haber un delito de venta de

fármacos adulterados. No creen que nadie pretendiese deliberadamente provocar la muerte del pequeño. Y si hablamos del joven fallecido en el accidente de coche, la policía ni siquiera piensa que haya nada que investigar, cuando es evidente que alguien manipuló al chico y lo incitó a fugarse de su casa. ¿Se hacen una idea de lo difícil que resulta probar algo así?

—¿Y qué pasa con esa frase que usted encontró en los tres casos? —preguntó Carla—. ¿La policía no lo ve como una prueba para relacionar los casos?

Héctor Rojas alzó las cejas y suspiró en un gesto de frustración. Apretó el puño de su mano derecha.

—Para la policía esa frase no significa nada —dijo meneando la cabeza—. No les parece un indicio suficiente para abrir una línea de investigación común. Aducen que podría ser simple casualidad. Cada día hay accidentes mortales. Si uno analiza todos los sucesos, seguro que encuentra que algunas de esas personas compartían algo. Estaban leyendo el mismo libro, o veían la misma serie de televisión, o tenían la misma publicidad en sus buzones. Muchos chicos se hacen tatuajes con frases de moda que ni siquiera entendemos.

—Pero usted no cree que sea casualidad —dijo Carla negando con la cabeza. Intercambió una mirada con su hermano. No estaba muy segura sobre si tendría que creer lo que decía aquel hombre. Parecía serio. Por otro lado, la relación entre aquellos sucesos podría ser simple casualidad. A lo mejor Héctor Rojas había pasado demasiado tiempo

revisando casos de muertes de menores y comenzaba a ver conspiraciones y vínculos donde no los había.

—No es casualidad —repitió el funcionario—. Creo que ese individuo sigue un *modus operandi* muy particular, por así decirlo. Creo que hay un responsable detrás de cada una de esas lamentables muertes. Alguien que contacta con jóvenes con problemas de autoestima. Con problemas en su hogar. Alguien que selecciona a sus víctimas a través de las redes sociales de internet. Es sorprendente la cantidad de información que los chicos dejan en las redes sociales sin ser conscientes de todas las intimidades que están contando sobre sí mismos y sus familias.

—Entonces —dijo Isaac— usted cree que esa misma persona está detrás de la desaparición de Irena Aksyonov. Sin embargo, a pesar de la coincidencia de esa frase, me resulta difícil establecer una conexión.

La frente del funcionario se llenó de arrugas. Carla no pudo evitar observar que la mancha de su cráneo cambiaba de forma.

—Usted ha escrito sobre el caso. Lo conoce bien —dijo Héctor Rojas mirando fijamente a Isaac—. Dígame, en su opinión ¿qué cree que ha ocurrido con esa joven?

Isaac se encogió de hombros.

—Todavía hay muchos puntos oscuros. El padre, Serguei Aksyonov, asegura que alguien ha secuestrado a su hija. La policía, en cambio, le acusa de haberla matado y de hacer desaparecer el cuerpo. En realidad no hay pruebas que avalen una hipótesis u otra. Mi periódico mantiene una actitud

neutra al respecto.

—Si fuese un secuestro, nadie ha pedido todavía un rescate, hasta donde yo sé —dijo Héctor Rojas.

Isaac asintió, confirmando.

—Coincidirán conmigo en que las circunstancias que rodean la desaparición son muy extrañas —dijo el funcionario—. En primer lugar, está el hecho de que su padre recibiese un mensaje de advertencia en su móvil. El mensaje especificaba la hora exacta a la que tendría lugar el secuestro. Y así sucedió. Tal como concretaba el mensaje. A las nueve en punto Irena Aksyonov desapareció. ¿Qué secuestrador avisaría de sus intenciones?

—La policía cree que ese mensaje es una especie de coartada —respondió Isaac—. Un burdo intento de reforzar la falsa teoría del secuestro. La casa de Marbella donde vivía con su hija tenía las medidas de seguridad más avanzadas. Alarmas, cámaras de vigilancia, cerraduras electrónicas... Tecnología punta. Además, había una docena de vigilantes armados. Esa mansión era una fortaleza. Se hubiese necesitado un pequeño ejército para entrar allí y llevarse a su hija por la fuerza.

—Evidentemente, la fuerza no fue el método que emplearon —dijo el funcionario.

—Así es. Pero tampoco hay pruebas de que nadie entrase allí de un modo sigiloso. La policía no ha encontrado ni una sola huella sospechosa en toda la propiedad. Ni indicios de que alguien haya forzado una entrada en la casa. Todas las puertas de acceso son blindadas. Tienen cerraduras

electrónicas que solo se abren con la huella dactilar de Serguei Aksyonov y de su hija. Ni siquiera los guardias de seguridad pueden entrar si no están autorizados. Ninguna cerradura parecía haber sido forzada. Esa casa era como un búnker. Así que la policía no se explica cómo demonios alguien podría haber sacado de allí a la joven por mucho que su padre se empeñe en que eso es lo que pasó. —Isaac arqueó las cejas—. Además, es imposible cruzar el muro que rodea la propiedad sin que las cámaras lo capten. Las cámaras tampoco registraron ningún movimiento inusual, salvo el simio que se coló en ese preciso momento.

—¿Un simio? —repitió Carla para asegurarse de que había escuchado bien. Las noticias no habían dicho nada de un simio.

—Un chimpancé común —respondió su hermano—. El animal estaba muy asustado. Los guardias de seguridad lo abatieron cuando se refugió en la copa de un árbol. Se escapó de un zoo privado de una de las mansiones cercanas. Cuando el animal cruzó el muro hizo saltar las alarmas. Todos pensaron entonces que podía tratarse de los secuestradores.

—¿Y no cree que la irrupción de ese simio fue un modo de distraer al personal de seguridad para que alguien más pudiese colarse allí? —preguntó Héctor Rojas.

—Podría ser, pero la mayoría de los guardias siguieron en sus puestos de vigilancia —rebató Isaac—. Además, que el animal fuese detectado en cuanto se aproximó al muro es una prueba de la eficacia de la seguridad. Las cámaras detectaron al animal y no detectaron que nadie más entrase o

saliese. Ninguna cerradura forzada. Por eso la policía descartó desde un principio la hipótesis de un secuestro. Creen que algo ocurrió entre Serguei Aksyonov y su hija. Creen que él la mató y después hizo desaparecer el cuerpo. La sangre que apareció en su habitación y en el jardín apuntan a esa dirección.

—Pero el cuerpo no ha aparecido —dijo el funcionario.

—No. Todavía no. —Isaac negó con la cabeza—. La policía ha removido palmo a palmo los terrenos que circundan la mansión. Han buscado por todos lados, pero aparte de la sangre no han encontrado nada.

Isaac se encogió de hombros.

—Dígame una cosa. —El funcionario le miró a los ojos—. ¿Cree que Serguei Aksyonov es un hombre tan idiota como para hacer desaparecer a su hija y fingir un secuestro de un modo tan burdo? ¿Utilizando como coartada un simple mensaje en su móvil?

—Reconozco que hay algo que no acaba de encajar —dijo Isaac—. Entonces ¿qué es lo que pasó? ¿Qué piensa usted?

—Creo que el mensaje que recibió Serguei Aksyonov no era una coartada. Creo que era real. Era un desafío. —Héctor Rojas le dirigió una mirada penetrante.

—¿Un desafío? ¿De quién? ¿Por qué?

El funcionario frunció el ceño. Miró a Carla, quien le alentó a responder con un gesto de asentimiento. Estaba tan intrigada como debía de estarlo su hermano.

—Supongamos por un momento —prosiguió Héctor

Rojas— que Serguei Aksyonov no tuvo nada que ver con la desaparición de su hija. Supongamos que tal y como él mismo relató, la última vez que la vio fue poco después de que las cámaras detectasen un intruso, que resultó ser un animal. Según su propio relato, Serguei subió primero a la habitación de su hija y después abandonó la casa. Estuvo fuera solo unos minutos. Supervisó la seguridad. El mensaje de amenaza había despertado en él algunos temores. Comprobó que todo estaba en orden. Se sintió seguro. Cuando regresó a la casa su hija ya había desaparecido.

Carla se estremeció. Si era cierto que no tenía nada que ver, podía imaginar la angustia de aquel hombre. Tu hija está a tu lado y, momentos después, ya no está y no sabes si la volverás a ver, si está viva o muerta, si alguien le está haciendo daño...

—Serguei no encontró exactamente una habitación vacía —siguió diciendo el funcionario—. El teléfono de su hija estaba sobre la cama. En ese momento el teléfono recibió un SMS con un texto. La frase que ustedes ya conocen, «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —recitó. Le tembló la voz. Cerró los ojos unos instantes, como si aquellas palabras le provocasen un fuerte dolor de cabeza.

—¿Así que usted piensa que quien le envió ese mensaje se las apañó para entrar allí y llevarse a la joven? —preguntó Isaac—. Y que fue el mismo individuo que preparó las otras muertes. Que esa frase es una especie de marca o señal de su presencia.

—Estoy convencido de ello —asintió Héctor Rojas.

—¿Por qué?, ¿con qué propósito? —preguntó Carla perpleja.

El funcionario descruzó las manos y se acarició el mentón, pensativo.

—Mi opinión —dijo— es que el mensaje que recibió Serguei Aksyonov fue un desafío. Alguien le retó a proteger a su hija y él falló. El sentimiento de culpa por haber fallado debe de estar consumiendo a ese pobre hombre. Lo cual es exactamente lo que pretendía quien se llevó a su hija.

Carla le miró con expectación. Héctor Rojas le devolvió una mirada vidriosa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isaac—. ¿Que trata de responsabilizar al padre de lo ocurrido?

—Miren, he pensado mucho sobre ello —respondió Héctor Rojas—. Sobre lo que realmente persigue. No son fines sexuales. Se sirve de internet para contactar con sus víctimas, pero no es un vulgar depredador sexual. Tampoco es un chantajista que busque dinero. No creo que el dinero o las relaciones sexuales sean su motivación. Creo que estamos ante un psicópata con una obsesión diferente.

Héctor Rojas apretó las manos entrelazadas. Los nudillos se pusieron blancos.

—Lo entenderían si piensan un instante en lo que les he relatado —dijo—. Si no busca sexo o dinero, ¿qué es lo que pretende? Tal vez, a primera vista, parece que solo quiere hacer daño a los chicos. Piensen en lo que ha ocurrido en cada caso. Ese individuo siempre ha manipulado la situación de un modo sutil, sin dejar rastro de su presencia, salvo por

esa extraña frase. Desde un punto de vista de psicología criminal, hay asesinos capaces de planear un crimen perfecto, individuos meticulosos ocultando sus huellas. Sin embargo, todos los psicópatas sienten el impulso de dejar algún rastro de su presencia, una señal o marca de su actuación. Una especie de mensaje. Quieren ser escuchados. El comportamiento de este sujeto responde a ese impulso. Lo que mueve a ese tipo de psicópatas es el afán de experimentar la sensación de poder y control sobre otro ser humano. La pregunta clave es ¿cuál es su víctima? ¿Sobre quién pretende ejercer el control? Yo creo que sus víctimas no son los menores que encuentra en las redes sociales. Los manipula y los utiliza, pero ellos no son su verdadero objetivo.

—Entonces ¿quién? —preguntó Carla intrigada.

—Los padres —respondió Héctor Rojas. La miró por encima de las gafas—. Sus víctimas son los padres.

Carla reprimió un escalofrío. ¡Aquello sí que era de lo más raro! Los acosadores que ella había investigado obtenían su perverso placer manipulando a los jóvenes con coacciones y chantajes. Pero que alguien quisiera llegar más lejos, hasta los mismos padres, era algo nuevo para ella.

—¿Qué quiere decir exactamente con que sus víctimas son los padres? —preguntó Isaac con el ceño fruncido.

—Ya sé que puede parecerles raro —respondió Héctor—. Yo creo que los menores de edad solo son un instrumento para enviar un perverso mensaje a los padres.

—¿Qué mensaje?

—Piénselo. ¿Qué ha pasado con los padres de los chicos? El joven homosexual se suicidó después de una discusión con su padre. Su padre no fue tolerante con él y eso provocó una situación que acabó con su hijo muerto. Si ese hombre hubiese actuado de un modo más comprensivo, el chico seguiría vivo. ¿No creen que eso debe de pesarle en la conciencia? Con toda seguridad, ese hombre no podrá evitar pensar que podría haber evitado la muerte de su hijo si hubiese sido más transigente, si hubiese tratado de entender su condición homosexual en lugar de imponer su criterio moral.

Héctor Rojas miró a Carla y a Isaac alternativamente. Ambos le escuchaban con atención.

—Es lo mismo con el chico que murió en el accidente de coche. Se fugó después de discutir con su padre. Si esa discusión no hubiese ocurrido, si las relaciones con su padre no hubiesen estado tan deterioradas, el muchacho tal vez seguiría vivo. Es inevitable que su padre lo piense una y otra vez. Imaginen cómo debe de sentirse. La idea de que si hubiese actuado de otro modo su hijo seguiría vivo le debe de estar consumiendo.

—Comprendo lo que dice —intervino Isaac pensativo.

—Imaginen lo que debió de sentir el padre del bebé muerto cuando descubrió que su hijo murió por su culpa. Por tomar esas pastillas.

—Intenta decir que si hay alguien detrás de esos sucesos, pretende que los padres se culpen a sí mismos de la muerte de sus hijos —afirmó Isaac.

—Veo que empiezan a comprender —asintió Héctor lúgubre—. Yo soy padre, tengo una hija de veinte años, y no puedo imaginar mayor horror que pensar que algo le pudiera pasar por mi culpa. No podría soportarlo. Y ese insoportable sentimiento de culpa es lo que ese monstruo intenta provocar. ¿Pueden imaginar algo más despiadado?

Desde luego Carla no podía imaginarlo. La mirada se le empañó. Parpadeó para disimular las lágrimas que amenazaban con brotar. Tenía la impresión de que algo caliente y frío a la vez le estaba presionando las sienes.

—Es una teoría interesante. ¿Cómo encaja eso con la desaparición de Irena Aksyonov? —preguntó Isaac.

—¿Cómo cree que se sentirá su padre? Fue incapaz de protegerla. No podrá dejar de pensar en todo lo que podría haber hecho y no hizo para salvar a su hija. Quizás piense que no hizo todo lo que estaba en su mano. Que podría haber hecho más. Que si hubiese hecho algo más, su hija seguiría todavía a su lado. Esa duda le estará consumiendo.

—Ya veo —dijo Isaac asintiendo con la cabeza.

—Podemos entender así el mensaje que recibió Serguei Aksyonov —prosiguió Héctor Rojas—. Ese sujeto le avisó de lo que pretendía. Le retó a que hiciese todo lo posible para proteger a su hija. Es de suponer que alguien con tanto dinero como Serguei Aksyonov debe de sentirse poderoso, y el poder te hace sentir invulnerable. Aksyonov debía de pensar que su hija estaba a salvo de cualquier amenaza. Así que le atacó donde más daño podía hacerle. El objetivo del mensaje era hacerle sentir culpable cuando fallase.

—Eso no explica cómo desapareció la joven —dijo Isaac.

—Tampoco la policía tiene una explicación. Ni siquiera tiene un motivo. Y pueden estar acusando a la persona equivocada.

Quedaron en silencio unos instantes. El sonido de entrechocar platos tras la barra de la cafetería llegó hasta ellos nítido y discordante, como un intruso que se cuela en una reunión donde no es bienvenido.

—¿Y por qué me dijo que yo podía ayudarle? —preguntó Carla.

Héctor Rojas la miró a los ojos.

—Usted es una experta en redes sociales. He leído su currículum. Ha trabajado en procesos de marketing online. Sabe cómo clasificar a los usuarios de internet según sus perfiles.

—Sí, pero no veo cómo eso...

—Los jóvenes a los que ese criminal busca: todos tienen un perfil similar. El elemento común es el odio de esos chicos a sus padres. Todos tienen problemas de autoestima. Lo que quiero pedirle es que use sus conocimientos para buscar en las redes sociales adolescentes con ese perfil. Si les encontramos a ellos, podremos encontrar al acosador.

Carla miró a su hermano, que parecía tan desconcertado como ella. La historia de aquel hombre era lo más raro que había escuchado nunca. ¿Y si no eran más que conjeturas? Observó al funcionario. Parecía un hombre serio. Se notaba que había estudiado a fondo los casos. No parecía el típico colgado de internet que encuentra conspiraciones en todas

partes. A lo mejor tenía razón. ¿Y si alguien estaba manipulando a los jóvenes para provocarles la muerte y hacer sentirse culpables a sus padres?

Carla trató de acallar el dolor sordo de su hijo Aarón que punzaba en algún lugar de su interior. Si su hijo Aarón hubiese vivido tendría ahora once años, casi doce. Aarón tendría un perfil de Facebook, navegaría habitualmente por internet. Carla había comenzado a visitar chats y redes sociales porque había sentido curiosidad por lo que su hijo Aarón encontraría. Y se había quedado horrorizada por los peligros que internet encerraba para los menores de edad. Por eso había empezado a investigar a fondo y había acabado escribiendo un libro. Se había convertido en una experta en las redes sociales frecuentadas por los menores solo por proteger a un hijo que ni siquiera existía.

—Por favor —rogó el funcionario—. En algún lugar ese individuo está acechando a su próxima víctima. Alguien va a morir y usted puede evitarlo.

Carla le miró al fondo de los ojos. No pudo evitar que sus pupilas se desviasen hacia la mancha en la calva del hombre. Ya no le parecía una mariposa, ni un murciélago, ni una flor. Parecía una máscara sonriente, burlona, grotesca y cruel, una máscara tras la cual acechaba un peligro para su hijo Aarón, un peligro para todos los niños del mundo.

Entonces escuchó la voz infantil de Aarón y sintió un frescor que rellenaba su cuerpo, por el pecho, a través de los brazos y hasta las puntas de los dedos. Sintió que su respiración se regulaba. Aarón no era real, pero tal vez podría

salvar a otros niños, tal vez podría redimirse hasta cierto punto por la pérdida de Aarón de la que ella misma era responsable.

—De acuerdo —concluyó—. Le ayudaré en esto.